

Los caminos a Roma

Fernando Vallejo



Todos los caminos llevan a Roma. Así ha sido siempre y así siempre será. Por algo es la capital del Imperio. Quien vive en Medellín o Envigado está fregado: vive en la periferia. Por eso mi viaje a la ciudad eterna.

Reseñas:

«Una voz cuyas disonancias deslumbrantes nos recuerdan las imprecaciones de los Cantos de Maldoror.»

Claude Michel Cluny, *Le Figaro Littéraire*

«Una prosa furibunda, imprecatoria, apocalíptica, cuya desesperanza deja entrever una profunda ternura.»

Judith Steiner, *Les Inrockuptibles*

«Si nos atenemos a su lenguaje, Vallejo es un auténtico mago y por lo tanto magistral en un tiempo de devaluación o de utilización zarrapastrosa de la lengua castellana.»

Miguel Sánchez Ostiz, *ABC*

«Una especie de Céline sudamericano surge de repente y toma la palabra con una rabia que explota como un petardo en las apacibles butacas donde dormitan cómodamente las ex-vedettes del boom.»

Jacques Fressard, *La quinzaine littéraire*

«Una de las grandes revelaciones llegadas de la América del Sur. Lírico, imprevisible, trágico e hilarante, lanza sus anatemas sobre un mundo que va de cabezas.»

Christophe Mercier, *Le Point*

«Su ira explosiva es tan brillante, tan sonora, real, sincera, divertida a veces, cruel casi siempre, que su lectura es algo gozoso y tonificante.»

Pedro Almodóvar, *clubcultura.com*



Fernando Vallejo

Los caminos a Roma

El río del tiempo - 3

ePub r1.2

Titivillus 20.02.17

Título original: *Los caminos a Roma*

Fernando Vallejo, 1988

Diseño de cubierta: José Méndez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Amigo, todos los caminos llevan a Roma. Así ha sido siempre y así siempre será. Por algo es la capital del Imperio. Quien vive en Biblos, en Treveris, en Hispania, Lusitania, Germania, en Medellín o Envigado está fregado: vive en la periferia. Y yo nací para brillar en el mero centro, el centro mismo de la estrella de donde irradian los infinitos rayos a alumbrar, compasivos, la barriada. Por ello mi viaje a la ciudad eterna.

No llegué, sin embargo, en el carro de la guerra, cónsul yo, Caius Marius victorioso, vencedor de cimbro y teutones que vuelve del Piamonte con su alada legión y en el puño el águila de plata. Ni llegué por el viejo Tíber desde el mar Tirreno en tirreme, en alegre barcaza impulsada por cien remeros egipcios (que me dio mi amante Cleopatra) y el viento de la fama. Hierático yo mientras corta mi quilla, mi proa las ondas... No, así tampoco. Ni por la Via Appia bajo un arco de triunfo digamos, doble o sencillo, entre cobre, bronce, hierro, chispas, brillos, látigos de auriga, trompeteros, cascos de caballos y seis mil de los hombres de Espartaco adornándome el camino a lado y lado, crucificados. O como teas encendidos en la noche crepitante seis mil cristianos. No, qué va. Ni entré por la muralla Aurelia, por la Porta Pia, caballero cruzado con cota de malla de vuelta de Jerusalén en mula cansada, o mejor en brioso corcel sobre Oriente y Occidente, la Edad antigua y la moderna, a caballo de la Historia. No. Ni por la Via Aurelia, ni por la Via Salaria, ni por la Via Tuscolana, ni por la Porta Latina, ni por la Portese, ni por la del Santo Espíritu de donde parten esas anchas, largas, grandes, famosas calzadas empedradas de eternidades a llevar de tumbo en tumbo, de siglo en siglo, en el carro celta la paz latina, la voluntad de César, la gloria del Imperio, hacia allá, más allá, el remoto más allá, rumbo al sol meridional o rumbo al tope del septentrión, la bruma del fin del mundo vaya, la última Tule. No. Ni por esas rutas llegué ni por esas puertas entré. Llegué en un mísero avión de Alitalia que aterrizó, sin contratiempos, en el aeropuerto de Fiumicino. El cónsul de Colombia, Gonzalo Bula, vino con su ancha sonrisa a recibirme:

—¿Y por qué te dio por venirte a estudiar cine? —me preguntó.

—Hombre —le contesté—, porque la literatura al lado de la imagen vale un carajo.

Y por mis ojos de beneplácito, complacientes, el íntimo regocijo desbordándoseme del alma.

Había partido mi avión de bote en bote y ascendiendo, ascendiendo, dejando con apurado giro atrás, abajo, la ciudad, basurero de calles y edificios, nos fuimos rumbo al mar, el mar abierto, el futuro, por la tarde reluciente. Pequeño, pequeñito entre borrones, azoteas, techos bermejos, en una confusión de pequeñeces se quedaba el Arlequín, templo antiguo y venerable, teatro de mis pasadas hazañas.

Pero mira en torno Gulliver sobrevolando a Liliput, el país de los enanos, y qué veo: me veo en la gran nave del avión entre dos fuegos: en

el asiento del pasillo él y en el de la ventanilla ella y yo en el medio. Él, un español de cara afilada, demacrada, entre galeote hambriado y Cristo del Greco; y ella de los Santanderes o qué sé yo, y de unos veinticinco años en los que había preservado, según deduje, lo que a continuación, según veremos, religiosamente iba a perder, en el mismísimo avión, en pleno vuelo, no bien cruzáramos aquella nubecita y saliéramos de Colombia la chismosa: la virginidad, hombre.

No se conocían el español y mi paisana pero al punto se conocieron, y haciendo caso omiso de mi tímida y espiritual presencia entablaron animado diálogo. Que cómo te llamas, que adónde vas, que a qué vas, que de dónde eres. Y tú ídem, ídem, ídem. Y yo enterándome, apretándome, estrechándome para no existir, testigo mudo. Iba la bolita de la conversación de un lado al otro presurosa sobre su servidor, valla en la mesa de ping-pong.

Cuando me ausenté al baño y regresé los encontré abrazados, y yo relegado al puesto del pasillo. Mejor: se hundió el avión en una nube negra y yo en mis pensamientos. Ay abuelo, abuela, calle de Junín, Medellín mío, ¿cuándo os volveré a ver? Ni bien los acababa de dejar y ya los estaba añorando. Colombia la insidiosa no se quedaba atrás, como polizón aventurero colado en el equipaje se venía conmigo, en mi baúl de seminarista, mi gran baúl claveteado, tachonado de estoperoles, o en un saquito de café o en una botellita de aguardiente, agazapada para saltar en el más impensado momento desde cualquier rinconcito del alma. Y el impensado momento llegó, fue el primero, al partir. Me trajo un whisky la azafata, me lo tomé, y pedí otro y otro y otro. Carajo, estoy jodido, jamás me libraré de esta tierra.

Dejadas la colcha verde de retazos de la sabana, las difusas montañas, las islas de piratas, naufragó el crepúsculo en el mar y nos embarcamos en la espaciosa noche. Ya me traían el último whisky porque iban a servir la cena cuando sin avisar, como niño loco que se lanza por un tobogán se precipitó el avión en el vacío. ¡Uuuuuuh! Sobre mi mesa plegadiza la copa de whisky se volcó, dimos un culetazo contra una nube y volvimos a subir para volver a caer y subir y caer, cabalgando la montaña rusa. Se abrían portaequipajes, caían bolsas, caían maletas, caían botellas, gritaban niños, rezaban viejas, y entre lloros, gritos, rezos, letreros encendidos, apremiantes, palideces, histerias, al fin, por fin, surgimos del hueco negro de vértigos contrarios. ¡Y que nos recibe la tempestad!

—¡Ahora me toca a mí, van a ver!

Y a sacudir con sus manos de gigante, rabiosa, la navecilla. Bueno, siempre pensé que iba a morir en Colombia, asesinado. Por lo visto no. Tiburones de barrigas plateadas se disputarían mi reloj de oro con despertador automático... Pues he ahí que a san Nicolás de Tolentino, un santo que sirve para traer mercados, se le ocurrió ensayar un nuevo tipo de milagro, y nos salvó, nos arrancó del cíclope, la tempestad de ojo tuerto, y el avión siguió avanzando, volando, zarandeado,

vapuleado, con traqueteo horrísono, por el mar de nubes negras. Ahí y entonces, dulcemente, suavemente, dejándome llevar, como en mecido sueño, viví en mí la totalidad, el hombre efímero surcando el tiempo eterno, montada su soberbia en una pobre cometa de papel.

Cuando bajé de mis abstracciones al presente el par de tórtolos seguían a mi lado besándose, besuquiándose, absorbiéndose a picotazos frenéticos, y ya servían la cena: pollo al horno, humeante. Con la misma gratuidad con que se había desatado en tormenta había vuelto la noche a la calma. Y a darse pollo ardiendo en la boca los enamorados. ¡Carambas, no hay derecho, volar sobre los campos de la muerte para aterrizar en tan prosaica realidad! Se iba el amor gahzate abajo arrastrado por el pollo, atragantado, rodando a las barrigas.

Acabamos la cena, recogieron las vajillas, apagaron las luces, y la oscuridad de adentro se fundió con la oscuridad de afuera en un continuo, en una sola oscuridad rota tan sólo por el parpadeo de los foquitos de las alas. En cuanto a los enamorados, quitaron las separaciones de los tres asientos, y volviendo nuestros tres asientos cama, poquito a poco, con timidez primero, luego con confianza, se fueron extendiendo, explayando, apoyando sus cabezas rodantes sobre mis piernas, y frenética, incendiadamente se entregaron a lo suyo. Así pasé el resto de esa sacudida noche, sin poder dormir, divagando, pero ejerciendo de paso la máxima caridad del cristiano, que es servir de almohada.

En el avioncito de la imaginación, el más seguro, torno a hacer ahora ese vuelo ciego, sordo, callado, por entre las nubes fantasmales, y por un instante vuelvo a ser niño. Aquí arriba, la oscuridad volando en la oscuridad conmigo; allá abajo, una temible respiración, un vasto palpitar al acecho, el mar océano, hálito de eternidades, tumultuoso, resolviendo sus íntimas disputas de ola en ola. Tan-tan-tan-tan, iban los foquitos rojos de las alas parpadeando, advirtiéndole a la necia oscuridad que ahí iba yo. ¿Volábamos en el sentido en que rueda la tierra? ¿O más bien a la inversa, a contracorriente del reloj, de la vejez, del tiempo, rejuveneciéndonos? ¿Hacia dónde viajábamos? Por lo pronto hacia el alba. E irrumpió el alba contra los cristales empañados para descubrir con su luz cruda, indiscreta, la escena lamentable: un dormitorio volador de señoras ojeras, ajadas, despeinadas, descalzas, de maridos barbados, los nudos de las corbatas desajustados, los cinturones sueltos, al aire los ombligos con sus barrigas desvergonzadas. Y niños. Móviles niños con nueva cuerda para un día más, un día entero, correteando por el pasillo, abusando. Abusando de que ya murió el rey Herodes.

La ex virgen y su galán se quedaron en Madrid. Yo, con la boca seca de tanto amor, amor ajeno, cambié de avión y seguí hacia Roma.

Era, mi pare, una lunga strada di campagna fiancheggiata a tratti da alberi, pioppi mossi dal vento, umidi ancora della rugiada mattinale che inargentava l'erba. Una strada di campagna dici, nei pressi della città?

Sei sicuro? E la rugiada mattinatale come? Come, se sei arrivato a Fiumicino il pomeriggio, poichè la mattina eri all'aeroporto di Madrid? E quei pioppi mossi dal vento... Forse è il fremito interno dei tuoi ricordi che li muove, e nemmeno erano pioppi... Forse, forse, va bene, ma col rischio di diventare una statua di sale per volgermi indietro, salgo come quella volta col mio bagaglio sulla piccola macchina del console, e inebriato dalla corsa, l'aria fredda sul volto, i capelli sconvolti, tra il tumulto del cuore, torno a fare quel viaggio lontano, il percorso da Fiumicino alla città. I sentieri, le osterie, le vecchie pietre, tutto lo ricupero, il ciglio erboso del canale, la campagna addolcita e le sue tenerezze ondulanti. La strada fila sotto le ruote, si dilegua, e dietro ai finestrini aperti, oltre gli anni e la vita trascorsa, fugge come allora il verde nuovo d'un paesaggio luminoso. Qualcosa di dolce, di leggero pesava intorno, un'impressione tutta nuova per me, mai sentita eppure antica come gli uomini, come se tutto ricominciasse da capo, la vita, il mondo, un senso di rinnovamento, l'annuncio d'uno splendore nuovo. La data? Il 21 marzo per l'appunto, che oggi trovo stampata sul mio vecchio passaporto, ed ecco la ragione del prodigio: libera, liberata, la terra usciva dall'inverno, dalla sua prigionia di ghiaccio. Una rondine non fa primavera. Ma due? Tre? Cento? Mille? Migliaia sotto il cielo lieve, azzurro... Tra una nuvola di rondini, ad una svolta di via, la primavera si univa a noi per arrivare insieme a me, giusta, puntuale, con le sue ebbrezze di fiori. Compagni di viaggio, di fine di viaggio, allo stesso passo, lei ed io, siamo andati incontro alla città, la più gentile, la più dolce, la più chiara, Roma, il mio amore.

Y luego un vértigo, un torbellino. Calles, puentes, fuentes, rampas, plazas, plazuelas, callejones, mausoleos, galerías, obeliscos, palacios, estatuas, cúpulas, pórticos, anfiteatros, escalinatas, terrazas, y por entre un bullicio enloquecido, un hormigueo de carritos zigzagueantes como animalitos rastreros, insectos, cucarachitas veloces de caparazones multicolores, rojas, verdes, azules, amarillas, frágiles, de latón, cajitas rodantes de mentolín.

—¿Qué son? ¿Cómo se llaman?

—Son los Fiat.

—¡Fiat lux!

Y cuando mis ojos devotos, deslumbrados, se llenaban de esa magnificencia arquitectónica, de ese fervor de piedra antigua y venerable, de esa embriaguez de mármoles, un perro alza la pata y orina contra una columnata espléndida. Pshhhhh...

A las cinco llegábamos a la Casa dello Studente en el Campo della Farnesina. Se despidió el cónsul, partió, y me quedé solo con mi destino. La hora que va de las cinco a la puesta del sol de ese veintiuno de marzo la puedo revivir instante por instante pese a los años transcurridos. Dejé mi equipaje en mi cuarto y volví a salir, al exterior abierto, espléndido, lleno de la savia nueva de la primavera. Por el cielo plácido uccellini

vanno in giro. Fanno la loro passeggiata vespertina. Empecé a caminar a lo largo del río, en el sentido en que bajan sus aguas impacientes, presurosas, atropellándose por llegar al mar. Su prisa contrastaba con mi paso calmado.

—A qué tantas carreras, hombre, para ir a dar adonde vamos todos, tarde o temprano, al mismo sitio.

Es que el Tíber venía de muy lejos, del Renacimiento, del medioevo, de la Edad antigua, de ahí su prisa. Los ríos mientras más avanzan más corren, menos se cansan. Yo no. Nací cansado.

Dejando el lungotevere desemboqué a una plaza: Piazza Mazzini. Y después de calles y calles, a otra: Piazza Cavour. En sus inmediaciones entré a una tienda y me compré un par de zapatos. Los que traía, nuevos, me los había dado mi padre para el viaje: duros y sólidos, con suela de asfalto, de pavimento, las botas de siete leguas, como si el viaje a Roma lo fuera a hacer por tierra, caminando, y no en avión volando, volando sobre el mar océano. Esos zapatos negros tenían la firme intención de durar eternamente, más que yo, y aún hoy los llevaría puestos de no haber tomado entonces una resolución heroica: los envolví en la bolsa de los que me acababa de comprar y acababa de poner, y caminando volví al río. En un puente, a mitad del puente, uno primero y después el otro los tiré al agua. Unos zapatos humanos, normales, se habrían ido como barquitos con el río rumbo al mar. No: se hundieron cual piedras de molino escandalosas o barras de acero. ¡Ponte Milvio! ¡Ponte Matteoti! ¡Ponte Cavour! Mi más vívida imagen de Roma son sus puentes, o mejor el río, el río mismo arrastrándose turbio, llamándome:

—¡Salta! ¡Ven a mí!

Aguas del Tíber que vienen hasta mí cruzando las edades a bañar mi corazón... Sobre el río y los puentes se puso el sol. Se acabó la carrera loca de los instantes, de los años, ahí, en una bola roja, el ocaso, el tramonto, la vida irremediablemente vivida, marchita, tramontata per sempre. Il primo giorno di nostro incontro... Roma, mi amor.

En mi pequeño cuarto (alargado y limpísimo) un zancudo zumbaba, una zanzara. ¿No dizque los había exterminado Mussolini? Payaso maldito...

—Fuori! Va via!

Le abrí la ventana al zancudo para que saliera. Afuera la ciudad dormía. Me quise dormir marcando su compás, su mismo ritmo: me dormí arrullado por una marejada de imágenes que iban y volvían, en olas, en ondas.

—Buon giorno! Buon giorno! Dormito bene?

Era la recamarera que venía a despertarme: de delantal blanco y cofia, limpiísimos.

—Sa che ore sono? Le sette! Vada prendere la sua piccola colazione intanto faccio la stanza.

¡Las siete! ¡Dios mío! ¿Habrá alguien sobre la faz de este mundo que se levante tan temprano? La luz antes de las once tiene rayos infrarrojos.

—Lei non lo sa, signorina?

No, non lo sapeva. Y si no me levantaba rápido, presto, me quedaba sin desayuno. Yo desayuno no tomo: desayuno durmiendo, y almuerzo y ceno.

—Cioè, non ho bisogno di mangiare. L'amore e il sonno mi bastano. Dunque, mi lasci fare un sonetto, voglio dire, un sonnellino.

—No, non si può. Vada alla sala da pranzo. Vada, vada.

Me sacó de la cama en calzoncillos y me recostó contra la pared, como quien recuesta una escoba. La escoba se cayó, se derrumbó: me desplomé sobre el piso frío, helado.

—E dopo colazione —seguía diciendo la maldita—, un buon giretto per la città, per vedere.

—La città l'ho già vista, ieri, e non la voglio più vedere. Voglio dormire, ecco, dormire, dormire il sonno eterno.

Me hizo salir del cuarto semi en pelota y me tiró la ropa al pasillo.

—Il passaporto, signorina, il mio passaporto, per piacere! Mi lasci prenderlo. Senza di qua non sono nulla, niente, nessuno, non esisto!

Me dejó entrar por el pasaporte y me volvió a sacar dándome con la puerta en las narices. Jamás, jamás, pero jamás de los jamases había tenido tanto sueño, y yo que he tenido tanto. Era un sueño rabioso. Abriéndome los párpados con ambas manos me dirigí al comedor.

El comedor limpiísimo, un quirófano. Abarrotado de habitantes del planeta tierra y circunvecinos: de la Costa de Marfil, de Mozambique, de Madagascar, de Ghana, de las islas Fiji, amén de las naciones conocidas: negros, blancos y amarillos pero, cosa milagrosa, desafiando la Torre de Babel todos hablando italiano. Tutti quanti! Con acentos pintorescos, acepto, y contorsionismos sintácticos, pero italiano al fin. Cuánto se quisiera Italia la de afuera, la de múltiples naciones y dialectos, colcha de retazos que cosió a la buena de Dios Garibaldi, nuestra adecuación y armonía.

—Scusi.

—Prego.

Ese día amaneció la plaza de España florecida de flores y muchachos porque iba a conocerla. De flores y muchachos: golfos, chulos o marquetas o como los quiera usted llamar. Para mí, simplemente, muchachos. ¡Ragazzi! Y si se venden tanto mejor, son comprables, y prueba contundente, si no de la providencia de Dios, del glorioso poder del dinero. ¡Ragazzi! Entre las vanidosas flores de perfumes rojos, lilas, violetas, amarillos, azules, la más arrogante y efímera, la flor perversa de la juventud.

Abriéndose, cerrándose, prodigándose en rampas y terrazas, sube y baja alegremente la escalinata de la Trinità dei Monti con sus escalones gastados por el paso de la gente y el peso de los años. Es una sucesión de rampas que se dividen, que se estrechan, que se ensanchan, exagerando con ese abrirse y partirse y cerrarse la impresión de altura, haciendo creer que es una escalera inmensa, magnificando el efecto. Simple engaño de la perspectiva. No es tan grande, no es tan alta. Con la gente a veces pasa igual. Lo que es es una escalera graciosa y burlona. Y muy famosa. Infinitas veces la habré de transitar, hacia arriba o hacia abajo, hacia el cielo o hacia el infierno mientras otros miran museos, iglesias, piedras viejas. La subida al cielo es más difícil; fácil la bajada al infierno: jala con la fuerza de la gravedad. Desemboco a la Trinità dei Monti de frente, por la Via dei Condotti que acaba en la barquita varada de la fontana della Barcaccia con sus soles y sus abejas. Abajo está la barquita, arriba el obelisco y la iglesia, en medio la escalera:

—Sube! Sale! Oggi sono così bella per te.

Dócil obedezco. Da scalino a scalino, de grada en grada voy subiendo, deteniéndome en las terrazas para recobrar el aliento. Respiro hondo y el alma se me ensancha, se me dilata como un globo enorme que tensa las amarras queriéndose ir. Aún no. A media subida se me ocurre una nueva Trinidad, la Santísima Trinidad de las tres eres, un nuevo Dios uno y trino: Roma, Rómulo y Remo. Y sigo subiendo hasta el último escalón, la última terraza, desde la cual se ve Roma. Al llegar me vuelvo pájaro y me voy volando, sobre los arcos, los foros, los puentes, las termas, sobre el Coliseo, el Capitolio, el Vaticano, hacia el horizonte que parte la tierra, por donde sale el sol de Cristo y se pone el sol de César.

Vuelo y vuelo hasta que el prodigio se disipa, y heme de nuevo abajo entre los hijos de Eva. Abajo, en un laberinto de callejones tortuosos por los que me llevan mis pasos ciegos, sin rumbo, al azar, a la aventura. De acera a acera, de balcón a balcón, tendidos de ropa secándose al sol, al débil sol convaleciente del invierno, o mejor al viento. Sopla el viento y ondean las camisas, las medias, los pantalones, y prendas íntimas de hombre y de mujer: brassieres y calzoncillos, festivos como banderolas, libres de carne humana y pecadora, limpios de pecado mortal. Paso

debajo y me moja el agua que escurre de ellos. El laberinto intrincado se resuelve en una plaza. Una plaza larga, estrecha, con tres fuentes que mojan también al que se les acerque.

—Non sai chi sono? Sono la piazza Navona, scemo, la più bella.

Es la plaza Navona, antiguo estadio de Domiciano cuya silueta alargada aún conserva. En ella hay un café famoso, el Tre Scalini. Miro a su terraza y qué veo: al mismísimo Sartre con Simone de Beauvoir. Él es un viejito chiquito, flaquito, de negro, austero, con gafitas redondas de carey. Ella una muñequita; eso, una muñequita pintarrajeada, con ropa antigua, que me recuerda justamente a La Muñeca: la loca más loca de Medellín, una vieja. Se me cruzó en mi infancia, un domingo, en el Bosque de la Independencia. Esa sola vez la vi y aún no la puedo olvidar. La vi, pasó, y sentí una inmensa conmiseración por ella. Pintada la cara de polvo y colorete, los labios de rouge, en la cabeza un sombrero de velo, negro y violeta, y pendientes, anillos, collares, enjoyados reflejos de cuentas de botella, y una ropa del tiempo de la abuela de mis abuelos pero limpia, pulcra, digna, severa, impecable, majestuosa. Majestuosa es la palabra. Así pasó ante mí por entre el populacho inmundo, entre sus burlas. El pueblo vil, ya saben, al que le hará su madre la revolución y que en tanto llenaba con su mugre crónica el parque público ese domingo. Tenía el parque un laguito, un cine y un bailadero. Por el laguito de aguas verdes, densas, patos y barquitas de remo se impulsaban dejando sus estelas. De la mano de mi padre entré al cine. La salita, pequeña, abarrotada, palpitaba con la tibieza de las iglesias en misa de madrugada, si bien era el atardecer. Tal vez por causa de esa primera impresión para mí todo cine es un templo. Pero uno que embriaga no con incienso ni con latines de coro y presbiterio, sino con luces y sombras que pugnan en la oscuridad. Retumbó un cañonazo atronador y el templo se volvió barco: una nave pirata al abordaje. Y ahí voy yo, el Corsario Negro, parche negro en un ojo y el otro echando chispas iracundas de colores, al abordaje con mi cimitarra de mango incrustado de rubíes y esmeraldas. Tas-tas-tas-tas... Son las espadas, el entrechocar de espadas. Tumbo uno aquí, tumbo otro allá, el que se me atraviesa muere, salto a la goleta inglesa y por entre arboladuras, jarcias, mástiles, volando en una cuerda, aterrizo en la cabina del capitán y lo hago prisionero. El humo de los mosquetes se salía de la pantalla y se mezclaba en la sala con el de los cigarrillos Pielroja. Nunca, nunca, nunca he sido más feliz que en medio de esa humareda y de esa matazón. De cuando en cuando, por entre el fragor de los cañones, llegaban de afuera, del bailadero, compases de un porro o de un paseadito, jirones de la prosaica realidad: negros y negras meneando las caderas.

Esa tarde de domingo, en esa salita abarrotada, al abordaje en un entrechocar de sables, así y ahí y entonces nació mi amor al cine. Por eso ahora estoy aquí, en Roma, en la plaza Navona, en el Tre Scalini, a un paso del mismísimo Sartre. Si tiendo la mano lo toco y entonces como Santo Tomás creo. Creo en la existencia de Dios. Ya iba a decirle a Sartre que no compartía su tesis del compromiso, que el único

compromiso que yo aceptaba era el del hombre consigo mismo, que la única verdad era la mía, la de un egoísmo feroz, cuando pasó un muchacho panadero, blanco de harina, con una canasta de panes. ¿Y éste de dónde salió? De un lienzo de Botticelli, con el pelo enortijado coronando la belleza. Mis ojos se fueron tras él y tras mis ojos mis pasos, a conocer a Roma, y a Sartre no lo volví a ver y años después murió, hasta el cuello en su mentira.

Pero visiones de éstas en Roma eran la cotidianidad: por doquiera, en cada esquina, a cada vuelta de la esquina, presencias del largo pasado. Adolescentes que esculpió Miguel Ángel, que pintó el Bronzino, con sus mismos tabúes, sus mismos engaños, sus actitudes viejas. Los vivos atrapados en la trampa de los muertos. Y las palabras... Esa lengua que no evolucionaba, esos dialectos anclados en el lodazal del tiempo... Vagando, divagando por ese barrio de la plaza Navona de súbitas plazoletas y callejones tortuosos, en cuyo idioma no existía la palabra «edificio» porque los edificios eran palacios, volví a perder la paz.

—Señor, infinitas gracias os doy por ser quien soy y ni un ápice de más ni de menos, pero ¿por qué no hiciste el resto bien y para el amor no basta uno solo sino que hacen falta dos, o tres, y así me pones a caminar y me sacas de la paz de mi casa?

Palacio Alberini, Palacio Farnese, Palacio Braschi, Palacio Massimo, palacios, palacios, palacios de los que fueron dueños un día papas y cardenales, maestros y condestables, príncipes y condotieros, y la delación y el puñal y el veneno y la intriga. En la soberbia de las cúpulas, en el ocre de los palacios, en el borbotar de las fuentes persistían los blasones, las estirpes, los linajes, el pasado entero, vivo, omnipresente con su presencia turbadora. Y el rapto, la devastación, el incendio: el torrente de godos y vándalos yendo a dar al ancho río de la vieja sangre itálica... Centurias, milenios volvían confusamente a mí revividos en esas viejas piedras y en esos niños y adolescentes de Roma. Cuando el cónsul me presentó a Roberto Triana, quien hacía cine y llevaba once años en la ciudad, saliendo del consulado a la Via Pisanelli a éste le pregunté:

—¿Y cómo le hace uno aquí para conseguirse un muchacho?

—¡Beeh! —contestó.

Y en ese monosílabo italiano que me sonaba a chivo con cuernos había lo que usted se pueda imaginar de un viejo sátiro de viejas mañas y una paciencia antigua. Pero ya la cronología de mi estancia en Roma se fue al demonio. En fin, cuando regresé al anochecer a la Casa dello Studente, a mi pequeña liga de las naciones de pobres diablos, me asombró su limpieza desolada que contrastaba con la mugre antigua, viva, involucrada de la ciudad. Lejos de sus visiones turbadoras, del esplendor de sus imágenes, en la estrechez de mi cuarto, a la sombra, esa noche, mi segunda noche romana, soñé con Medellín. Soñé que la calle Junín era un río. He ahí mi paradoja: cuando vivía en Roma soñaba

con Medellín; cuando regresé a Medellín empecé a soñar con Roma. De tope a tope del mar se iban mis sueños inconformes, viajeros, con su nostalgia necia.

Anoche, tras una tregua de años, el fantasma de Roma ha vuelto a visitarme. ¿Pero era un sueño nuevo, o el eco de otro sueño? Iba yo por el lungotevere arriba, siguiendo su balaustrada, mientras abajo corría el Tíber encabritado, furioso, pugnando por subir, atropellándose en olas y tumbos, echando espumas de rabia. Sotanas escarlatas, parduzcas, negras, moradas, azules caminan adelante de mí, jesuitas, carmelitas, dominicos, franciscanos de ayer y de hoy, ese barullo de curas y frailes que van por Roma como Pedro por su casa: impunemente. El viento les hinchaba los hábitos como velas de un buque. Yo, mi yo inasible que no es niño ni hombre ni viejo, una especie de fardo de viento (también de viento), se aferró a la balaustrada para no dejarse llevar. El buque empezó a flotar, a flotar, a flotar, y flotando se hizo a la mar, al mar del cielo con el ventarrón.

Ahora mis pasos firmes que miden la tierra cruzan el puente Sant'Angelo, y por la Via della Conciliazione dan en la inmensa plaza conocida. No es tan inmensa: pesa asfixiante, cerrada. Abierta en cambio está la puerta de la Muerte, abiertos de par en par sus batientes de bronce. Cruzó la plaza, cruzó la puerta y entro en la Basílica: me voy derecho a la estatua de Pedro, Petrus, piedra, la piedra humilde sobre la cual alzarón el soberbio edificio. Es el curso natural que sigue el agua cuando partió de un bautisterio. Tarde que temprano allí habría de ir a dar mi río, un río turbio, desquiciado pero que nació limpio y pequeño, un arroyito, allá en la iglesia del Sufragio, en el barrio de Boston, ciudad de Medellín, República de Colombia, en la pila bautismal. José María Ferro, presbítero coadjutor, me dio a probar la sal y trazó sobre mi corazón la cruz de aceite. Eran mis padrinos mis abuelos. Un grupo de turistas husmeaba en la vastedad de la Basílica semidesierta. Nosotros, afuera, esperando el permiso de pasar al templo.

—Quid petis ab Ecclesia Dei? —preguntó el cura.

—Fidem —contestó por mí mi abuelo.

—Fides quid tibi praestat?

—Vitam aeternam.

—Si igitur vis ad vitam ingredi: Diliges Dominum Deum tuum, ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota mente tua, et proximum sicut te ipsum.

Sopló tres veces sobre mí para arrojar al demonio y entonces nos permitió pasar. Pasamos. Era una iglesita cualquiera de barrio, la iglesia salesiana del Sufragio: en su pila bautismal renuncié por boca de mi abuelo a Satanás. A Satanás y a sus obras y a sus pompas.

—Yo te exorciso entonces —iba diciendo el cura en latín—, Espíritu Inmundo, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo para que salgas y te apartes de este Siervo de Dios...

Fulanito de tal, etcétera, etcétera, y mi nombre español vivo, nuevo, refulgía sobre el fondo viejo de esa lengua muerta.

Dondequiera que ahora estés dime una cosa, abuelo: ¿Con qué derecho renunciaste a algo mío por mí, sin mi consentimiento? Hoy bien te podría poner pleito, uno de esos interminables pleitos tuyos en que te solías meter en vida apelando al Tribunal, al Consejo, a la Corte: a la Corte de Justicia y a la Corte Celestial. Pero no. Te perdono. Mi amor por ti es más grande que la inmensidad del infierno. El cura recogió agua de la pila con una concha:

—Ego te baptizo in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.

Y tres veces vació sobre mi cabeza el agua eterna del reino de Cristo.

El grupo de turistas se perdió por la escalera de la cúpula. Una mujer humilde, del pueblo, se acercó a la estatua de San Pedro: venía a besarle el pie al santo, según pide la veneración popular. Sólo que era demasiado bajita, no le daba la estatura, no alcanzaba con los labios. Así que le mandó el beso con la mano: besó su mano y tocó la estatua. No muy contenta con la fórmula miró en torno y no me vio. Entonces probó a besar el pie directamente dando un saltito, pero calculó mal el impulso. Y ahí va a darse en plena boca contra la mole metálica un trancazo soberbio. Lo que se llama un trancazo de padre y señor mío. Aún recuerdo su mirada fulminante al santo, de dolida recriminación. Advirtiendo luego mi presencia abandonó corrida la basílica.

Mire usted, fíjese allá desde esta azotea a la que hemos subido a quemar papeles. Advierta el filtro ceniza al sur, al norte, al centro, por los veinte rumbos velándolo todo. Es el smog, el alma negra de esta ciudad en que vivimos, la más poblada de la tierra, donde los pájaros caen en pleno vuelo abatidos por el fluido letal. ¿Ve lo que digo? Como avioncitos de la Segunda Guerra. Así tenemos pues el raro privilegio poético de presenciar lluvias de pájaros muertos. No es queja: es la muerte dulce del smog, la más discreta: mueres y nada te pierdes y ni cuenta te das. Bajo el cielo límpido de antaño la muerte era otra cosa, un perderse para siempre los matices del azul. ¿Ahora qué? Por eso Bruja, niña, hoy enciendo esta fogata; pongo en ella lo que tengo, mi granito de arena, o sea mi hilito de humo, de smog: cartas, fotos, pasaportes viejos, mi pasado pues. Mira los pasaportes amarillentos, anulados, caducos abriéndose, retorciéndose en la quemazón. Los lee el fuego. Mira esa fecha: 21 de marzo de mil novecientos no sé cuántos, mi llegada a Roma por primera vez. Se va en las llamas y se van las visas y se van los sellos: mi salida de Italia por Ventimiglia, mi entrada a Francia, mi entrada a España. Países, fechas, ciudades. De una vida tan vivida no quedan más que esos sellos destintados, inútiles, el registro oficial. Y ahora ni eso. Se van al diablo, se van al fuego y con ellos fotos, cartas,

papeles. Mira esa carta: la última que me escribió mi abuela. Mira su hermosa letra, su caligrafía fluida, cadenciosa, severa, ondulando en los vaivenes de la llama. ¿Qué te dice? No sé, no recuerdo, no quiero recordar. ¿Y esa foto? Es mi abuelo. ¿Calvo? Sí, sin pelo, y sin dientes además. El pelo se le cayó y los dientes se los tumbó: a los diecinueve años, cuando le dolió la primera muela, pa no pagar dentistas, ese gremio de rateros. De cuántas antesalas estúpidas no se libró con una simple dentadura postiza... Y el muchachito ese esbelto, bailotiando en las llamas de tu quema, de tu infierno, ¿quién es, quién fue, uno de tus amantes efímeros? ¡Qué va, soy yo, fui yo! ¡No te lo puedo creer! Pero bueno, y esa perra negra, hermosa, espléndida, con una mariposita blanca en el pecho, los ojos vivaces de inteligencia, las orejas erguidas, alerta, agazapada como si se fuera a salir de la foto saltando por entre las llamas como un maromero, ¿quién es? Ésa, Bruja, niña, tonta, eres tú.

Bueno, yo vine a Italia a estudiar cine y a nada más. Pero el más se fue haciendo más y más, se fue creciendo, y acabó por absorberse todo. Para empezar, me fui a Sicilia con Paulina.

Paulina no es travesti ni es hombre: es mujer. Una mujer vieja, fea, de cuarenta años y una fealdad chaparrita sin atenuantes, sin cortapisas, sin perdón del cielo pero eso sí, sin pelos en las piernas ni pelos en la lengua, mentiría si dijera lo contrario. El cónsul me la presentó:

—Como ando muy ocupado —me dijo—, lo que se te ocurra se lo preguntas a ella.

—A ver Paulina: ¿cómo se dice mantequilla en italiano?

—Burro. Si dice il burro.

—Ah...

Paulina era maestra y había venido a Italia con una beca de la RAI: su decimaquinta beca. Era un ser que iba por la vida de beca en beca. Ahora estudiaba televisión.

—¿Para qué, Paulina?

—Para irme el año entrante a Alemania a estudiar restauración de monumentos. Porque les voy a recuperar la única iglesia vieja que les queda en Medellín: la de la Santa Veracruz.

—Ah...

—Le voy a poner unos pilares de ladrillo en el atrio, que le hacen falta.

—Ah...

La RAI la invitó a conocer sus instalaciones en Nápoles, con extensión del viaje a Sicilia. Y ahí voy yo recién llegado a Italia con Paulina a Nápoles y a Sicilia a lo mismo, a nada, a ver, a ver qué pasa. Pero antes de subir al tren del Mezzogiorno, permítaseme dar marcha atrás un momento que algo se me quedó pendiente en la ciudad del Vaticano: volví un domingo, en la mañana, como a las once a la susodicha. La multitud, el rebaño, emocionada, nerviosa, apiñada en la plaza:

—Ya va a salir, ya va a salir.

Y salió: por una ventanita del ala izquierda, o un balconcito de la derecha, ya no recuerdo, de blanco y púrpura, con bata y tiara y manto, travestido, la papisa Pabla o la papisa Juana, a bendecir al aire con la mano suelta, urbi et orbi. Alta, enorme, ante su servidor arrobado, se alzaba la cúpula de San Pedro coronando la basílica, la plaza, los jardines, los museos, las capillas, la ciudadela suprema que erigiera sobre la humildad de Cristo la soberbia de los papas. Y ahora sí, tras el interludio jacobino, volteriano, vuelvo a la Stazione Termini a tomar el tren de Nápoles, con maletas y Paulina. Parte el trencito veloz, el tren de los recuerdos.

¡Tas! ¡Tas! ¡Tas! ¡Tas! Son postes, árboles pasando, bofetones del paisaje. Tras los postes, tras los árboles, precediéndome, siguiéndome, expandiéndose la campiña ondulante. ¿Y éstos qué son? Son silos, graneros de rojos ladrillos. ¿Y los riitos como de sangre? Desagües empurpurados por los residuos de la uva. ¡Italia! ¡Italia! La de mis tiempos, la de los trenes, huyendo inasible tras mi ventanilla, en tanto como pan con salami y tomo vino Chianti. Pero vienen en el tren unos marineros y se me obnubila el paisaje. Así soy yo. Dejo pues para más propicia ocasión los arrebatos lírico-gastronómicos: para una puesta del sol, digamos, solo yo en el desierto.

—¿Que qué? ¿Qué me decías, Paulina, que no te estaba prestando atención? Ah sí, que de Alemania te ibas a ir con beca del gobierno inglés a Dinamarca. ¿A estudiar qué?

Lo que fuera, Dios y el tiempo lo dirán.

Ven entonces los marineros a Paulina, y como impulsados por un resorte pasan a nuestro compartimiento, a ponérsenos a nuestras órdenes y a ofrecernos el oro y el moro y aceitunas negras. Que de dónde éramos, que adónde íbamos, que adónde íbamos a llegar, a dormir. Y Paulina:

—Vamos a Nápoles y a dormir en el barco rumbo a Sicilia.

Y ellos que no, que nos quedáramos, que siguiéramos con ellos en el tren y nos fuéramos a dormir a sus casas, allí no más, adelantito en Reggio Calabria, en la punta de la bota. Que nos hacían lo que quisiéramos: pasta e arrosto, tonno bollito o capretto ripieno.

Y yo:

—Encantado.

Y Paulina:

—No.

Un no tajante como machete colombiano cortando cabezas.

—¿Por qué no, Paulina?

—Porque no.

Vinieron tras los marineros unos obreros sicilianos, de esos que van del Sur a Turín o a Milán a trabajar y a probar suerte. De allá volvían. Degli operai che tornano al paese, entre los cuales un giovanetto espléndido. ¿Que íbamos a Sicilia? Perfecto. Pero de una vez. ¿A qué quedarse en Nápoles con tanta pillería, tanto ratero? Que nos fuéramos directamente a Caltanissetta a dormir a sus casas. ¿Caltanissetta? ¿Dónde está? Allí no más, en el centro de la isla, un oasis, un espejismo, con el sol más bello. Y yo mirando al jovencito, cantando para mis adentros: «Un sol più bello sorride a me, il sol che splende negli occhi a te!» Me apresuré a decir que sí:

—Por mí sí vamos, ¿por qué no?

Y Paulina:

—Porque no.

—Pero, ¿por qué no, Paulina?

—Porque hay peligro.

—Mirá Paulina: nosotros los colombianos afuera ya no corremos peligro. Salimos inmunizados. Peligro, si acaso, lo corren ellos. Tú y yo gozamos de perfecta inmunidad.

Y ella:

—No.

Y yo:

—Carajo, así no se puede viajar.

Lo anterior, por supuesto, hablando español entre nosotros y con ellos italiano. ¿Pero italiano digo? Galimatías o dialecto siciliano que empecé

a hablar fluidamente allí en el tren, sobre la marcha, por ciencia infusa del Espíritu Santo o compenetración con la raza.

«Qual dolce cosa un giorno pien di sole...» ¿Qué sigue, Paulina? Sigue Nápoles. Eso, Nápoles de repente en su golfo y en el esplendor de sus riberas. Nápoles de los scugnizzi que mató al Caravaggio, por andar como yo en tan malos pasos. ¡Mira el golfo! ¡Mira la luz! ¡Mira las naves! Una embriaguez me iba entrando, una euforia... «Brillando i vetri della tua finestra...» ¿Cómo es que dice la canción? Dice que «a Marechiaro sorride un balcone». No hombre, ésa es otra. Y esas por donde íbamos eran la strada di Mergellina y la Via di Piedigrotta que viene de la riviera di Chiaia. Va bene, va bene, signor guía, ¿pero los scugnizzi dónde están? Y el guía que miren esto, que miren lo otro, y yo:

—¿Los scugnizzi dónde están?

No en las vítreas galerías de cristal abovedado y piso de mosaico por donde toman mis recuerdos. No en la trattoria donde comimos zuppa di vongole e mozzarella in carroza. No en los estudios de la RAI. Ni en esas cavas donde probamos los vinos de la Campania, vino di Capri, vino del Vesubio, Lacrima Christi, bodegas encerradas de vinatero con un viento de mar y de vendimia encajonado, en las que verdosas estalactitas cuelgan del techo como candiles art nouveau, verdes porque un moho de terciopelo lo cubre todo, techos, muros, odres, toneles. Si los scugnizzi no están ahí tampoco, ¿dónde pues están? Y en tanto se iba pasando el día sin ver yo a los scugnizzi ni oír «O sole mio», en las vinaterías, en las galerías, en las trattorias, por donde fuéramos, hombres y muchachos siguiendo a Paulina. ¡Pero este rejo es un anzuelo mágico, donde lo tiren pican! Hombres y muchachos en pos de esa negación de la lujuria como moscas tras el tarro de la miel o perros detrás de una perra en celo. Mientras más veía menos creía.

—¿Y los scugnizzi dónde están?

—¿Pero qué son los scugnizzi? —preguntaba exasperada Paulina.

—Son —le expliqué a la ignorante— los niños delincuentes de Nápoles, que se aman entre sí.

—Ya no hay —informó el guía—. Se acabaron con la posguerra.

Una contrariedad inmensa, una furia salida de madre y razón se me subió a la cabeza pero no sabía a quién matar.

—Si aquí no están los scugnizzi, ¿qué carajos hago aquí? Me voy —dije y empecé a irme.

—Espérate que acabemos de tomarnos este helado —decía tratándome de detener Paulina— y a que den las seis cuando sale el barco. Vas a ver entonces a Capri bajo la puesta del sol.

Dieron las seis, subí al barco, partió el barco y me encerré en mi cabina a rumiar mi furia, temiendo seriamente que fuera a morir. Ni vi los scugnizzi ni los frescos turbadores de Pompeya, ni conocí el amor en Capri ni en Sorrento ni en Salerno y me perdí la puesta de sol. Todo por culpa de esta maldita, todo me lo perdí.

Salí a cubierta con la noche arriba justo cuando del mar surgía, recién bañada, sonriendo estúpida, la luna tonta, la luna boba. Pero sopló la brisa y se me compuso el genio. ¡Nápoles, Capri, la luna, la nave, mi primer viaje en barco por el mar! Una felicidad misteriosa me invadió. Bajé al comedor a tomarme dos o tres botellas de vino para ahogar en vino tanta felicidad. El vino me soltó la lengua y me puso a darle consejos a Paulina:

—Mirá Paulina, aún eres joven, haceme caso que cuarenta años no los tiene uno más que una vez. Jamás rechaces lo que la vida te da como si tu juventud fuera eterna. Aprovecha, si te la ofrecen, la hospitalidad. No cierres pues, Paulina, las puertas y ventanas que así no dejas pasar la luz. Ábrete, ábrelas.

Y le recitaba a Ronsard:

—«Cueillez dès aujourd'hui les roses de la vie...» Las rosas de la vida, Paulina, arráncalas.

Pero no, no había forma. Temía pincharse al coger las rosas. Se fue a dormir y me dejó bebiendo y hablando solo. Después me gritó desde su camarote que le llevara un vaso de agua. Se lo llevé: salió a abrimme en camisón cerrado, sellado, lacrado, con un cerrojo en medio con candado, un cerrojo enorme, oxidado, como esos que les pusieron los judíos a sus casas antes de abandonar a Toledo. Como si aún rondaran los marineros del tren y se la fueran a robar...

En Palermo fue el acabose: una cauda de admiradores tras ella por donde fuéramos, cincuenta o cien. Y cincuenta o cien pensiones inspeccionamos, conocimos, cargando yo las maletas, hasta que por fin una le gustó.

—Aquí —dijo como el conquistador cuando clava la cruz y la lanza ahí donde va a fundar la ciudad.

Y ahí nos quedamos. Ella se fue a sus monumentos, sus iglesias, sus museos seguida de sus admiradores, y yo solo por ahí, in giro; solo me fui a la playa de Mondello, donde también se pone el sol: desierta. Una cabecita, si acaso, allá en el ancho mar, alguien que nadaba, que se acercaba viniendo de lo lejos. Me extendí en la arena a pensar en nada, en todo, en la vida, el mar y sus vaivenes, en la epopeya, en Polifemo y Galatea, Ulises, el Etna, la montaña de fuego. La luminosidad del aire avivaba los colores, los encendía, enloquecía volviéndolo todo aéreo, etéreo, de espejismo. Y de súbito, milagro de espejismo, la cabecita lejana se convirtió en un torso espléndido, bronceado de sol, chorreando

agua: salía ante mí del hondo mar salado el dios del mar, Neptuno, quiero decir el hijo de Neptuno, o Marte mismo o Antinoo, qué sé yo, lo más hermoso que hubieran visto mis ojos, que hubiera esculpido el hombre y pescado los pescadores y parido la puta tierra y soñado la leyenda. Era tanta su belleza que me sentí Alcides Gómez y que me iba a echar a llorar. A su ancha sonrisa soleada respondí con una mueca. Nos pusimos a hablar, a hablar, y mientras yo decía cualquier cosa en cualquier idioma, palabras que se lleva el viento, hacía mi gran descubrimiento: que los dioses no hablaban griego homérico sino dialecto siciliano. Cuando más cerca lo tenía de mí, cuando me embraigaba en su perfume acre, sonó un radio en la playa y el mundo se llenó de turistas. Nos dijimos al despedirnos que nos volveríamos a ver en la noche en mi hotel.

En la noche llegó a mi hotel. Pasó a mi cuarto, se sentó en mi cama, a mi lado como en el último instante mágico de la playa, y el tiempo tornó a correr desde donde se había detenido. Entonces tocaron a la puerta, abrieron desde fuera y apareció Paulina. Que el dueño del hotel, de la pensión, l'ingegnere, nos estaba esperando a tomar el té en la sala.

—La Sicilia è molto pericolosa —decía l'ingegnere, y corroboraba su mujer y asentía Paulina—. È il paese de la mafia, dove tutto ti puo capitare.

Todo te puede pasar aquí. Te pueden robar el anillo, el dinero, el pasaporte, los pantalones, los calzoncillos dejándote doblemente en pelota porque sin ropa algo eres, un bulto de carne y hueso, pero sin pasaporte ¿qué? No existes, no eres nada, estás borrado, tachado, anulado. No eres ni la sombra de ese pájaro que pasó volando. Ése era el tema y ése era el tono, el diálogo a tres voces de la tripleta paranoica. Y yo callado, rumiando mi desesperación y comiéndome las galletitas y las uñas. Servían taza tras taza de té hablándome indirectamente, tirando una y otra vez a la pared la pelota para que de la pared la pelota me rebotara a mí. Ahí a la vuelta dizque en la playa de Mondello dizque a un turista escandinavo dizque la otra tarde dizque lo habían dejado dizque como su madre lo echó al mundo, sin una mísera hoja de parra para taparse. No, si el mundo no era como se lo creía uno, era otra cosa...

Al amanecer, descalzo para que no crujiera el piso y con dedos de aire para que no rechinaran las puertas, salí como un ladrón abandonando a Paulina y su pensión. Me fui a la estación a tomar el primer tren que saliera, adonde fuera. Desde ese instante entendí que no sirvo para viajar con nadie. ¿Y el dios del mar? Allá se quedó en Palermo, tan bello y joven como le conocí, embalsamado en mi recuerdo. Lo único que debí hacer no lo hice: volver hasta volverlo a encontrar en esa playa de Mondello. No, me fui, partí. Medio siglo ha pasado desde ese amanecer, esa partida, si no uno entero, y mi inmenso error aún me pesa. Y yo que no reconozco errores... De no haber ido con Paulina... Hoy soñaría en la isla con brisa bajo los olivares, en vez de andar delirando entre mi nube

negra de smog. Pero cuantas veces llego a una encrucijada tomo el camino errado. En cualquier estación del tren bajé, y era Agrigento.

¿Pero qué hago en Agrigento? Me sentí rabioso, extraño, inseguro. Volví a subir al tren y bajé en Caltanissetta. ¡Conque esto es Caltanissetta! Y otra vez al tren para bajar en Taormina. Y los pescadores de Peyrefitte, ¿dónde están? Mis maldiciones a Peyrefitte resonaron en la playa desierta. Nunca, nunca, nunca le creas a indicaciones de maricas: de fabulación en fabulación te mandan hasta el fin del mundo, del desierto a los mares del Sur... Después dicen que no había nada porque era día de fiesta. A ellos les fue muy bien. A partir de Taormina el Viajero Solitario ya no se bajó en parte alguna. Siguió en el mismo tren hasta Roma, maldiciendo a Peyrefitte y a Paulina. Volvió como salió: con el anillo, con el dinero, con el pasaporte, con los pantalones, con los calzoncillos, vivo, indemne, intacto.

Ahora, en la paz de mi escritorio, repasando mi rosario de errores, comprendo la necedad de mi impaciencia con Paulina. ¡Qué felices andaríamos hoy tú y yo Paulina, viajando por los siete mares con una beca del Padre Eterno, yo ocupándome de tus marineros y tú organizándome las puestas del sol! Pero no. En cada encrucijada tomo el camino errado.

Volví a la Casa dello Studente como a mi casa, como si el viaje a Sicilia con Paulina no hubiera sido un viaje dentro de otro viaje, sin darme cuenta de que mi casa era la de Medellín, donde había vivido una vida, no esa residencia de estudiantes donde había pasado un mes. Pero el hombre es así, voluble, acomodable, así soy yo. Lejos del fuerte resplandor del sol, a la sombra de mi cuarto, fresquecito, me volví a sentir muy bien.

En la noche andaba con mi amigo Roberto por los socavones del Coliseo y el Aventino inspeccionando el mundo del subsuelo. Al magno circo venían muchachitos y muchachos, le marchette, que cobraban: moneditas, soldi spiccioli; a la colina, el monte abyecto, ancianos de veinticinco, treinta, cuarenta, cincuenta años que sumados unos con otros hacían en total al hombre, el hombre eterno que es el mismo, que no cambia, el de los lupanares de Pompeya o Bali a las que cubrirá un volcán o se llevará un maremoto, tú y yo, perdida nuestra pobre identidad, borrados según nuestro más íntimo designio. Espectros deplorables, almas en pena, accedíamos por fin al bien supremo, el de ser nada, sombras de la noche. Rodaba la noche extraviada por los senderos de la colina, las gradas del matadero, dando tumbos, sin luna, sin norte, a tientas. (Permítaseme una digresión sobre las putas en Roma: cuestan una fortuna; cien veces más que los muchachos, sin proporción.) Pero estoy hablando del Aventino y tal vez fuera Montecaprino, atrás del Campidoglio. ¿O tal vez el Janicolo desde donde se ve Roma? Tal vez. Una cualquiera de las colinas sagradas. Por sus socavones húmedos, sus galerías ciegas, catacumbas de un viejo culto, al resplandor pasajero de una cerilla veía, con rabioso júbilo, exultante el alma, el hervidero de gusanos, la escena digna de la aniquilación de

Sodoma: vejada, vapuleada, rasgadas sus vestiduras la gran ramera, la vieja puta, la fea, sucia, falsa, hipócrita moral. De error en error, de caída en caída, equivocándome en cada decisión voy hacia el corazón del laberinto. Al fin encuentro un muchachito del Trastévere, de la barriada, que vale unas cuantas liras, una moneda, y sobre las graderías del Coliseo vuelve a salir el sol y se me ilumina el recuerdo.

Por la Via del Corso, la piazza del Popolo, el piazzale Flaminio, llego a la Via Pisanelli en cuyo número 4 está el consulado colombiano. No olvido el recorrido, no olvido el número porque allí, subiendo la escalera, infaltable, puntual, cada semana me llega una carta, una única carta: de mi casa. Que mis hermanos están bien, que mis abuelos también, que Santa Anita igual. ¿Y Elenita? Ella bien, sin novedad, como siempre: con su cáncer, su leucemia, su «diabetis», el dolor en todo el cuerpo, o sea igual, en perfecta salud, quejándose: «Ay, ay, ay, me duele aquí, me duele allí», pero va a vivir cien años. Menos mal, me quitan un peso de encima, pero díganme algo más de Santa Anita. Qué te vamos a decir, lo mismo, la misma, igual, vuelta un pantano: hunde uno un palo de escoba en la tierra y brota un surtidor. Con esa montaña arriba llueva que truene chorriándole agua de lluvia, y el abuelo que le quitó los filtros... Creyó que eran una mina de piedra, como si hubiera minas de piedra... Se los quitó, se los sacó y jodió la finca; le dejó a merced de las aguas subterráneas, sin desagües, sin esqueleto. Pero a mí qué me importa el esqueleto, lo que importa es que no la vayan a vender que ahora que esté yo rico (multimillonario con mis películas) me voy a quedar con ella, le vuelvo a poner los filtros y la voy a hacer un palacio que voy a llenar de bellezas: alfombras persas, turcas, pianos, candiles, tapicería antigua, gobelinos, cancelos, biombos, mamparas y una bóveda de vitrales sobre el comedor y en la larga mesa un samovar de plata y yo desde mi escritorio viendo, oyendo caer la lluvia filtrada por las gasas blancas de los cortinajes. Más las otras bellezas... Griegos, turcos, rusos, italianos, españoles, escandinavos, árabes, y hasta de las Azores y del centro de África, de África negra, entre los quince y los diecinueve años (y uno menos si acaso pero ni uno más). ¡Claro que sí, me voy a quedar con ella! ¡Santa Anita mía, islita de felicidad en la tierra! Diría usted un gimnasio o una Academia platónica pero con todas las obras de arte, o un Arca de Noé o una Torre de Babel donde se hablaran todas las lenguas, con todos los animales. Pero lo anterior no lo escribo, lo sueño: sueño el castillo en el aire. ¿Y Roma cómo está? Como siempre, aburrida. Una ciudad provinciana que no tiene remedio. Esta Roma no vale con todas sus piedras viejas una rocola sonando en un café de putas del barrio de Guayaquil. Pero la blasfemia sólo la pienso, no la escribo. Dejo el consulado, bajo la escalera y salgo a la calle leyendo la carta de ellos, que es mi único contacto con Medellín, el mundo, por la que sé que existo.

Me escriben al consulado porque no tengo dirección fija. Un día vivo en la Casa dello Studente, otro en una pensión de músicos, otro en un hotel. El hotel es el Albergo del Sole, en la plaza Campo dei Fiori donde quemaron a Giordano Bruno. La Santa Inquisición lo quemó. La católica y santa Inquisición, la cerrazón del alma. Hoy en el centro de la plaza, donde ardió la hoguera está su estatua. En torno, entre pregones y entre

basura, hay un mercado de frutas. En cuanto a la iglesia esa de la oscuridad es un mamut enfermo, un monstruo agonizante, ya va a morir. Que se acabe el mastodonte de morir y que lo entierren, que lo metan en cualquier museo paleontológico, a ver si cabe. ¡Pobre de mí que ni perdono ni olvido! Hace cuatro siglos lo quemaron pero en mi corazón arde Giordano Bruno todavía.

Entrando al Hotel del Sol me tropiezo con un muchachito siciliano, a quien no conozco.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Yo vivo aquí —me contesta, y lo invito a pasar a mi cuarto.

Pasa, nos sentamos en la cama y sin mediar palabras me abraza. Sigue lo que sigue y lástima que no esté espiando la Santa Inquisición por un agujerito abierto en el techo. ¡En qué hoguera de envidia no ardería!

Días después me vuelvo a encontrar al muchachito siciliano y me dice:

—Que si invitas también a mi hermano, manda él decir.

Y yo:

—Tráelo a ver.

Va, vuelve con él, se me ilumina la cara y los invito a pasar al cuarto. Salvo mi viaje y lo anterior no he tenido otra relación con Sicilia, a la que adoro.

Pero volvamos al consulado desviando un poco el camino, por el Pincio, la montañita arriba de la piazza del Popolo donde hay un orinal de roca falsa, un circulito entre los árboles. Pues allí andan a plena luz del sol, bajo la azul bóveda del día, los fantasmas de la otra noche, de la colina, trasnochados, demacrados, esclavos de su lujuria, de su lascivia, los mismos cerdos depravados. Eso les grito medio en español, medio en italiano. ¡Sporchi! ¡Mascalzoni! Menos mal que no soy como ellos. Miro y sigo de largo. Pero bueno, ahora quiero ser director de cine ya que no pude ser pirata.

Si me lo permiten pues, voy a prender el proyector, la «máquina de cine» como la llamamos en Medellín, mi Medellín de esos tiempos que llamaba a la cámara fotográfica «máquina de retratar», y «campo de aviación» al aeropuerto. De tarde en tarde, hechos bolas de fuego, caían en el campo de aviación avioncitos, con sus cantantes de tango infortunados.

La máquina de cine que digo es de 16 milímetros y me la regaló mi tío Ovidio: «nos la regaló», a Darío, Aníbal y a mí, pero es más mía que de mis hermanos porque soy el mayor, el que mando. Regalo tan maravilloso, por lo que a mí concierne, jamás me lo han vuelto a hacer,

y pienso en los regalos de Jesús Lopera, andando el tiempo... Lo que pasa es que esta máquina de cine también tiene su problema (como todo, lo singular fuera que no): el recalentamiento; por no tener ventilador, a los diez minutos de trabajar encendida, el foco que la iluminaba, la bombilla, irradiaba en grados Kelvin el calor de medio sol. Y claro, se quemaba en su propio fuego la maldita, que costaba una fortuna dizque porque era importada. Envolvíamos el proyector en trapos mojados y el agua se evaporaba, se condensaba en el cielo raso y se soltaba la lluvia. Las satisfacciones, pues, que nos daba el proyector de Ovidio eran tan caras y efímeras como el momento culminante del amor, que según las monjas del colegio de La Presentación, en Medellín, Colombia, se paga con la eternidad del infierno.

—¿Tanto así, hermana, por tan poquito?

—Sí, niñas, por un momento de placer.

Cerradas las puertas de mi cuarto y selladas con esparadrapo sus rendijas, una raya de luz se cuele todavía por la entreabierta ventana: pues a tajarla. Nada de luz del sol que el sol no la va con el cine. Como el pecado, el cine brilla mejor en el cuarto oscuro. Sólo tenemos un rollo y dura entre cinco y diez minutos. Colgamos una sábana blanca en la pared: la pantalla; montamos el rollo, conectamos la máquina, apagamos la luz del cuarto, le damos marcha al motor, encendemos la bombilla, y fiat lux, hágase la luz, el milagro. Por sobre la distancia inmensa del tiempo, he aquí lo que la luz revela: primero, con una duración de treinta segundos, una pelea a bala en una cantina del Oeste. Dos pistoleros. Uno no alcanza a sacar el revólver. El otro sí. Y ¡tas! ¡tas!, de dos disparos se lo echa. Caer. ¿Y qué más? Nada más, se acabó, ¿qué más quieren? Si ya mató al enemigo... Eso es todo, que siga el rollo. El resto del rollo son abejitas, o mejor, avispietas, volando. Como dibujos animados, muy simples. En los blancos mudos, grises, negros del blanco y negro, en el parpadeo vacilante de las imágenes, a dieciséis por segundo, vuelan, aletean las avispas agitando sus alas traslúcidas. ¿Adónde van? ¿Es un ballet? ¿Qué buscan? ¿Es un ritual callado? Van a buscar a la reina porque están en guerra. Caricia de un sueño cadencioso, pronto se acabará el rollo, abriremos las puertas y ventanas y entrará el sol, la vida y su desencanto. Mientras tanto, mientras brilla la incandescente bombilla, mientras cuadro a cuadro pasa veloz la película, una felicidad misteriosa me está embriagando.

Mas de repente ¡pum! ¡un fogonazo! ¿Qué? ¿Otra vez se están dando bala los pistoleros de adentro? ¿En plena danza de las avispas? No. Es que se rompió la película. El aro de protección se fue achicando, achicando, y al acabarse se tensó demasiado el rollo y lo dicho, ¡pum! se descarriló el tren llevándose ocho o diez perforaciones de corbata y adiós película; en el centro del fotograma, el del accidente, que se inmovilizaba en la pantalla, como una punta de alfiler primero, pequeñito, y luego grande, grande, invadiendo la imagen, se desataba el incendio: la bombilla rabiosa quemaba el cuadro detenido. Haga de cuenta usted un infarto, en pleno hipódromo. Muere el cristiano porque

le dejó de circular la sangre. Y así en el cine si se para el rollo. El rollo debe rodar y rodar.

Con un proyector tan caprichoso, un rollo no da para más de cinco o diez pasadas. Al final acaba siendo un nazareno, que tropieza y tropieza, una tira lamentable de remiendos. Por ello, porque la vida del cine es tan breve, porque el proyector no sirve, porque la bombilla vale, determinamos dar funciones cobrando. A cinco centavos por cabeza. Por los cuatro puntos cardinales de la novelería vinieron niños de los veinte barrios. Nos repartimos el trabajo así: Darío proyccionista, Aníbal de taquillero, yo de gerente general del negocio:

—En fila, niños, ¡o que pase la recua en tropel!

Jurando y perjurando que iba a pagar el domingo, Paquito Villamizar entró de fiado. Llegó el domingo y como el cartel de la tienda, «Hoy no fío, mañana sí», este domingo no puedo, el otro sí. Y de domingo en domingo nos iba recitando, rezando, el mismo rosario de domingos. En vista de lo cual, de la mala fe burlona, resolvimos filmar con él una película.

—Mirá, Paquito, nos mandó el tío de Bogotá un rollo nuevo que dura como veinte minutos, de pura matazón. ¿No querés verlo? Te podemos dar una función privada por diez centavos, y si hoy no tenés el domingo pagás.

Dijo que sí el hijueputa. Y ahí vamos con Paquito a su función privada a mi cuarto, a la silla, al taburete, potro de tortura instalado en el centro.

—¿Y la máquina de cine dónde está? —preguntaba el moroso, el remiso, el insolvente.

—Ya la van a traer.

Pero los que iban a traerla se quedaban en el camino cerrando puertas y ventanas.

—¿Y el taburete pa qué es?

—Pa que te subás, hijueputa.

Y mientras el proyccionista y el gerente subían al bandido a la brava a la silla, el taquillero le inmovilizaba las patas.

—Y ahora, malapaga, quitá el foco.

Mal de su grado lo quitó. Y quitado el foco:

—Meté el dedo.

Y por más que no quisiera, resistiendo, forcejeando, pataleando, en el hueco ciego, en el hueco negro, en el mortífero, justiciero agujero a la fuerza lo metió: de arriba abajo le recorrió una descarga. Y aunque a mí, por el contacto con el pararrayos viviente, un poquito de la descarga fulminante, un cosquilleo, me tocó, al criminal lo derribó por tierra. Salió dando alaridos de terror el pollo pelón, la gallinita erizada, la niñita miona. Por ello, heme aquí a su servidor en la ciudad eterna, hoy por hoy la capital del cine, capital del mundo. Nuevamente es el centro. Como antaño, como en su antiguo esplendor, como en sus buenos tiempos, todos los caminos llevan a Roma.

Mira Bruja: ¿Ves ese perro lanoso, pulgoso, achacoso, como de veinte años, zarraspastroso, que llaman «Güero» (que aquí quiere decir rubio), con cardos enredados en las patas, cadillos en el lomo, lagañas en los ojos, pelusas en la cola, y pinta de león que aún le queda de sus pasados esplendores, que duerme en el parque o donde lo agarra la noche, que escarba en los basureros y come huesos astillosos de pollo que traga y deglute como una trituradora y que tanto te pretende? No te me juntes con él. Te pega pulgas. Juega si quieres con él, corre con él, salta los setos con él, haz maldecir a los jardineros del parque... Mas de lejitos. Pues te lo digo de una vez, con claridad meridiana y sin más rodeos ya que dejaste de ser una niña y eres una señorita: quiere que tengas un hijo suyo, o cinco o diez, cosa que de todo punto de vista juzgo imposible: sería como cruzar un japonés o un esquimal con una negra bantú.

En una de esas sesiones de cine mudo se me ocurrió sonorizar el prodigio, y al tiempo que arrancaba el proyector puse en el viejo tocadiscos de la sala la «Invitación a la Danza». Ni mandado a hacer. Perfecto. Volaban las avispas al són de la música de Weber. Y mientras iba el vals con ellas, a ritmo, acompasado, rodaba seco, firme, en su redoble, por su lado, el traqueteo obstinado de la máquina. Ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta... ¿Como una máquina de coser? No, como una ametralladora. Cada fotograma era una bala. Música de agitado motor, esplendorosa. Cuando mande al diablo la clase de armonía que da Roberto Pineda, el sordo, en el Conservatorio de Bogotá, que es un yermo, voy a componer mi Concierto para proyector y orquesta, opus uno, il mio Gran Concerto obstinado, que estrenará en el Teatro Colón la Sinfónica en pleno, y en función de gala, con el proyector de Ovidio de solista. Instalado en su podio. Ta-ta-ta-ta-ta-ta...

Sin que recuerde por qué, me cambié a una residencia de músicos. ¿Tal vez porque soy músico? Sí, soy músico de corazón. Me gusta oír ejercitarse el clarinete, sonando por horas y horas la misma nota, y una soprano gorda escalando a arpeggios el Everest: Do, mi, sol, do, mi, sol, doooo... El mundo no sabe qué está pasando, yo sí: el uno está agarrando embocadura, la otra impostando la voz. ¡Y que se aguanten los vecinos! No hay cosa que me tranquilice más que un aprendiz de clarinete, o un pianista niño en los ejercicios de Hanon, o diciendo dorredorredorre desde que amanece hasta que anochece. O cuando arriba, arriba, sobre la azotea del rascacielos trina el flautín. O cuando

la tuba destapa abajo las tuberías, las cañerías, los atanores del subterráneo: ¡Buuum! ¡Buuum! ¡Buuum! Son cosas que a usted lo enloquecen, a mí me hacen feliz. Por eso difícilmente nos entendemos. Por qué entonces, dirá usted, ese empeño mío en el cine, ¿por qué más bien no fui músico? Ay, porque Colombia aún no ha salido de la tónica y la dominante, del do mayor. Y ese Conservatorio de Bogotá que era un monte pelado; un monte yermo... Era tal la cerrazón del cielo, tal la asfixia en esa tumba de la inspiración que no llegué ni a compositor de pasillos.

Ahora voy por el segundo piso de esta residencia de alienados, por el alto corredor de arquerías y balcones que la noche estrellada ilumina. Alguien toca en un piano de abajo el «Gaspar de la Noche»: una ondina se mira en los reflejos del agua y el viento mece un ahorcado. Yo pienso en Roberto Pineda y en sus proscritas quintas y octavas paralelas y en la avara fortuna y el caprichoso destino, y en lo que quise ser y no pude y no fui. Acodado en el barandal, pensativo, pienso, pienso, pienso en tanto de arriba me mira, tamblorosa, la luna. ¿Qué me ves, estúpida?

Esta tarde llegaron a la residencia un grupo de muchachos judíos que vienen por Europa de Israel, músicos ellos. Con sus instrumentos, con sus maletas, con su alboroto los vi llegar pero no les presté atención. Ahora estoy pensando en ellos cuando siento una presencia que se acerca. Vuelvo los ojos: una aparición avanza, flota, bañada en los rayos azulosos de la luna, por el corredor. Es una niña, una chiquilla y viene sonriendo.

De la conversación que sostuvimos, portentosa, jamás lograré recobrar las palabras. Hablábamos en español. Yo en mi español actual, sin alma; ella en un español extraño, arcaico. Me hablaba de vos, pero no era el vos de Antioquia que es vos y tú, ni era el vos mayestático. Era un vos que nunca antes había oído. Suyo, sólo suyo. ¡El vos que usó Castilla cuando su lengua no conocía el usted! «Vos he visto al llegar». ¿Es lo que dijo? Ya no recuerdo. ¡Y los vocablos! ¡Los lejanos, los perdidos vocablos! No decía los muchachos, decía los mancebos. ¿Los mancebicos, dijo? ¿Los mancebiellos? Los que venían con ella de Israel y que no hablaban castellano. El castellano, dijo, se lo enseñó su abuela, que ya murió. Y salvo con ella con nadie más lo había hablado en el mundo hasta ahora, que me encontraba a mí. Mi abuela vive, pensé, y soy doblemente afortunado porque te encuentro, niña.

—¿De dónde venís? —me preguntó su dulzura.

Y en el momento irreal, mirándose la ondina, meciéndose el ahorcado, recobraba la gracia en su voz infantil, el acento, la perdida viveza, y oía las dobles eses y la ce con cedilla que nadie que viva ha oído en mi idioma. Yo, sólo yo. Mi ignorancia entonces no lo supo. Años después descubrí la razón del prodigio. Era el judeo-español, el español sefardita, el de los sefardíes que echaron de España, quinientos años ha. El que se fue de Toledo expulsado por los Reyes Católicos al Cairo, a Estambul, a Salónica, con los pobres, irredentos judíos. El que aprendió

Colón y el que tomó a Granada. El del Gran Capitán y el de Fernando de Rojas, en que vendió doncellas Celestina y se dijeron su amor Calixto y Melibea como quisiera decírtelo esta noche, en este instante, en este corredor, a ti, niña, si pudiera, si supiera, si tuviera las palabras... Ya no se mira la ondina en las aguas ni se mece el ahorcado. Está sonando el Scarbó, ¿no te asusta?

Déjame revivir un instante el instante. Déjame oírte, recobrarte, recobrar me en el común origen, el viejo idioma mío, mío y tuyo, que he olvidado. El que le llegó a tu abuela —¿a Salonic? dímelo, ¿o a Alcazarquivir? ¿o a Lárissa? en el áspero Magreb o en los reinos levantinos del Sultán— y que por tan distintos caminos le llegó a la mía, a Antioquia, en una goleta desafiando la mar hasta arribar a tierra, a otro mar, de ciénagas, y por senderos fragosos, bordeando precipicios, hasta la bella villa mía, Medellín de La Candelaria donde se quedó encerrado entre montañas... Quinientos años tenían que haber pasado para volverlo a oír, en Roma, de tus labios, niña. Pero no. Lo que oigo es el eco.

—¿Antioquia dixistes?

Antioquia, trocádose ha el acento. Dexando portiellos y feniestras bajo fuertes cerrojos se fue la judería de Toledo llevándose consigo nada. O sí: las pesadas llaves de fierro de sus casas y el habla de Castilla.

Año de mil cuatrocientos y noventa y dos, en la cibdad de Toledo, la postrera noche antes de que amanezca el día. Quebrádose ha un espejo. Dexan los judíos las sus casas e cortijos, vánse por todos los rumbos como espigas que vola el viento.

Un aljibe dexamos en el patio y en el huerto un manzano. Y adentro las camas hechas con sus almohadas mullidas, sus cobertores de lino, sus sábanas de Holanda, y una gola de aceite en la cocina y un almud de garbanzo y un quintal de patata, y en el fogón un rescoldo, y en la sala mil ducados y unos libros romanzados y los cirios apagados y el candelar de siete brazos. Y ropas por las alcobas, chapadas de plata fina, de gran valía, ropa de Pascua, hilos, cendales, brocados, unos grandes alfamares, la rueca, el arca, una vihuela, la cuna y un cascabel.

Alboreaba. En la villa de Toledo quebrádose ha un espejo. Se va la judería, se van, nos vamos. Nos vamos por ajeno arbitrio, echados de la su España. Puertas agora se cierran y candados sobre aldabas. Como otros días ladra un gozque, canta el gallo, despunta la alborada, mas nada volverá a ser igual, un cristal se ha rotpido. Mas non vos cuento más por vos non detener. Mocita: ¿No íbamos pues a casarnos? ¿No íbamos a adornar la sinagoga con cintas de flores? ¿No iban a durar las bodas siete días, a la usanza de Castilla? Iban, iban, iban. Siglos han llovido. La vieja sinagoga hoy es Santa María la Blanca. ¿Y qué? ¿Los mismos arcos no caen sobre los mismos capiteles? Mi Dios es tuyo o tu Dios es mío. No, ahora sobre el recuerdo crecen las hierbas. No crecen, niña: ¿no estoy contigo a solas acodado en la baranda, mirándote tú en

mis ojos? ¿A solas? La luna se sonreía cansada de oír historias, las mismas viejas historias, razones (o sinrazones) de amor. Mocita: si por tan distintos caminos llegamos al mismo sitio... ¿Que mi idioma se ha hecho nuevo y el tuyo viejo? ¡Qué importa! Una sola cosa te quiero decir, mocita, pero no te la digo ahora, te la diré mañana. Ahora la muerte corre por el teclado, contando el Scarbó su terrible cuento de horror. ¿No te espanta?

Subieron los mozos con su algarabía y se la llevaron. Calló el piano, se metió la luna en sus oscuridades y volví a estar solo. Entre la diáspora de estrellas una estrellita nueva, de seis picos, que no había visto, quedó brillando: la errante estrella de Sión.

Tu hermosa frente, tu bella boca, tus lindos ojos... Un gran dolor en el pecho no me deja dormir, como si algo se me incendiara. Debe de ser el corazón, que me quema. En los secos montes de Antioquia contigo me he fraguado un castillo. Mañana, cuando amanezca, te lo diré, que no pude dormir anoche pensando en vos. Amaneció y fui a decírselo: en el silencio de la casa se habían ido. Se van llevándose sus instrumentos, sus equipajes, su alegría. A mí me dejan el corazón, que me estorba.

Palabrería. Marihuanadas. El amor es una gonorrea del alma. Con perdón.

Sale el sol se pone el sol, sale el sol se pone el sol rezando su rosario de días. Reza uno, reza dos, reza un trisagio. Y otro y otro y otro y otro y no tiene para cuándo acabar este maldito sol camandulero. ¿Pero dónde diablos estoy? ¿Qué decías Felipe? ¿Que si nos vamos al Trastévere? Pensando que era en Antioquia estoy en Roma.

—Hoy no, Felipe, otro día.

A mi derecha mano está el Trastévere. Derecha mirando al mar, que es adonde yo miro. Al otro lado del río, donde yo estoy, la historia en ruinas. Jamás he cruzado el Tíber para pasar a ese barrio. Algún día lo cruzaré, por la isola Tiberina. Iré a ver, según consejos de este amigo mío Felipe, meticoloso inquisidor de los meaderos de Roma. Se lo presento: flaquito como lo ven y lo dicho, se agota en eso. Hoy no vamos al Trastévere, Felipe. Hoy amanecieron mesas con sombrillas en la Vía Véneta y frente a la plaza Venecia. Que qué vas a tomar te pregunta el camarero, a mí una horchata. Pasan los chulos, las marchettas. Pasan, pasan.

—Esos que vienen ahí justo son del Trastévere.

¿Ves Felipe? No hay para qué moverse. Quédate en la orilla que el pez lo trae el río.

Pues como te venía diciendo, Felipe, faltan dos meses para los concursos del Centro Experimental, donde reciben cuatro y se presentan miles. Con eso de que a medio mundo le dio por el cine... Como el cine

dio al traste con la novela... Mi futuro, pues, Felipe, es más que incierto. Y yo en Roma no hago nada. Ni italiano aprendo con las marchettas: aprendo delincuente romanaccio. ¿Qué hago entonces, Felipe, qué me aconsejas? Pero con éste, como no sea de su obsesión, de nada se puede hablar. Es monotemático. ¿Y si me fuera a París o a Madrid? ¿A ver si en las escuelas de cine de allá me admiten? ¿Y si está haciendo calor en París y en Madrid? ¿Y si ya pasaron los exámenes? ¿Y si sin pasar no me admiten? ¡Carajo, con tanto condicional no se puede vivir! ¡Me voy! Voy por la maleta al hotel.

—Espérate que ahí vuelven a pasar los del Trastévere, acábate la horchata.

—No tengo tiempo, Felipe, me estoy haciendo viejo aquí sentado, me deja el tren.

Voy al hotel por la maleta y con la maleta a la estación y en la estación tomo el primer tren que parte al norte. A mí los trenes me tranquilizan. Me dan sensación de seguridad. Como si supiera de dónde vengo y adónde voy. Y ese traqueteo fantástico de las ruedas sobre los rieles que me adormece la conciencia... Como pequeños bofetones al remordimiento, caricias de viento, de travesa en travesa, de polín en polín descontando polines, descontándole polines a la vida, cuabras, kilómetros.

En algún lado suben al tren unos sicilianos, a mi vagón destartado de segunda, de tercera, de cuarta, quinta, y se instalan en mi compartimiento: unos obreros. Yo tengo por principio no hablar cuando viajo con desconocidos. Ni en trenes ni aviones. Con nadie. Me distraen de los pensamientos, me despiertan cierto odio injustificado a la humanidad. Con los sicilianos no me pasa así, yo a Sicilia la adoro. De suerte que sin mayor esfuerzo me pongo a conversar con ellos. Abren una botella de vino y me dan pan con salami. Me cuentan su vida, les cuento la mía. Yo soy director de cine y voy a París, ¿y ustedes? Ellos no, son obreros. Y pasa la botella de boca en boca, adentro; afuera pasan silos y campos de trigo. Corren. Tengo que hacer un supremo esfuerzo para retenerme en la realidad, en el tren con los sicilianos y no saltar a tierra, el alma se me quiere ir por los trigales. Como subieron los sicilianos se bajan, en cualquier estación. ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Y claro que sí, los voy a poner en mi próxima película!

De noche cruzamos la frontera suiza. Suiza para mí no es nada. Una revuelta oscuridad, un remolino de sombras. En cambio Francia... Mi primera impresión de Francia es un bofetón a las ilusiones: un francés. Uno de esos vendedores de sandwiches y refrescos que suben a los trenes a ver si uno les hace el favor de comprarles algo. Pues el sujeto le hace tamaño escándalo a un pobre hombre porque éste no le puede pagar en francos. ¿Y de dónde quería que sacara francos, don gran hijueputa, si el señor viene de Italia y vamos en un tren? ¿Quiere que salte al rastrojo? Franceses comemierdas, para muestra un botón. ¡Bendito Dios si no me reciben en la escuela esa de París, su puerco

Idhec! Entro a Francia maldiciendo y añorando lo que dejo, a Italia mía. El tiempo que allí viví Italia fue mi patria.

Y ahora vamos a las satisfacciones: mi impecable acento, mi fluidez sintáctica, mi propiedad en los vocablos, mi dominio del francés. ¡Pero cómo! ¿Usted no es francés?

—Bien sur non, madame, je viens de la Colombie.

Y ese dominio de la red de trenes, las calles, el metro, la historia... El tiempo que había gastado en Colombia preparándome para mi llegada a París, quitándoselo a los muchachos... ¡Ni la humanidad cuando fue a poner su pie en la luna! Porque unos pisan roca firme y otros se hunden en el mar de polvo...

Imposible encontrar hotel. Ni caros ni baratos, ni grandes ni chiquitos, por más que busqué y busqué. No había. ¿Por qué no reservó? Tout complet. Vaya a ver si en la casa de Colombia en la Ciudad Universitaria. A la Ciudad Universitaria fui; a la casa de Colombia no porque no se puede ir a lo que no existe. No hay. No hay casa de Colombia. ¡Qué iba a haber! Había de México, de Argentina...

—Pruebe entonces en la de México o de Argentina a ver si lo reciben, ya que son vecinos.

Nada, infructuoso, no había cupo. El último «no» me lo dijeron a las dos o tres, ya amaneciendo, en la casa de Argentina, la de mis vecinos. Como todo tiene un límite en la vida, saliendo de allí puse mi maletín en el pasto, apoyé la cabeza en el maletín, y como una vaca solitaria, despanzurrada, sobre la vasta tierra me dormí. Me despertaron unos tambores africanos.

¿Un tun-tun de Ghana aquí, en plena Ciudad Luz? Así es. Estaban en celebraciones de la confraternidad internacional del estudiante. Es a saber, que los estudiantes de todo el mundo se aman y por eso bailan, cantan. ¿Cómo se aman? ¿Se aman entre sí? Ajá... No entiendo nada, lo que necesito es dormir, encontrar hotel. Amaneciendo lo encontré: de diez estrellas, una galaxia. ¡Qué remedio, no como el próximo mes y san se acabó, necesito dormir! Pues entro al cuarto y qué veo: la cama sucia, pegajosa, una bacinilla de putas y una ventana sin cortinas. Me asomo: techos grises, oscuros, ennegrecidos por la mugre de los años, chimeneas... y la luz despiadada del alba. Si hubiera al menos una cortina que cerrar... Entraba la tristeza a raudales. ¡Qué cortina ni qué cortina, lo que hay es franceses hijos de perra! Dejo el cuarto, bajo la escalera y paso frente a los cancerberos de la recepción con mis pobres ojos semicerrados por el sueño pero los labios muy abiertos en mi más amplia sonrisa. Haciéndoles una reverencia me despedí:

—Votre chambre est une merde. Je m'en vais.

Y dándoles la espalda, con mi maletín salgo a la calle asombrado de mi buen francés. ¿Je m'en vais dije? Es lo que dijo el gramático antes de morir. En pleno lecho de muerte le entró una duda de conciencia, de conciencia gramatical quiero decir, ¡qué otra!, qué es lo correcto: «Je m'en vais? Ou je m'en vas?» se preguntó y murió. ¿Era Vaugelas? ¿O Oudin? Tal vez Vaugelas. Ese último momento suyo redime a Francia. Nada me puede tocar más el corazón que ese instante, que esa duda, que ese dulce eufemismo: irse por morir. Yo me voy...

Lo que pasa es que de esos gramáticos normativos franceses heredamos, vía España, la maldita manía de prohibir. Que eso no, que eso tampoco, que así no se puede decir. «Hubieron fiestas en Manizales y muchos muertos» es incorrecto. Lo correcto es «hubo». ¿Por qué? Porque «haber» ahí es impersonal. Será impersonal para usted, para mí no y digo como se me antoje: Hubieron muertos, a machete y bala.

En la finca La Esperanza del pueblo de San Carlos por la que baja el río que así se llama. Baja bramando. En el corredor de chambranas, don Armando y yo.

—A yo no me gusta el café con leche —dice él— ¿y a vusté?

—No se dice «a yo», don Armando, se dice «a mí». ¿No sabe hablar usted tan viejo?

—Antonces «¿mí me voy?»

—Diga como quiera don Armando pero no me joda ahora.

—¿Y a vusté niño qu'es lo que más le gusta?

Lo mismo que a usted, don Armando, los niños y los muchachos, viejo marica, y deje de abirme la bragueta que mire lo que está pasando: se están brincando las vacas y los terneros la talanquera, se salen de la corraleja, llame a los peones que vienen en estampida y nos van a tumbar la casa. Algo los asustó. ¿Vieron al tigre pintado? ¿O vieron a la anaconda? La boa grande, inmensa, que viene por la vega siguiendo el río, culebriando. El río echa chispas de espuma y ella también. ¡Qué rabia la que traen ambos! Y corro con mis hermanos a ver.

Tres niños miran desde la espesura por entre los matorrales. Seis ojos muy abiertos, testigos silenciosos del prodigio: la boa está tomando agua en el San Carlos. Bebe y bebe y bebe y bebe. Tiene sed. Es increíble la sed que tiene, lo que bebe. ¡La boa se bebe el río! ¡Claro, con el atracón que se dio! Se tragó dos vacas, tres terneros, los tres nuevos que faltan porque los otros tres se los robó el mayordomo... Después se va ella por ahí a dormir, a dormir donde le da la gana, acomoda su cuerpo ondulante entre las montañas, vuelta aquí, vuelta allá la zalamera, la haragana, pero donde le dé por descansar la cabeza sobre la casa nos la desploma. A mi cartilla de niño en que aprendí a leer le

falta una frase clave para entender al mundo ¡y lo vengo a descubrir en Francia! ¡La boa bebe agua!

Pero este río calmado por cuyos muelles voy no es el San Carlos, es el Sena. ¡La Seine! Que en español es hombre y en francés mujer. El Sena ambiguo con sus ajorcas de puentes. ¡Pero a quién se le ocurre venirse a París sin hotel a lo tonto! A mí. Decía que el Sena «es» y no hay tal. Los ríos siendo no son. Pasan. Su ser es irse. Je m'en vais ou je m'en vas...

A la deriva por esos muelles del Sena me encuentro con Iván Duque, compañero de la universidad, del bachillerato, de tiempo atrás.

—¿Qué hacés aquí? —me pregunta.

—Nada, ¿y vos?

Como yo, acababa de llegar. Nos abrazamos. Y aunque por primera vez cruzábamos palabra fuimos amigos por el lapso de unas horas. Lo llevé a la Ciudad Universitaria, que tan bien conocía. Seguían los tambores africanos con su tun-tun, y un gong asiático.

—¿Qué es toda esta pendejada? —dijo Iván.

—Es lo que yo me pregunto.

Por olas nos arrastraba el gentío. De pronto, como me lo encontré se me perdió, en cualquier esquina de la vida. No lo volví a ver. Él tomó por la ancha vía florecida de la verdad, la asfaltada del presupuesto, y llegó muy lejos: a gobernador de Antioquia, dicen, que ya es decir. Yo no sé. Yo sigo igual, en el mismo sitio, empantanado, dándole vueltas a la misma rueda en el mismo atascadero: ¿Je m'en vais ou je m'en vas? Pour le bien ou pour le mal...

Segundo encuentro, inmediato, siempre a la deriva por esta ciudad ajena. (Ajena pero homogénea, no como ese Medellín tuyo donde un rascacielos sube al lado de una choza, y ese río-cloaca de porquería...) Durmiéndome al caminar me restrego los ojos y qué veo, a quién veo... A María Eme y a María Ele, de Filosofía y Letras, de la Bolivariana, la del padre Tomasino y monjas anexas, felices, riéndose, a carcajadas, en su París, vueltas putas.

—¡Qué bueno que viniste! —dicen— París es maravilloso.

—¿Y éste?

—Pierre, nuestro amigo Pierre.

Un bodoque bobo. Torpe y pesado como un ropero. Cuando lo conocieron, me explican, tímido a morir, jamás había hablado con nadie (aquí nadie habla con nadie, la gente vive muy sola), pero con ellas se le soltó la lengua y habló y habló y habló por meses sin parar, diciendo lo

que había callado toda una vida. ¿Ves? Virtud de nosotros los del trópico esta espontaneidad que pone a hablar a la gente. Aaaaah... Mis amigas me instalaron en un hotel.

Sin baño mi pobre cuarto ni inodoro, con un móvil bidé (un bidé craquelé ultrajado por los años), y un lavamanos y una mesita y una sillita y una ventana con cortina. No pido más. Sin mirar por la ventana cierro la cortina y se hace la oscuridad. ¡Fiat nox! ¡Hágase la noche, el fin del mundo! Pero me acuesto y no puedo dormir. Empieza una quiáquera, un ronroneo... ¿Quién es? ¿Quién habla? Tengan compasión... Es la conciencia. No sé qué dice, de qué se queja, qué me reprocha. ¡Basta! ¡Si no he matado un cura, carajo! Ya lo mataré.

Es la dueña del Hotel Etoile Madame Arthur, née merde. Madame merde. Funge además de recepcionista o cancerbera. Si el azar te manda una belleza, olvídate de que te la deja entrar, lleva quince o veinte o treinta o cuarenta años sin irse a la cama con nadie, cosa que le ha agriado el genio, sin contar la guerra y la ocupación alemana.

—Bon jour, madame —le digo sonriendo como sonríó yo, con mi mejor sonrisa encantadora.

No me contesta. Mira para la pared. Yo en cambio amanecí sonriéndole al espejo. Llevo, según mis cálculos, mes y medio en París, desperdiciado por cuanto al amor se refiere, pero anoche punto final. Volví de la cinemateca, donde me mantengo, cuando ¡pum! tropezón con un muchacho. Se ríe él, me río yo y entramos en una excitación frenética. ¿A dónde ir? No sé, no sabe... Caminando nos vamos a los susodichos muelles del Sena. Pasan carros y más carros y nos iluminan con sus faros, por lo alto. Los faros nos ven, pero los choferes no. ¡Quién puede imaginar lo que están haciendo esos dos ahí abajo! en plena Ciudad Luz, contra una hiedra, de pie primero, luego acostados rodando, rodando sobre los adoquines en abrazos desesperados hasta el nivel del mismo río que los arrulla con sus aguas, a punto de caer. No, nadie puede imaginar. Y si los faros alumbran y ven, se callan lo que ven.

—Bon jour, madame Arthur!

Y mira la condenada a la pared.

Ya en el metro no me atrevo a desplantes de tanta felicidad. Me los trago y mis sonrisas. Sé que insultan. La otra tarde en este mismo metro yendo para la cinemateca, venían unos enamorados riéndose.

—Pourquoi est-ce-que vous riez? —le increpa un hombre al muchacho, y ¡tan! le chanta una bofetada en la cara.

Cosa que entendí muy bien, porque por qué andar insultando al pobre con la riqueza.

Dos salas tiene la cinemateca de París y cambian de película cada hora y media. De las once de la mañana cuando abren, a las once de la noche cuando cierran, paso de la una a la otra en el metro, yendo y viniendo. París para mí se ha borrado, no me interesa. Ni el boulevard Saint Germain, ni el boulevard Saint Michel, ni el Deux Magots, ni el Café de Flore, ni los gigolós, ni los macrós, ni los bouquinistes. Sólo la cinemateca. Al vaivén del oleaje de sombras gesticulantes del cine mudo, en su oscuridad silenciosa, pasa mi vida.

Y llego a mi cuarto a cerrar la cortina para oír mejor en la oscuridad el ronroneo de los pensamientos. Señor don machete cortador de cabezas, ¿por dónde va a andar más tarde, cuando oscurezca? ¿Va a salir como anoche de parranda con su amigo el fuego a arrasar poblados, a incendiar ciudades, a quemar veredas, a despanzurrar niños de teta? A beberse cuanta botella de aguardiente encuentran, leña pal fuego. Las llamas vienen detrás de mí, me siguen, me persiguen, no las para el Sena. El uno es Sangre Negra, el otro el Capitán Veneno, ya los identifiqué ¡par de bandoleros! Solo, en el encierro de mi oscuridad, rezo callado. En la mansa oveja del campesino se esconde un lobo: tema de meditación para los ejercicios espirituales de esta noche.

El problema de la cinemateca es la ventilación, la falta de ventilación: el aire estancado del verano en un calor sucio, rabioso. Tienen los franceses una muy distinta concepción de las cosas. Saliendo de una función me dice una francesa:

—Ustedes los latinoamericanos no sirven para el amor. No huelen a nada. Es como acostarse con un vaso.

En cuanto a madame Arthur, viene de mal en peor, con el genio más agriado cada día que amanece. Como endemoniada, empozoñada. Cuando me llevaron a su hotel María Eme y María Ele, que allí vivieron, no entraron; se quedaron afuera esperándome porque se pelearon con ella. Una historia de inodoro: se taquió y bajó la porquería por la escalera. ¡Y la arpía enfurecida pretendiendo que se la limpiasen ellas, habrase visto! Se la limpiará su madre si es que tiene, si es que tuvo. Si anda tan envenenada no es culpa nuestra. ¡Por qué no se entregó a los alemanes para darle por lo menos un asidero al recuerdo! María Ele y María Eme, por cierto, también se me perdieron. También. Mi vida es como un gran portón de oficina pública por el que entra y sale gente. Sin parar.

París duerme con mala conciencia. Se lo digo yo que soy experto en ciudades. Roma no duerme así, ni Medellín tampoco. ¿Qué le quitará el sueño? ¿La roñosa avaricia? ¿O el egoísmo feroz? Duerme en pesadilla consigo mismo.

Pues Madame se me ha venido convirtiendo en un problema. Uno que en justicia no debería ser mío sino del Creador, o de la alcaldía de París, la mairie. Tal vez no se dan abasto con tanta concierge y rata, a cual más envenenada. Empoisonnée? Sí, de poison, con una ese porque con dos es

pescado; y cousin con una es primo y con dos cojín. Santo yo, tomo sobre mis hombros el problema de Madame. Mañana, cuando me vaya, se lo dejo solucionado.

¿Cómo? Hombre, con el fluoracetato de sodio que tan bien conozco, desde los suicidios de Envigado. Sé cómo opera. Hoy en día, por lo demás, no hay mucho entre qué escoger en las farmacias. Nada elegante, discreto. Los tiempos de oro de los Borgia... idos son.

La dosis se calcula por el peso. Si una cucharadita mata tantas ratas, ¿dos cuántas matarán? ¿Y cuántas ratas pesa una concierge?, ¿veinte quizás? No hombre, más. Bueno cabeza fría y no confundir el poison con el poisson ni el cousin con el coussin.

En el decimoquinto arrondissement compré el fluoracetato; las chokolatinas en el catorce; la jeringuilla en el trece; el esparadrapo en el doce. ¿Y el esparadrapo para qué? Ya verás. De regreso de compras al hotel me crucé con la fiesta del catorce de julio por el Quartier Latin. Una súbita alegría estrepitosa que no entiendo. ¿Qué les pasó? Anoche no estaban así... Un grupo de estudiantes me quiere arrastrar con ellos, a su dicha ficticia.

—Je ne peux pas ce soir —les explico—. Je dois tuer quelqu'un.

—Tu es fou!

—Oui.

La caja de chokolatinas me costó una fortuna, el equivalente a tres noches de hotel. Total ni las voy a dormir aquí, duermo tres noches menos, se las descuento a mi vida y ya. Entré como siempre al hotel, saludando sonriendo a Madame. (¿Por qué me saludará este estúpido?) Pasé al cuarto, prendí el foco, cerré la puerta y la cortina, y sobre la mesita empecé la meticulosa preparación del regalo: a inyectarle con la jeringuilla, chokolatina por chokolatina, mi sutil mensaje de caridad, calculando lo suficiente para que alcanzara con una sola, pero sin los riesgos temerarios de un sospechoso sabor. Todo empírico, todo al cálculo, nada científico, un trabajo chambón bajo el calor de un foco que no alumbraba pero que me calentaba la cabeza. Eso sí, con cuadritos de esparadrapo en las yemas de los dedos, mis dedos ágiles que tocaban la sonatina en el aire. Volví a anudar el moño blanco de la caja y emprendí la limpieza del cuarto: a frotar con papel mojado y devoción muebles y paredes borrando huellas, mías y ajenas, dejando todo puro, limpio, reluciente, y el cuarto en el más empecinado silencio dactiloscópico. Debo anotar que Madame, que tenía por religiosa costumbre registrar a los clientes, a mí jamás me registró. ¿Por qué? No sé. Y jamás me preguntó mi nombre. Con los esparadrapos puestos bajé a pagarle:

—Je pars demain, madame, je veux vous payer.

Me cobró un horror en litros de agua, otra fortuna. No entendía esa manía de los latinoamericanos de querer bañarse en el bidé portátil mojando el piso, regando el agua, despilfarrándola, chapotiando con no sé qué maromas de pato.

—¿Es que allá en su tierra no cuesta el agua?

—Oui, madame.

No pude dormir. Mi corazón sincopado batía con su ritmo de ira, su ritmo de odio, su compás equivocado sobre el tranquilo palpitar de la noche. El mundo andaba de cabeza, todo al revés, París dormía y yo no.

A las siete u ocho bajé con mi maletín y el flamante regalo:

—Pour vous, madame.

No entendió en un principio, después no lo podía creer, después esbozó una sonrisa. ¿Me sonreía el monstruo? Sentí por ella una dolorosa compasión. ¿Por ella digo? O por mí.

—Quel est ton nom, mon enfant? —me preguntó.

—Marius. Et le votre, madame?

—Bernardette.

—Adieu madame Bernardette.

—Au revoir.

¿Au revoir? salí pensando a la calle. ¡Qué! ¿Cree que nos volvemos a encontrar en los infiernos? ¡Jamás! De la impenitencia final, líbranos Señor. Yo me arrepiento, me voy al cielo y me quedan debiendo. En la gare de Austerlitz tomé el tren a España.

¡Uuuuh! ¡Uuuuh! ¡Uuuuh! aullaba el tren enloquecido dejando campos y ciudades. Granjas, granjas, granjas... ¿Cuántas chocolatinas se habrá comido? ¿Una? ¿Dos? ¿Con una basta? No se puede hacer ciencia al cálculo... ¿Habrá caído en la escalera? ¿O alcanzó a llegar al inodoro, a vomitar? Entonces cayó de bruces a ahogarse en su vómito arsenioso. ¿Le harán autopsia? ¿Por qué? ¿Para qué? Salvo que tuviera un sobrino que heredara el hotel. ¿Pero cree usted en autopsias? Yo no, puro cuento. No encuentran nada. Un colorcito a lo sumo, verdoso, grisoso, azulado en la cara que se llama el rigor mortis y que a todos nos dará. Busquen, busquen, busquen a ver si le encuentran adentro el corazón. Pero ¿quién viene conmigo en el tren? Nadie, una señora. Ah, pensé que era un señor, un tal Maigret. Una sonrisa se me dibuja en la cara evocando lo que dejo atrás: al inspector Maigret buscando a Thérèse Desqueyroux en las landas. Thérèse Desqueyroux, pendejo, ahora está

en Irún de la frontera y deja el tren francés y toma el talgo ¡que corre como una bala! ¡Uuuuuh! ¡Uuuuuh! ¡Uuuuuh! ¡Ancha es Castilla!

¿El talgo dice? No hay talgo en esa zona. El talgo va a Barcelona. Digo talgo por decir porque ningún tren como ése, loco, loco, enfurecido, montado en la velocidad. Traqueteaba, se desintegraba. Un poco más y volaban ruedas, techos, tablas, pasajeros por el aire. A ver Sherlock Holmes, a ver Poirot, a ver padre Brown, ¡vénganse detrás de mí en jauría, sabuesos! Prendan pipas, charlatanes, saquen catálogos de motivaciones humanas a ver si encuentran mi porqué. Bajaré en cualquier parte, en Madrigal de las Altas Torres, alto y blanco, o en Alcalá de Henares donde anidan las cigüeñas. No, no puedo bajar, no para el talgo, corre sin parar tragándose todas las estaciones de la Renfe. ¡Y dele con el talgo! Bueno, lo que importa es que ya está fuera de Francia, diga lo demás. ¿Mi llegada a Madrid?

Vagas impresiones, un caos. Que llego, por ejemplo, a un país cuyo idioma no entiendo. Que su tiempo no es el mío. Que palpita excesivamente raro el atardecer. ¿Son las tardes del Ritz? ¡Eso! Que llego a un país de zarzuela, de una zarzuela ya vivida. Vivida exactamente a las seis de la tarde cuando en Antioquia oscurece. ¿El lugar? La casa de la calle de Ricaurte en el último patio donde está el lavadero: ¡la poceta! La palabra asciende al recuerdo como desde el fondo de un pozo. La poceta está llena y avanzan por el agua barcos de guerra. ¿Se mueven solos? No, los muevo con mis hermanos: es un combate naval mientras a lo lejos suena un radio: toca un cuplé, «Las tardes del Ritz». Los barcos nunca se hundirán porque son tablas con clavos. Lía nos llama a comer: caldo de frijoles: tinta de frisoles. Cuando acabemos de comer va a hablar mi papá por el radio, ¡desde la Asamblea Departamental! Oscurecía exactamente igual a como oscurece ahora en este Madrid estancado, con la misma exacta densidad, con la misma exacta oscuridad, con la misma exacta palpitación del aire. Pero yo ya no soy yo, yo soy un extranjero que no entiende el idioma. Del hondo pozo surge un nombre entre burbujas: Avenida de José Antonio, Gran Vía. Luego otro: Café Manila. Luego frente al Manila pasa la multitud. ¡Claro, el Manila porque Filipinas fue de España! ¿En qué círculo del infierno te estarás quemando, Bernardette? Yo en todos.

El hotel a que llego, por las Descalzas Reales, a hotel no llega; es una pobre pensión que no puede con su alma. La escalera oscura cruje y cruje el pasillo oscuro y son oscuros los cuartos ruinosos de acumuladas vejeces: el ropero, la mesa, la silla, la cama, el espejo, la jarra. El espejo, de cristal de roca, apagado, rajado. Lo miro y no quiero verme; un terror me invade de irme a despeñar en otros mundos por su luna cuarteada.

Salgo a la calle con una sensación de extrañeza como si yo no fuera yo, como si no fuera el de ellos mi idioma, sin saber qué me pasa. Si hablamos la misma lengua ¿por qué no nos entendemos?

—¡Qué bien habla el español! —me dicen los de Madrid y suburbios.

¡Claro, si no soy chino, si así respiro! No sé qué quieren decir con eso. ¿Es acaso un cumplido porque piensan que vengo de una lengua extranjera? ¿O creen que lo hablo bien porque ellos creen que lo hablan mal? No los entiendo. Es que hace eternidades nos separamos. Y no desde la secesión, desde el principio: cuando el primer español pisó a América ya era otro. Después, poquito a poquito, el mar y el tiempo nos acabaron de separar. Y ahora hablando el mismo idioma no nos entendemos. Ellos ruedan en el carrusel de las estaciones; nosotros vivimos quietos en el lodazal del trópico. Una quebrada, señor español, en mi tierra no es una cañada, es un riachuelo. Viene de lo alto, de la montaña, donde hace frío, pero cuando corre abajo, encajonada, en la cañada, hace calor. Y siempre así, llueva que truene, ayer, hoy y mañana. ¿No hay invierno? No. Allá invierno es tiempo de lluvias, no de frío. En el Chocó por ejemplo, donde llueva sin parar, en lo más enverracado del invierno hace un hijueputa calor... Ah... No me entienden. Sobre la inmovilidad del trópico salpica la lluvia.

Los más despabilados dicen:

—Usted viene de América, ¿eh?

Y con eso quedó dicho todo: América es un vago «por allá», como cuando de algo muy viejo se dice «del tiempo de antes». O sea: lo que no se puede localizar.

—Yo tengo un primo en la Argentina —me dice el que dice que vengo de América.

—Ah... —digo yo.

—Tal vez cuando usted se vaya me le lleva una carta.

—Argentina —le explico, queda en la otra punta, en el culo del mundo.

—Entonces no importa, la carta no me urge.

Son primos en quinto grado y de que no se ven van por la quinta generación.

—Ah... —digo yo.

Sí, el mar y el tiempo nos separaron. No tanto, claro, como para que no nos entendamos, pero sí lo suficiente para no podernos entender. Por lo pronto, señor, dígame dónde está la plaza de las Descalzas Reales. El hombre miró arriba y miró abajo, y en la noche espléndida me indicó:

—Ahí debajo de la luna.

¡España imponderable, país de Don Quijote, no te lo puedo creer! Ahí debajo de la luna... ¿Y si ahí debajo de la luna me sigo y me cruzo a España y me paso a Portugal y me salgo de la península y caigo al mar? No cae, ya verá. Caminando ahí debajo de la luna llegué a la Puerta del Sol donde están los chulos desde hace cien años y son los mismos pero no son: de dieciocho años si son los mismos deben de ser otros.

—¿Dónde está la plaza de las Descalzas Reales? —le pregunto a uno que está apoyado en el barandal de la entrada al metro.

Señala hacia adelante.

—Voy a mi hotel, ¿no quieres venir?

Empieza a andar a mi paso, a mi lado, sin contestar. ¿Una belleza? ¡Claro! Lo que yo consigo son bellezas. ¿Usted no?

Subimos por la crujiente escalera y abrió la patrona la pesada puerta y al abrirnos nos sonrió. Tomé con el muchacho por el pasillo y nos fuimos adentrando en la oscuridad. Iba a ciegas pero me iluminaba esa sonrisa. Tenía ella el pelo blanco de mi abuela y sus muchos años y su misma dulce mirada y su inocencia esencial. ¿Sabía a qué iba con el muchacho al cuarto? ¿Por qué no le impidió pasar? La palabra de ignominia se me vino a la cabeza, Celestina, pero en ese instante entendí al personaje: no era un ser monstruoso, era una pobre vieja cargada de humanidad. Entré al cuarto pensando en quien más he querido, que nunca nada me preguntó.

Entré al cuarto. Prendí el foco. La débil luz iluminó su miseria. El muchacho se acostó en la cama y encendió un cigarrillo.

—¿Quieres que apague la luz? —le pregunté.

—Me da igual —contestó.

Puestas las manos bajo la cabeza, el cigarrillo se le sostenía solo en los labios. Empecé a desabrocharle la camisa botón por botón; con la boca le fui abriendo la bragueta. El humo se iba. Miró y mis ojos se fueron tras de los suyos a ver la pobre escena en el espejo cansado.

Hoy amaneció el día infausto. Dos mendigas se me cruzaron por estas calles de smog: con tres hijitos por cabeza más los que esperan. Tendieron hacia mí sus manos sucias, sus manos puercas, sus manos pordioseras:

—Una limosna por el amor de Dios.

—Dios no existe, perras. ¡A trabajar de sirvientas!

Miro al cielo a ver si se me viene encima el rayo que derribó a Saulo. ¡Qué va! Ni voy a caballo ni voy en descampado: sobre mí, por todas partes, antenas en las azoteas erizadas de antenas, antenas de televisor, antenas ávidas queriendo jugar al pararrayos.

Decíamos ayer que España es vieja. Vieja y mañosa. Mañosa y terca. Quiere que el mundo haga su voluntad. Si entro a un bar y pido un whisky:

—Tómese un vodka que es mejor.

Me lo tomo y me voy a la estación a comprar mi pasaje a Andalucía:

—Váyase a Ávila que hace menos calor.

Como hoy no quiero discutir me voy a Ávila: a evocar, a sentir, a respirar la Santa. La Santa por aquí, la Santa por allá, Ávila sólo vive por la Santa, está llena de la Santa. En esta casa vivió la Santa, por esta calle pasó la Santa, en esta fuente bebió la Santa, en esta banca se sentó la Santa, en esa cama murió la Santa.

—Algún día tiene que hacer la ruta de los conventos que fundó la Santa.

—Sí la voy a hacer, los voy a ver uno por uno.

Igual que atardecía cuando vivió la Santa me llegó el atardecer. Estoy sentado en una banca de la plaza y veo pasar la gente. Pasa gente, gente, gente. De pronto empiezo a ver conocidos. Al cabo de una hora ya los conozco a todos: le están dando la vuelta a la plaza como telón pintado de una multitud girando en truco de cine mudo: vuelven a pasar los mismos. Entonces de extranjero me vuelvo forastero y de forastero avilés de Ávila de la Santa y me lanzo al ruedo, al tiovivo, y empiezo a dar vueltas entre el montón como cualquiera. De vuelta en vuelta oscureció y me fui quedando solo, solo, solo. Cuando advertí que estaba solo dando vueltas por inercia me sentí un poco tonto y decidí que era hora de irme a dormir, a buscar hotel.

¿Hotel? Lo de París. No había. ¡Qué optimismo querer encontrar hotel con el gentío que viene a ver la Santa! Cabizbajo, a pie, salí de las murallas y me fui al campo. Poniendo mi maletín de almohada me acosté en la terrosa tierra fría roturada. Cuando estaba a un grado de congelarme, dientecitos me empezaron a mordisquear las suelas de los zapatos, suavechitos, filuditos: ratas. Me levanté y regresé a la ciudad, a una alameda oscura cerca a las murallas, a una banca. Un fantasma se me acercó. Brilló en el cielo negro un relámpago y el fantasma se convirtió en muchacho. Menos mal. Nos pusimos a aprovechar la oscuridad de la banca.

—Bueno —dijo cuando acabado todo le expliqué mi problema—. Te voy a llevar a dormir donde un tío como tú, maricón, el del expendio de la lotería.

El tío como yo, como él, maricón, el del expendio de la lotería, salió a abrir semidormido, restregándose los ojos. Viéndome, viendo el regalo que le traían, despertó de sopetón como si le hubiera caído del cielo de una pedrada el premio mayor. Se abalanzó sobre mí desquiciado, y arrodillándose desquiciado se dio a bajarme los pantalones con una furia, con una sed que ni que no bebiera desde los tiempos de la Santa. Pagando caridad con caridad allí me quedé a dormir.

—No haga caso de los cuentos de la Santa —me dijo cuando se quedó en la paz de Dios—. Aquí no hay Santa. Nunca ha habido. Ésta es la ciudad más pecadora de España.

—Y la más fría —agregué yo.

—Sí.

Ese sí, el primero que oía en ese país blasfemo de contradictores, me hizo volver a sentir humano y me dormí.

Alta cumbre de sabiduría es el Idhec. Para aspirar al Idhec —Institut des Hautes Études Cinematographiques, de París— sepa que tiene que saber: filosofía, sociología, antropología, paleontología, futurología, equitación, esgrima, amén de física, química, óptica, electricidad, electrónica, primeros auxilios, ingeniería de alcantarillas, y pasar exámenes de todas ellas y muchas más. Y no por nada ni por nada sino que ¿sabe por qué? Hombre, porque la cámara tiene un lente, el proyector funciona con electricidad, la electricidad es una corriente de electrones, los electrones electrocutan, y a lo mejor no hay médico cuando estén filmando la segunda parte de «El Tercer Hombre» en las alcantarillas de Viena. No cualquier hijo de vecino entra al Idhec.

En cambio en la escuela de Madrid ¡qué diferencia! Cinco pruebas simples o eliminatorias y ya. En la primera (entrevista personal con los cinco jurados), de los diez mil concursantes se eliminaban nueve mil. En la segunda novecientos, y así hasta dejar tres, que son los que resiste el país: Bardem, Berlanga y yo. Berlanga presidía el jurado.

En un espacioso vestíbulo de cinco cuadras o caballerizas se congregaba la multitud de aspirantes. Iban llamando por nombre y apellido y nacionalidad. ¡Fulanito de tal, de Bangladesh! Se levantaba el mencionado como impulsado por un resorte y pasaba a la sesión secreta. Un minuto después volvía a salir, con la cara por el suelo y el rabo entre las patas. Eliminado. ¡Peranito de tal, de Ghana! Y entraba y salía el negro, ídem, igual. Después llamaban a un esquimal que quería filmar la epopeya de la nieve... ¡Igual! ¡Eliminado! Cuando me llamaron a mí, ni pensé que era yo: tan acostumbrado estaba a mi nombre que

pensé que era otro. Hubiera quedado ipso facto eliminado si no repiten agregando ¡Colombia! Me levantó la pedrada.

Pasé al cuarto: una mesa en semicírculo y diez ojos inquisidores escrutándome: cinco multiplicado por dos, diez. En el centro, entre dos y dos, Luis Berlanga. «Pero esto no es homo sapiens —pensé— es una burra con tetas». En efecto:

—¿Y usted qué piensa del cine? —me increpó.

¡Carajo, pero es como preguntarle a un teólogo por la existencia de Dios!

—Pienso —dije— que ahí está, que es, que existe.

Carpetazo. Eliminado. El que sigue. Salgo y me voy a la estación a tomar el primer tren a la puta mierda. ¡Adiós España! ¡Que sigan filmando cojos en silla de ruedas!

Claro que España es vieja, ¡pero si habré yo recorrido caminos! He estado en Magerit del centro, en Ávila de la Santa, en Cuenca del desfiladero, y en ese pueblo tuyo, Luis, de Tetas Crecidas donde canta el gallo, donde tú naciste, tú que te lo sabes todo y que siempre tienes la razón.

Una sola vez en mi largo camino he vuelto a oír pregunta tan ambiciosa como la que allí me hicieron. Mi amigo Iván de Negri le preguntó a Borges, en televisión:

—Ché Borges: decime qué opinás de la eternidad.

Y Borges, que estaba ciego, se quedó mudo y lívido.

Aún sigo en España. De tren en tren recorro Andalucía. Ahora voy en un tren que llueve. Es decir, llueve afuera y se le filtra la lluvia al tren por el techo, que es una coladera. Así me gustan los trenes, destartalados. Y las debilidades humanas. De la fría perfección ¡líbranos Señor! En algún lado vi unos molinos blancos, quijotescos; en otro unos olivares; en otro un trigal. En la estación de Almería me encontré al gringuito: como de mi edad pero cargado de bultos. Llevaba la casa encima y la cocina: ollas, platos, sartenes, señales de carretera, un colchón.

—Hi! —me dice.

—Hi!

—Where are you going?

—Any place.

Él también, va sin rumbo, a cualquier parte. Y resuelve unir su destino al mío.

El MRL (Eme Erre Ele) no es una marca de discos ni es un long-play: es el Movimiento Revolucionario Liberal que timonea el doctor López Eme: él lo inventó. De familia de banqueros por el ascendiente y el colateral, el doctor López Eme salió como su papá: quiere ser rico y presidente y revolucionario y liberal. Él es el que nos va a hacer la revolución en Colombia. Por eso fundó el movimiento. Profesor universitario antes de salir al balcón, tiene la tesis de que «el derecho brota de la sociedad como la fuente brota de la tierra». O sea, que no proviene de Dios, ¿qué opina usted?

Ahora anda por Antioquia en campaña, y a Medellín lo empapelaron con sus posters rojos. Sale él en los posters con el puño cerrado en alto y la boca abierta vociferando, gesticulando (¿diciendo qué? ¿A la carga?). El poster, en mi opinión, está mal. ¿Por qué, doctor, no se quitó las gafas para hacerse retratar? Un perro bravo con gafas no asusta... Es que él usa gafas porque a simple vista no lee bien, tiene la vista cansada. ¡Cómo! ¿A su edad, doctor? ¿Tan joven? Tiene sesenta o sesenta y cinco años (¡quién no!) y los grita con orgullo desde la plaza pública:

—¡Nosotros la juventud liberal!

El liberalismo joven él lo encarna, y así lo dice y lo repite asomado al balcón público, tribuna de la Historia. Luego enarbola como emblema un gallo rojo. ¿Tinto en sangre? No, simple rojo liberal.

La otra tarde lo fuimos a conocer Santa Isabel y yo, a una especie de concentración en una cantina, con aguardiente. Me dio la impresión de que hablaba con la lengua pesada. La arrastra, y detrás, a remolque, se le van arrastradas las ideas. Porque ¿cómo un banquero revolucionario? ¿La banca y la revolución? No se compaginan, no pueden ser. Hombre, sí se compaginan, sí pueden ser; es que la revolución no siempre tiene que ser para abajo; puede ser para arriba. La revolución es cambio, y si uno sube al poder pobre y se hace rico, pues cambió, y si sube rico y se hace más, también cambió. Bueno, yo con las ideas entonces no me meto, pero ¿por qué no hacer unos ejercicios de dicción? Póngase, doctor, unas piedritas, cálculos, debajo de la lengua, y váyase como Demóstenes a declamar al campo, a la montaña, a ver si domina el arroyo loco. Y entonces sí, ¡súbase al balcón! Y si se le enmarañan las ideas y se le contradicen y es contradicción un rico haciendo la revolución, diga «porque». ¡Porque la juventud liberal esto! ¡Porque la juventud liberal lo otro! Porque, porque, porque... Agárrese del lazo del «porque» para no caer, porque si se cae del balcón se despelota.

Pide aguardiente el doctor López Eme y todos bebemos por él. A la hora de pagar la cuenta se va al baño a orinar. Santa Isabel y yo nos vamos tras él:

—¡Cómo, doctor! ¿Usted meando? ¿No será un despilfarro?

No, él guarda su dinero pa repartirlo entre los pobres cuando suba y haga la revolución. En tanto, en tanto kikiriquea sobre la plaza pública su rojo gallo liberal, una cosa sí le voy a acabar de decir, doctor López Eme: ojo a ese gallo, no se le siente y le ponga un huevo, y dos que usted tiene tres, y con tres va a quedar siendo lo que en su país se llama un super putas, o un solemne güevón. El derecho brota de la sociedad como la fuente de la tierra... Como el agua en Santa Anita: mete uno una estaca en la manga y le brota un surtidor.

Bueno, ¿pero qué tiene qué ver el doctor López Eme con Andalucía? Es que en Andalucía pienso en él...

Imposible precisar ahora la ruta. Íbamos, pienso, subiendo por el mapa hacia Granada: Málaga, Antequera, Alhama, ciudades, pueblitos blancos. Pero ya no en tren: en auto stop. El gringuito era especialista en eso. Elegía el sitio propicio: donde comienza la carretera en los extramuros, o en una bifurcación de caminos. Dos, tres, cuatro, cinco horas después, bajo el sol rodante, el sol ardiente (ni un arbolito escuálido que le dé sombra a mi recuerdo), ahí seguíamos, a la salida del pueblito blanco donde comienza la carretera o en la bifurcación de caminos. Es que en la España medieval mía no había auto stop. Carros sí: que pasaban y se iban. No como flechas: lentos, viéndonos, como quien ve un camello. Dos. El par de camellos sedientos, cansados, quemados, cargados: de sartenes, ollas, platos, cucharas, braseros, colchones, techos... y un maletín. A la sexta hora, echando a andar:

—Esto no sirve —le decía en español al gringuito, que no sabía español.

—Sí sirve —me respondía en inglés, a mí que no sabía inglés.

Ese auto stop en España era como pedirle limosna a un rico. Un pobre nos recogió: cayendo la tarde, en su carreta de bueyes. Con la mano de visera nos fuimos a contracorriente del sol, contra una lluvia de rayos rojizos. Ese sol español a contraluz me importunaba. ¿Por qué no se ponía por atrás, del otro lado? Español había de ser llevando siempre la contraria.

Llegó la noche, por fin, razón del día. Si tanto viajé de día fue para dormir de noche. ¿Dónde? ¿Con quién? ¡Dónde y con quién más! Con el gringuito en el colchón. Inflamos el colchón de caucho y boca arriba bajo el cielo estrellado, en los opuestos confines del colchón nos acostamos. ¡Esa que rueda arriba es Aldebarán, estrella árabe, cruzando Al Andalus! Rodando como la estrella de tres vueltas crucé el colchón y fui a dar al otro extremo, el del gringuito, contra él: se apartó, cayó al suelo y quedó durmiendo sobre la dura tierra. ¡Hijueputa!

El segundo día y noche igual, el tercero y noche igual, sin avanzar un palmo y él saliéndose del colchón. Bajo el rabioso sol un tramo a pie y otro en carreta, llegábamos a un pueblo blanco, cruzábamos el pueblo

blanco, y a seguir caminando en las afueras a ver si paraba otra carreta. Un auto stop tan imposible como el amor. Así un atardecer llegamos a Granada.

Les dispense la descripción de la Alhambra. Y el ocaso. Simplemente anocheció y nos fuimos a dormir, como otras veces, a las afueras de la ciudad, cerca a la carretera. E igual la noche, el mismo disco de desastre. Me despertó el amanecer. Amanecía entre la bruma, tras de los montes. Con terror, en la claridad incierta del alba, sentí que desde esa bruma, desde esos montes, se me llegaba el día más infausto de mi vida. Acabó de amanecer. El sol infame empezó a alumbrar y los pájaros a cantar, a importunar. El gringuito se despertó y me saludó con una sonrisa. Caminando por esa carretera tortuosa en subida, bajo un sol que se exacerbaba de curva en curva, llegamos a una explanada donde había una cantina. Fui a la rocola, puse un disco y pedí un ron.

«Yo no me caso compadre querido, porque la vida es puro vacilón...» empezó a decir el disco burletero. Cambié un billete por monedas para la rocola, que en Colombia se llama traganíquel y en España tragaperras. «Perras, perras, perras» me iba diciendo en eco la conciencia como un disco rayado. El gringuito se sentó aparte, en cualquier parte, a esperarme. Pedí otro ron y otro y otro poniendo una y otra vez el mismo disco, «porque la vida es puro va-ci-lóon, yo sólo busco el amor consentido, que sea la dicha de mi co-ra-zóon...» El hondo pozo de mi paciencia se colmaba. «No no señor, no no, yo no me casaré, así le digo al cura y así le digo al juez...» Cuando sentí que ya definitivamente no era yo, pagué y dejé la explanada y la cantina. Con mi maletín, sin mirar atrás, tomé la pendiente de la carretera. El sol arriba llegaba al colmo de su ira. Llegando a un puente volví la vista y vi que venía detrás, siguiéndome, cargado con sus bultos y mochilas. ¿Por qué me sigue? ¿Qué es lo que quiere? Lo que quiere es lo que quiero yo, lo que siempre ha querido. Pero conmigo lo que ha de ser que sea ahora, y nuestro ahora ya pasó, fue anoche, antenoche, trasantenoche cuando no quisiste fingiéndote sintonizado en otra emisora. Y hoy ya lo que no pudo ser no será.

Llegué al puente y me detuve asomándome a su barandal: abajo, esperando, el rodadero. Poco después llegó él, jadeando.

—¡Vete! —le dije y no entendió, ni el idioma ni la furia—. Te voy a matar.

Entonces sí entendió y trató de irse, de zafármese desgarrándose la camisa, pero la fuerza ciega que me empujaba desde el sol, de siempre, por sobre el barandal lo empujó al abismo. Entre un estrépito de ollas y sartenes, golpeando contra un saliente, contra otro, contra otra roca, ora la mochila, ora la cabeza, volando cachivaches, cacerolas, salpicando de sangre al cielo, fue cayendo por el despeñadero. No vi el final. Antes de que acabara de caer me di vuelta y me alejé por el puente. Paso a paso, lentamente, sin volver la vista atrás me fui alejando, alejando del sitio, del instante. No huía el asesino, simplemente seguía su camino...

Dostoievsky inventa, miente. No hay fiebre. Si acaso sed. Una sed muy grande que bien podrían apagar los naranjales de Valencia si me bajara del tren. Por entre naranjos llegaba el tren a Valencia cuando me dirigí al retrete, al lavamanos. Abrí la llave y el agua salía envenenada.

El reloj de la estación daba las cinco. ¿Las cinco de cuándo? De cualquier día, de cualquier mes, de cualquier año, qué más da. Del mes de agosto, tal vez, en sus comienzos. ¿Pero qué importa un instante en el lodazal? Todo pasa, todo caduca, todo se acaba, lo acaba el tiempo. ¡Bendito el tiempo que todo lo prescribe!

Ni un solo nombre me queda de Valencia en el recuerdo. Llegué a una plaza rectangular con palmeras. Una mujer se sentó a mi lado, una vieja, y algo me preguntó en valenciano. Tendría la edad de mi abuela. Luego se puso a hablar, con largas pausas, espaciando su palabra en los silencios. ¿Qué me quería decir? ¿Qué me estaba proponiendo? Poco a poco, entre el marasmo, fui entendiendo que me proponía me fuera a acostar con ella. Ay señora, le respondí dulcemente en mi silencio, jamás me he acostado con una mujer, y lo que usted ve aquí, a su lado, en esta banca, ahora, es un cascarón vacío sin nada adentro. Nada más me dijo. Los últimos minutos de luz se le fueron descontando al día mientras la brisa mecía arriba las palmeras. Yo no me decidía a dejar la banca, no tenía adonde ir, y por no ofenderla. Tampoco ella se marchaba, pero no sé sus razones. De pronto hasta el silencio de la banca empezó a bajar la brisa compasiva; fue cayendo la noche entre los dos, sobre nuestras dos inmensas soledades juntas, desoladas.

Lamos, destellos, focos fugaces pasan afuera tras de los vidrios perforando sombras. Ya dejó el tren los naranjales de Valencia y su estación sombría y la sombría estación de Barcelona de hierros viejos y tragaluces empolvados. Atrás se quedan sus relojes necios marcando a ritmo las mismas horas, el mismo tiempo sucio y polvoso, girando las mismas vueltas en vano, y en las afueras de Granada la Guardia Civil obtusa, tratando de entender. Todo en vano, vanamente, vanas sombras. Aquí la vida es un doble viaje en tren con dos idas sin retorno. En pos del otro tren va un tren fantasma, el tren recuerdo que avanza a tropezones desandando mis pasos. En el barullo de imágenes un sol iracundo vuelve a arderme la cara. El abismo de la carretera de Granada no tiene fondo: si uno cae no termina de caer. Corre el tren contando postes, removiendo oscuridades, dejando tras sí una estela de humo y sombras revueltas. Yo, sobre el cristal de la ventanilla que empaña mi aliento, trazo con el dedo un comienzo de palabra, una o larga y partida, y pienso el resto: Thanatos.

Al volver los ojos vi al muchachito mirándome. Sólo entonces reparé en él. Íbamos solos en el compartimiento y me sonreía. Aún me persigue esa sonrisa. El tren se llenó de luz y se borró el dolor de lo vivido. Me he pasado un libro entero, una vida hablando de bellezas y ahora que la tengo enfrente, como a los pastorcillos mentirosos que gritan que viene el lobo, cuando llega el lobo no me van a creer. Tampoco lo creía yo en mi turbación deslumbrada. Ninguno como él, ni antes ni después. Una

fuerza perturbadora imanaba de él, quiero decir emanaba, quiero decir imantaba, se me desquician las palabras. Cuánto quisiera que vinieras en este tren conmigo, Alcides Gómez, aquí en mi asiento a mi lado, frente a este niño para verte viéndolo, él sonriendo y tú llorando y yo burlándome, tranquilo y en paz conmigo pensando que tú Alcides, y no yo, eres lo más marica que ha producido esta tierra. Pero no vienes y se me empiezan a chorrear las lágrimas...

Tenía dieciséis años, se llamaba Mario y estudiaba en un liceo de Barcelona. ¿Un niño español solo en un tren? ¿A qué iba a Italia? Un henchido júbilo me explotaba el alma. Nos embarcamos en una conversación demente en que yo hablaba y él asentía, un soliloquio con un solo espectador callado en un vagón dormido. A su turbadora belleza, su corruptora belleza, yo le oponía el inocente escudo de la palabra. Le iba exponiendo mi tesis de los muchachos, la de Medellín, la de Jesús Lopera, la del don Juan al revés, de catequista haciéndole proselitismo al diablo. Él se reía. Apagaron las luces y quedamos en la semioscuridad silenciosa oyendo el obstinado golpear de las travesas ritmando el viaje, cruzando a Francia. Rodaba nuestra navecilla de penumbra sobre los rieles obsecuente, deslizándonos por sus destinos paralelos.

Amaneció sobre una Costa Azul de tarjeta postal esplendorosa, mentirosa. Un mundo de relumbrón pasando tras las ventanillas. Yates en los embarcaderos, hoteles de opereta en avenidas de palmeras, y en las playas luminosas, entre las franjas multicolores de los toldos de lona y las sillas de tijera y la multitud de bañistas, gigolós de millonarios bronceándose al sol. Todo, todo junto más la sal del mar y el revolotear de las gaviotas no valía un instante con el ángel mío que me deparaba el tren.

Pero después de tanto hablar y viajar ¿adónde iba? Iba a Limone, en el Piamonte, y no era español, era italiano. ¿Cómo italiano? Ni por un instante sospeché que no fuera de Barcelona. De asombro en asombro no daba crédito a mis ojos. Era mi ángel un prodigio, era un milagro, y que hablara mi idioma un homenaje a mí. ¡Quién aprende este español de cabras! ¿Para qué? ¿A són de qué?

En el primer trasbordo en Italia nos separamos prometiéndole, al despedirnos, irlo a buscar a Limone en cosa de días, si acaso de semanas, no bien arreglara el asunto ese del cine, el del Centro Experimental ese de Cine donde no me iban a recibir, qué duda cabe. Y después, juntos los dos a viajar por el mundo. Cerré fuerte los ojos para retener su imagen yéndose, su belleza cadenciosa. Por meses la conservé grabada en el fondo del ojo, y en lo más cerrado del cerebro una idea fija: ¡Claro que iré a Limone, y a Marte también!

¿Y el gringuito? ¿Y Madame? ¿Y la conciencia qué? ¿Así nomás se borran? ¿Así nomás se quedan? ¡Ah, ese par de sucesos inciertos, dejados a medias sin final conocido! A pie o en tren o en carro me seguían, como perros rabiosos, como coitus interruptus, como una

condena. Parándome en el asiento bajé del portaequipajes mi maletín, saqué el esparadrapo y las tijeras, y me di a ponerme los cuadraditos blancos en las yemas de los dedos. El asombro general me volvió a esta tierra, a mi compartimiento que iba lleno, lleno de ojos asombrados espíandome. Alcé los míos y veinte miradas me rehuyeron dispersándose, como maripositas hipócritas. ¡Qué! ¿No se puede poner uno esparadrapos en los dedos? ¿Es crimen, o qué? Bonita cosa andar dejando huellas por doquiera, huellas sucias, mantecosas, en los asientos y en las paredes y en las agarraderas del bus o del tren... Uno a uno, meticulosamente, iba silenciando los dedos. Ven acá, Bruja, niña, ni mires a ese perro altanero, perdonavidas que ladra cuando nos ve pasar y nos enseña los dientes. ¿A un perro viejo como yo? ¿A una reina como tú? Le ladra el populacho a María Antonieta y ya sé quién es: comanda una cuadrilla de tres o cuatro que salen en la alta noche por el parque a armar camorra, a hacer desmanes y a asustar a los fantasmas extraviados. Vámonos a casa, niña, que es tal el polvo y el smog y tal la cerrazón del cielo que nada se ve. Como no hay mucho qué ver, tanto mejor.

Volví el carrete de esparadrapo y las tijeras al maletín y el maletín al portaequipajes y con la conciencia tapada seguí viajando, bajando el tren por la Italia del norte echando humo, haciendo ruido, disturbando paisajes: ríos, árboles, canales, dulces paisajes de verde esperanza que acarician el remordimiento. ¿Por qué no te aguardaste, animal, hasta la noche cuando habría cedido? Si lo que recorriste en años él lo estaba recorriendo en días, así nomás cambiando el rumbo... ¿A qué emborracharte entonces oyendo el mismo disco de obsesión? Chucho hubiera esperado... Es que él anda en la realidad donde no hay destinos sincrónicos como los rieles de este tren que son los que quieres tú: lo que hay es viejos y jóvenes, destinos desfasados. Eres necio. Tarde o temprano el mundo llega adonde uno está. ¿No alcanzó una y dos veces la moda a tu abuelo enfundado en su ropa? Pero no, tenías que tomarte todo el ron de la rabia y ya a un paso de la cuarta noche que iba a ser la tuya, la mía, la nuestra, bajo Aldebarán alumbrando... ¡Carajo, tiré el amor por el rodadero y ahora me mata el remordimiento!

Tomaba el tren la noche entrando a Roma, pasaban edificios y ventanas, y tras los visillos de las inquietantes ventanas sombras leves y calmadas. Afuera el tren culebrea por la red de rieles, adentro luces encendidas palpitan de intimidad. Por los visillos traslúcidos de entreabiertas ventanas entro un instante como un violador a sus vidas triviales.

Regreso al tren a revisarme los esparadrapos y a decirme conmovido que estoy volviendo a Roma. Pero volvía yo, ¿o volvía otro? Otro muy distinto del que llegó meses atrás entre una nube de pájaros con la primavera volvía ahora. Una sola vez espléndida se llega a Roma; dos no, es una ley del mundo. Ni volveremos tampoco a vivir el pecado con la pureza de antes.

Mi cuarto del Hotel del Sol es un cuarto ciego sin ventanas. Entro, dejo el maletín y vuelvo a salir, a la noche del alumbrado público. Si me

quedo me traga la oscuridad. Las mismas necias puertas de entrada son de salida y me devuelven sobre mis pasos. Cruzo la plaza Campo dei Fiori y andando un camino conocido tomo hacia la Via dell'Anima donde vive mi amigo Roberto, el colombiano. Si oigo el acento de Colombia estoy salvado. Aunque no sea el suyo el de Antioquia sino el de Santander y sus muchos años en Roma en parte se lo han borrado, algo queda de lo que busco y eso me basta. Cruzo la plaza Navona, llego a la Via dell'Anima, entro al edificio, subo la escalera, toco a su puerta: adentro resuena sordo mi llamado; nadie oye, nadie abre.

Bajé la escalera oscura con la miseria de Raskolnikov pero sin la miseria de Dostoievsky que para no llegar a los hechos escribe libros: cobardemente le pone el hacha en la mano al otro y con ella mata; después, durante mil páginas de folletín, por el resto de esa vida ajena se arrepiente.

Salí a la calle y dejé el barrio de la plaza Navona y sus roñosos edificios, palacios que fueron un día ¿pero dónde están los antiguos dueños? ¿Los príncipes y condotieros, gonfalonieros? Hechos polvo, polvo de olvido y sus pasiones y sus ambiciones y su furia envenenadora. Y polvo los cardenales, gracias a Dios, y sus Vicarios de Cristo, pudriéndose la podredumbre de sus almas entre gusanos y los mantos de oro de pesada púrpura en vida pulgosos, piojosos, y la tiara. Y me voy hacia la placita de la fontana de Trevi. ¿Me llevan mis pasos cómplices a oír el rumor del agua? Frente a la fuente, en el marco de la plaza como dicen en Colombia, hay un bar y en el bar un traganíquel como dicen en Colombia, un juke box que toca ahora música americana. Adentro y afuera del bar hay muchachos: engreídos, jactanciosos, infatuados, los pantalones sin bolsillos, ajustados, sin más raya que la del planchado: guardan las cajetillas de cigarrillos entre las medias y creen que la juventud es eterna. Lo único eterno, hombre, es la eternidad, y está por verse... Vuelvo a la fuente dándoles la espalda a sus aposturas mugrientas. ¡Qué lejos se quedaron las noches del Coliseo adonde turbado por secretas fuerzas solían llevarme mis pasos! Gotas dispersas condensadas contra la oscuridad caen minúsculas, me bañan: me baña el espíritu de la fuente.

Mañana, abuela, cuando amanezca te escribiré: para decirte lo que sobra, que te quiero. Desde el día sobre el mar por entre la noche oceánica se irá mi carta blanca como una palomita mensajera. Pero no, mejor no, mejor no te lo diré, mejor te daré consejos para tu nieto de cinco años, mi primo, don Gonzalo, quien tiene adentro al Cuyo cuyo fuego vivo no lo deja vivir: si alguien grita mirando al techo «¡Mayiya brava!», corre por los corredores de baldosa roja de tu finca Santa Anita a darse cabezazos contra el duro suelo junto a una azalea, junto a una gardenia, junto a un sanjoaquín, donde lo agarre la furia. Abuela, mañana cuando te llegue esta carta me llamas al padre Gómez Plata y me lo haces exorcisar. Que le saquen los demonios del cuerpo y se los concentren en una botella verde con tapón de corcho: cuando haga falta la destapas, dejas salir un poquito, sin desperdiciar, y para el enemigo malo santo remedio. Nada más puro y bendito que la rabia de un niño.

¡Mayiya brava! Ay abuela, si no te he escrito es porque te quiero pero mañana, algún día, te escribiré.

La maldita pila de agua bendita, aguamanil de mármol, aguamanil de cobre, aguamanil de bronce, insensatez del mundo, hervidero de microbios ahí está, entrando a la iglesia del Sufragio alias Santa María dell'Anima, Santa María Maggiore, Santa María cualquiera, una de las mil santa marías que hay en Roma y en esta tierra, borrándose las infinitas huellas de los dedos en el agua. Escurridizo como es el recuerdo, mi noche del regreso a Roma muere en una fuente: el día nace en una iglesia. A la que he entrado buscando una banca para sentarme y una penumbra para pensar. No las hay, no hay bancas y el día se cuele por los vitrales de arriba desde el Supremo Vacío:

—Cuando a nadie interesas, cuando todos Te olviden, yo Te recordaré.

Salgo a la calle maldiciendo esas iglesias sin bancas que no sirven ni para pensar, pensando a gritos, vociferando, por el Largo Argentina donde están los gatos. Entonces los veo viéndome: ellos desde la seguridad de la orilla; y a mí arrastrándome el río.

Ahí, en el Largo Argentina, el payaso decidió la forma y el lugar: de un tiro en el corazón, evidentemente, y en una iglesia, evidentemente, para llegar más pronto a Dios. Por la cúpula y el pararrayos se iría directo, sin antesalas, al Juicio Eterno, a sus cuentas detalladas de minucias y mezquindades. ¿O iba a ser un balance grosso modo, general? Una curiosidad apremiante le invadía de ver el saldo: si me deben o les debo.

Empezó pensando en Sant'Andrea della Valle que le quedaba cerca, o en la Chiesa Nuova, por iglesias en Roma no se habría de varar, ¿pero y los médicos, los doctores, los bandidos de la clínica de Bogotá? Ya les oía el entusiasmo rabioso al teléfono, el orgullo chispeando en los ojos, llamando para decir:

—¿No se lo dijimos? ¿No se lo advertimos? ¿Que iba a acabar así? Pero claro, siempre creen saber más que los doctores, y claro lo sacaron de la clínica y claro ya no hay remedio.

¡Jamás! Un gusto de ésos ¡jamás! Jamás un psiquiatra ha tenido la razón. Entonces corrí al Hotel del Sol a destruir el pasaporte. ¿Pasaporte de Colombia? ¿Colombia? ¿Quién es? No la conozco, y la taché. ¿Nombre y apellido? Ninguno, y los taché. Padres: ninguno; edad: ninguna; ocupación: ninguna; sexo: ninguno. El lápiz frenético iba tachando la filiación, la infamia, el registro civil. Nada, nada, nadie, rompiendo en infinitos pedazos la libreta verde y sus sellos y firmas y estampillas de horror. ¿Y religión? Católico por la gracia de Dios. Por eso me voy a matar en mi casa, en Tu Iglesia.

En tanto en cualquier vuelta de página se mata el payaso en Roma o para Cronos su rueda, aquí tienen a Marujita Díaz, paradigma de claudicaciones. ¡Comunista libertario él cayó en lo más bajo del partido

conservador! Ésta es la historia de su caída, y Manizales la sabe y no me deja mentir. Iba a pie tras un muchacho en moto siguiéndolo, persiguiéndolo, a la carrera, por la carrera. La carrera es la Veintiséis que se cruza con la Veintinueve que es una calle, que es una falda, que es una pared encerada. En el cruce tropieza y rueda. Y rodando, rodando sobre Villa María va a dar en tierra caliente, y cayendo en posición inicua sobre el asiento de sus desventuras rompióselo. Y por más que consultó ortopedistas y psiquiatras su mal no tenía remedio: quedó cojo de por vida; y como no hay cojo bueno, mala. Entonces, para probarnos a todos que era persona capaz (¿capaz de despachar a una concierge parisina al otro mundo sin confesión?) el comunista libertario empezó a escribir en La Patria, órgano del partido conservador, y desde su alta columna editorial a divisar abierto el panorama y, conforme a su naturaleza perversa, a tirarnos piedritas de maldad al prójimo, sus semejantes, y a convertirse en todo un Maricabron. Lo que no sabía es que todos sabíamos la causa afrentosa de su desdicha, y que mientras más la quería ocultar más la corte lo sabía, cual esa fístula anal de Luis XIV que tanto atormentó al Roi Soleil. Hasta el día en que el médico de Su Majestad, Fagon, y el cirujano Felix, tras larga vacilación y meses de ensayo en cuanto trasero inocente podían del populacho, en operación secreta, secretísima, bajo siete sellos y con infinitos cuidados, de ocho tijeretazos y dos cortes de lanceta rajaron el real cul. Amaneció el nuevo día y tras el rey cojeando toda la corte. Y a Marujita el genio se le agrió y la pierna se le acortó. ¡Ay Marujita Díaz, Marujita mala, en qué círculo del infierno no te irás a quemar!

Como no se puede vivir sin pasaporte, me voy al consulado a que el cónsul me dé uno nuevo, y de paso me entregan un arrume de cartas atrasadas de mi casa preguntando si estoy vivo, y si vivo dónde estoy. Aquí estoy, estoy en Roma porque en la escuela de cine de París no me presenté y en la de Madrid no me recibieron y en la de aquí no me recibirán. Así que el mes entrante estoy de vuelta en Colombia si es que no me voy a vivir a Limone.

Al dejar mi padre la capital manda al diablo la política y se entierra en la oscura provincia en un puesto de escribano que le daría, según creía, para comprarse una finca y el futuro a sus hijos. Yo pienso que él piensa mal: la finca se la compra luego, el futuro es el seguro presente suyo, no el incierto porvenir mío, ¿por qué renunciar a él? Si ya subió hasta a un pasito del pico de la montaña, ¿por qué no acaba de subir? ¿Tan pronto se cansó? Es que lo que haya en el pico a él no le interesa... Pues a mí tampoco. Y nos chutamos la pelota de la gloria desinflada, como una chancla. Yo cambio el corcel de bronce de la fama por un muchacho: él por unas vacas (que se puedan ordeñar). Así que vamos directo a lo que vinimos, a lo que nacimos, a lo que somos: él a finquero; yo a marica de café. Aunque claro, esto no se lo escribo, lo pienso. Lo pienso por años y años hasta que deja de tener sentido el problema, para él y para mí: se nos vino la vejez encima y la muerte, y el problema se acabó: se resolvió solo, lo resolvió el tiempo.

Alta, gigantesca viene sobre mí a cubrirme la marejada del Tiempo, pero a Roma la eterna también se la tragará. Cuando por postrera vez regresé a ella tras una ausencia de media vida, a la mitad entonces de mi vida (la móvil mitad que también se quedó atrás), así lo entreví. Un cinturón de marcianos edificios, colmenas de fealdad, crecía ahogando a mi vieja Roma, la mía, la que yo quise, la que yo conocí, la de callejuelas vivaces donde el ayer aún vivía, entre los Fiat cinquecento y el bullicio fastuoso de la vida, hoy museo de turistas, mármol muerto y muerta piedra travertina. Pero no anticipemos, no apuremos al tiempo que el tiempo se apura solo, volvamos atrás, subamos al Pincio como la primera, lejana vez a llenarnos desde sus balaústres de Roma, de su inmenso rumor, de su vasto aroma mientras el viento sopla en los cipreses y mece el chorro trémulo de los surtidores, de las fuentes, de las tomas de agua, disturbándonos. Con perdón. En tanto voy y vuelvo a Roma al vaivén de unos recuerdos que por lo visto son naufragio sin razón ni brújula, donde el sol sale por el Pan de Azúcar y por el mismo cerro se pone, permítaseme acompañar al cónsul a la Fao, el cónsul de Colombia, mi amigo, don Gonzalo, que tan amablemente vino ayer a Fiumicino a recibirme.

¿La Fao? ¿Un marica? ¿Un detergente? ¿Un jabón? No, la Organización para la Alimentación del Mundo, un organismo, y que crece y se multiplica como tal: en cargos y burocracias, en cambio Colombia no: cónsul de Colombia en Roma y su representante a la Fao, el país con don Gonzalo mataba en Roma dos pájaros de una vez. Eso me iba explicando don Gonzalo en su Fiat cinquecento camino del organismo desquitándoles a los transeúntes y a los otros carros, subiéndose a las aceras, bajándose de las aceras, cruzando por debajo de las llantas de un truck.

—¿Vio el camión que nos pasó por encima, don Gonzalo?

No lo vio. Pero él tiene inmunidad diplomática según me lo está explicando, y que los idiomas oficiales de la Fao son: el inglés, el francés, el chino y el español.

—¿De veras el español? —pregunto lleno de orgullo.

—Sí, por ser uno de los que donde más hambre aguanta el mundo.

El italiano no. Incluso con ser Italia sede o país anfitrión, su representante se dirige al plenum en español, que aprendió en Filipinas, la cual ya lo olvidó. ¿De veras pero de veras? De veras sí. Esta vida es un enrevesamiento de contradicciones y olvidos. Por lo que a mí respecta, con la autoridad que me da mi amistad con Lorenzo Hervás y Panduro que habla quinientas lenguas, que me visita en mi casa y que en esta misma ciudad de Roma vivió, cuando le oigo hablar español en el plenum al representante de Italia le abro las puertas de mi corazón y le perdono hasta los gerundios galicados y esos niveles y desniveles que dice a nivel mundial: siga, prosiga, diga usted como quiera y escriba

igual. Escriba corazón con ese: culebras y alacranes nos pican el corazón.

Después de la intervención de Italia habló Colombia: don Gonzalo pues. ¡Qué arte, qué faena! El orgullo no me cabía en el pecho. Como un malabarista, como un prestidigitador, como un maromero se sacaba cifras inverosímiles de la manga. Luego se las enrollaba, desenrollaba por las piernas y por el cuello. Cuando se las volvía a meter, del bolsillito izquierdo del chaleco sacaba una zanahoria y un conejo. El conejo se comía la zanahoria y se multiplicaba por cien. E iba la zanahoria ¿qué comerán los ciento un conejos? Cifras, tasas, porcentajes, pormillajes entraban a y salían de ese bolsillito izquierdo donde también guardaba el reloj vueltas una larga tira, flaca y larga, en plena expansión demográfica. Y cuadros, curvas, gráficas, estadísticas, diapositivas, ¡apaguen la luz! ¡vuélvanla a prender! Entonces entendí que quería a don Gonzalo porque me recordaba a mi tío Ovidio.

De regreso en el mismo Fiat cinquecento por las mismas callejuelas maromeras el entusiasmo se me desbordaba del alma. Don Gonzalo desquita, sube, baja, culebrea, zigzaguea (el prestidigitador es acróbata), mientras yo en tanto le voy dando mis consejos vehementes: cuando esté en su campaña para la Presidencia de la República, don Gonzalo, bástelo todo en el control de la población. Sin ello todo es nada, vano esfuerzo y obra inútil, es «arar el mar y cultivar el viento» como dijo el cabrón. Que se monte pues en cada centro urbano una procesadora malthusiana para aprovechar al pueblo paridor: entran por un extremo enteritos y salen por el otro procesados, convertidos en harinas, proteínas, en enzimas, en hormonas, reciclados, y si la tecnología nacional no da para tanto, simplemente en abonos. Don Gonzalo se ríe y me deja hablar, se ríe y me deja hablar, y por fin habla él:

—Y si reciclo al pueblo ¿quién vota por mí?

¡Claro, quién vota por él! A perro viejo no cuz cuz.

Pero volviendo a lo que vine a Roma, al cine, a mi vieja pasión, a mi devoción asombrada, ¿cómo puede haber en un espacio oscuro, cerrado, tanta magia brotando de un simple chorro de luz? Así es, créemelo abuela, es un milagro, ¿por qué te negás a ir? No, no va, no quiere ir y es más empecinada su dulzura que la terquedad de su marido, mi abuelo, que atravesó a cabezazos una pared de bahareque; ella dice un no dulce y es un inmenso no. Vamos hoy, abuela, al cine, una vez nomás para darme gusto a ver si tanto me querés. Si no vas no me querés ni la milésima parte de lo que te quiero yo. No, no me quiere, no va.

—¡Qué voy a perder el tiempo en esas bobadas! —dice.

Llama bobadas a la lámpara de Aladino, de las maravillas. Ni ha ido a un baile en su vida, ni se ha tomado un aguardiente, y aunque ha montado en barco nunca en avión; ha viajado en esos barcos de vapor con rueda que van por entre caimanes echando humo por el Magdalena y que tan famosos se hicieron a fines del siglo XX, pero ella es una maravilla, un personaje de carne y hueso, gorda, de ojos verdes hermosos, no un mamarracho de ficción. Bueno abuela, ya montaste en barco, pero ¿nunca has ido al cine?, ¿jamás has visto una película? ¡Es de no poderse creer! Abuela, perdóname, pero entonces saco la conclusión de que no has vivido.

Y en mala hora le llevamos el televisor.

—¿Para qué voy a ir al cine si ya conozco la televisión? —es lo que argumenta.

¡Cómo vas a comparar, abuela, este cajón chiquito, pendejito, estúpido, que te empenoja con sus electrones —con la pantalla inmensa, luminosa, del tamaño de una cuadra en la que cabe el Universo, cortando una cimitarra cabezas de cristiano infiel! El cine, abuela, no es la televisión, no se pueden comparar. ¿Y saben qué vio en la televisión? Vio al general Rojas Pinilla, el Teniente General Jefe Supremo, Presidente de Colombia, bañándose semi en pelota, chapuceando en un charco chapucero que hacía una quebrada (un arroyo, ya expliqué) de su finca de Melgar.

—¡Qué viejo tan barrigón y tan feo! —comentó, y se fue con Elenita a rezar el rosario.

A Elenita en cambio ya la llevaron al cine: los del otro lado de la familia, a los sesenta y ocho años, cuatro o cinco antes de morir, de suerte que a ella por lo que al cine se refiere, cinematográficamente hablando, no puedo hacerle perder la virginidad: ya la perdió.

En cuanto a la televisión colombiana, es irremediabilmente boba y sosa, como el escritor guatemalteco Octavio Paz. Que la abuela se olvide de ella y de ese viaje por el Magdalena. Ya no rueda más el barquito de penacho de humo por el ancho río rumbo a la costa cenagosa. El barquito naufragó y la ciénaga se secó y el caimán que iba para Barranquilla se murió y Santa Marta sin tranvía perdió el tren, la dejó el tiempo. Por última vez, abuela: ¿Me acompañas esta noche a ver «El ladrón de Bagdad», sí o no? No, ya dijo que no.

De todos modos «El ladrón de Bagdad» ya lo vi, lo vi de niño, en el cine Buenos Aires o en el Colombia, que están a una cuadra uno de otro, en su barrio de cuchilleros: a las once, una mañana, un domingo, con mi hermano Aníbal, un angelito como yo. A la entrada de los dos cines o atracaderos se instalaba los domingos con toda naturalidad, naturalmente, un mercado natural de historietas, comics o revistas o como las quieran llamar, que los niños y los camajanes iban allí a

negociar: cada quien con sus arrumes de historietas nuevas, viejas, a medias, hechas pedazos, vistas y revistas y requetevistas, a venderlas, a comprarlas, a intercambiarlas, a ver quién engañaba a quién. Los camajanes (ya lo dije pero lo vuelvo a decir) eran muchachos malos, chinches malos que en la cortina de entrada del cine Buenos Aires envolvían al incauto que llegaba de la calle, de la vida, del sol, encandilado a la sala oscura, y le robaban el reloj. O con una puñalada o una lezna de zapatero le desinflaban un ojo o ambos. O sea que ir allí a cambiar revistas no eran jueguitos al ladrón de Bagdad sino jugarse la vida, que en palabras de José Alfredo y al fin y al cabo no vale nada.

Llegué con mi hermanito Anibital a las once y con mi cerro de revistas: vendí dos: por treinta y cinco centavos. Ya el mundo perdió el concepto del centavo y el peso se devaluó y no vale nada y nosotros menos ¡como somos tantos! Entonces era otra cosa: con botones en vez de cierres las braguetas de los pantalones, y en las tapas de los libros, timbre de orgullo, debajo del título la palabra «novela», y adentro cuando acababan la palabra «fin». Hoy no. Ya se sabe que todo sigue, que nada acaba, y cualquier puta holandesa cuenta su vida y escribe un libro. ¡Y esa manía de las entrevistas! Media humanidad preguntando y media humanidad contestando... Después, en el noticiero de las 11, a los entrevistadores los entrevistan otros entrevistadores, de segunda generación. Y otros a otros, de cadena en cadena. El mundo se pregunta, se contesta, y roto el velo pudoroso de la mentira que suavizaba las asperezas, nuestras vergüenzas, la verdad reluce en pelota a la luz del día, sin taparrabos, sin pudor.

A veinte por espectador, venía saliendo nuestra entrada al cine cuarenta centavos: faltaban cinco, ¿qué hacer? Voy a la taquilla y propongo:

—¿No nos perdonan los otro cinco, por el amor de Dios?

Claro que sí. Y entramos, deslumbrados, encandilados, hechizados, salvando la cortina envolvente, a la luz, a la oscuridad. El chorro de luz prodigioso viniendo del más allá, del otro mundo, iba a romperse contra la pantalla en un alud de figuras de colores, turbantes, camellos, fugas, gritos, cimitarras, y entre el vocerío del zoco árabe, atrás de mí, de nosotros, repercutiéndome en el corazón, contando su maravilla cuadro a cuadro, a veinticuatro por segundo, el traqueteo diligente del proyector, dios y señor de lo alto, en su trono, contador de historias, María Móntez, Sabú, Sherezada, dueño del Universo, desde su cabina encerrado hablándonos por una ventanita de luz. No soy Don Quijote con sus libros de caballería, no soy Madame Bovary con sus amantes de bisutería, no soy Chucho Lopera con sus muchachos. Soy, por sobre cualquier miseria que haya sido, el amor al cine. (Tampoco tanto, no exageremos, ya el Corsario Negro y el ladrón de Bagdad están viejos, muertos, vámonos a leer el periódico a ver con qué sale hoy el mundo.)

El bus iba en el calor de Roma, atestado. El oleaje anónimo me arrastraba hacia la puerta de salida cuando me lo encontré. Alguna vez antes lo vi, y acaso alguna más después pero sólo puedo recordar ésta:

tenía la edad de mi padre o un poco menos, y era su colega, de Medellín; dejando a su mujer y a sus hijos había venido a Italia a especializarse en derecho penal. Nos tropezamos en ese bus agobiante del verano.

—Estaba pensando en Colombia —me dijo al verme.

—Yo también —le contesté.

Y en ese instante a través de él vi completo, trazado, mi destino. ¡Colombia! Llevaba meses dizque viviendo en Roma y ni un solo instante había dejado de vivir en ella, en sus cafés, en sus montañas, en sus calles, en sus cines, en sus ríos, en su fracaso, en su esplendor, en su miseria, Colombia... Se había venido conmigo sin yo saberlo; ahora ya lo sabía y que adondequiera que fuera vendría siguiéndome unida a mí por irrompibles cadenas, como si ella fuera el centro de mi alma, del Universo, ella sola la luz y el resto sombras, como una condena. Hernando Londoño se llamaba el hombre de mi encuentro. Años después, muchos, me contaron que aún vivía: con el remordimiento de los meses que pasó en Roma, sintiendo que se los había robado a su mujer, a sus hijos, a su tierra. En él me vi, me compadecí: Colombia nos había hecho, sin remedio, prisioneros.

—Soy de Manizales, Caldas —dice ella riéndose—, y he vivido en los Santanderes, pero en la sola Bogotá, sin contar las otras, me han atracado dieciocho veces. ¿No se te hace una maravilla Colombia?

La maravilla eres tú, Margalida, que no eres actriz ni mujer ni nada: eres un pararrayos.

Otros cines hay en Medellín: en Manrique, en La Toma, en Aranjuez, uno en cada barrio, todos mágicos. Llenos de camajanes fumando dizque Pielroja: marihuana. El humo les agudiza el ingenio y los vuelve críticos de cine, despiadados. El actor tal «trabaja» bien: ella no. Una tarde me voy al cine Cuba a la función de las tres, que llaman matiné, a ver la película de Hitchcock «La Soga»: «The Rope». La película es un tour de force, un solo plano secuencia sin cortes, que pasa en una habitación y con sólo los dos muchachos asesinos y su profesor, al que invitan por temerarios, para burlarse durante el largo diálogo de una hora del gran pendejo que es él. Hacia el último rollo llegan los padres de la víctima a la invitación, a brindar con champaña sobre una especie de baúl-mesa dentro del cual está el cadáver calentito de su propio hijo ¡y ellos sin saberlo! De pronto, de sopetón, por deducción y psicología el profesor descubre el crimen, llama a la policía y ¡vámonos! la película se acabó.

—¿Y éste es el mago del suspenso? ¡Jua, jua! —se burlaban los camajanes del pobre Hitchcock saliendo de la sala, armando sus cigarritos, bajando por la falda despacito, por esas tardes alucinadas de esas calles en pendiente.

¿Pero no ven, animales, que están viendo la película diez años después? Los efectos del suspenso que ayer eran nuevos hoy ya no sirven, están

sabidos, requetesabidos, requetechotiados. El cine viejo hay que verlo como historia: de un gusto, de una época, de una ingenuidad. Y es que el cine también se envejece, como se envejece la moda, como se envejece la ropa, como me envejeczo yo, como se envejecen ustedes, ignorantes, marihuanos, cabrones.

Ven acá Bruja perversa no te metas por entre esas flores que nos van a cortar la cabeza los jardineros del parque, con una hoz. ¿No ves que el parque es parque público y no tu coto privado de caza? Pero no, no obedece, Bruja mala, diabólica, infernal. Nadie tan desobediente como ella, y voluntariosa. Quiera que no quiera el mundo tiene que hacer su voluntad. Y yo. Pero no estés tan segura de mi amor malvada, que ya te tengo el reemplazo. ¿Quién? Se llama Nube, esa que ves. Una perra blanca, dulce, noble, hermosa, callejera, agradecida, inteligente, juguetona: se ha enamorado de mí. Y yo de ella. Yo soy así, traidor, voluble, ¡qué le vamos a hacer! Ya van dos veces que invito a Nube a mi casa: sube ella por la escalera los siete pisos, nunca ha montado en elevador. Le doy galletitas de chocolate y la Bruja se las quiere arrebatarse. Es absorbente: no me quiere pero quiere que la quiera a ella, y a nadie más. ¿Celosa? Sí... Aunque poquito. De la Nube sabe que la quiero y que el amor ha de ser generoso, compartido, y acepta el menage à trois: juega con ella, hacen trizas las eras de flores, los setos del parque y yo veo. Los jardineros las quieren matar. ¡Pero quién agarra una bruja negra voladora o una nube blanca desflecada que se pierde en el azul...! Como no las pueden agarrar a ellas me reclaman a mí, que yo les pague el pato, los destrozos. ¿Y yo por qué? ¿Un pobre viejo con reuma que ni se puede mover? Que paguen ellas. Que me van a echar entonces la policía. ¡Que la traigan a ver!

Por el laguito del parque van los patos, los patos remeros, alharacosos, comedores de migas de pan. El lago es hondo y profundo, profundo y hondo como el poeta hondureño Octavio Paz cuyo poema fundamental, con epígrafe de sí mismo, dice: «Cuadrante de la soledad, ciudad mojada. Sola está la soledad y sola mi alma. Rumbo al cielo de ceniza vuela una mosca. Sobre la turbidez de un charco flota una cáscara. La mosca es mi corazón. La cáscara de naranja. ¡Ay, ay!» (de «Vuelo Nublado», antes de la destrucción nuclear).

Pero volviendo al cine Buenos Aires que es lo que importa, por su puente de luz me voy derecho: de Medellín a Bagdad y a Samarkanda. Y mientras allá arriba, adelante, por el desierto abierto, en la luminosidad de la pantalla combato con los cuarenta ladrones y uno a uno o todos juntos les voy dando, aquí abajo, adentro, en la oscuridad de la sala cruzan el aire, como estrellitas fugaces, colillas encendidas de cigarrillo o chicharras de marihuana que avientan los camajanes: del gallinero a la platea, de la platea a la luneta, de la luneta al gallinero y del gallinero a ambas. ¡Ahí les van! Es la guerra de las luces, la de nadie contra todos y de todos contra nadie. No sé cómo no han quemado el teatro. Tal vez porque el Teatro Buenos Aires ha desarrollado cierta inmunidad natural contra el fuego. Colillas y chicharras en él se apagan solas. Sólo así se explica que sobreviva. De lo contrario moriría.

¿Qué horas son? Son las dos y la función no se acaba. Como es domingo hoy dan un doble, y tras «El ladrón de Bagdad» sigue Fernando Casanova, sigo yo, sigue el bueno, en este combate de pistoleros, de buenos contra malos, a caballo. El del caballo blanco con sombrero blanco que va adelante soy yo. Pasan los hijueputas persiguiéndome pero no me ven: me les escondo tras unos sauces. ¿Qué horas son? Las dos y cinco. ¡Carajo, con esta preocupación no se puede ver cine! No hay dicha en la vida mía que no me la amargue alguno. El amor me lo amargó la Iglesia: respirar es pecado. Y ahora es esta preocupación, que en mi casa almuerzan a las doce y son las dos y más y aún no llegamos. ¿Nos salimos, o qué? ¡Qué remedio! o van a pensar que estamos muertos. Y Aníbal y yo nos salimos de la sala mágica dejando la película inconclusa. Esa película a medias, sin acabar, fue para mí como un acto de amor fallido: dos años de psiquiatra. A las tres, cuando llegamos a casa:

—¡Qué! ¿No estaban?

Ni nos habían detectado. Lía, por lo demás, ese día no hizo almuerzo: se le olvidó. Y ese día nadie almorzó. En fin, sepa en todo caso que si a un camaján le preguntan:

—¿Qué película dan hoy?

Él contesta:

—No dan: pasan. ¿Acaso no le cobraron la entrada?

Hay en Roma un cuadro especialmente extraordinario de Michelangelo Amerighi il Caravaggio. Está en la iglesita del Capitolio y Roberto me lleva un domingo a verlo, me lo descubre como noches atrás me descubrió las colinas y el Coliseo. El cuadro representa a un niño desnudo abrazando a un cabrito. El niño me mira a mí y el cabrito lo mira a él y a mí de paso mientras se deja abrazar. Evidentemente se quieren y están tan cerca uno del otro que una vez que yo me vaya y no los mire y no me miren y giren tantito las cabezas se chocarán en un beso. A quien pintó ese cuadro lo va a aplastar su destino. No hay campo en este estrecho mundo para tan desolado amor ni tanto genio. ¿Es un pastorcito?

—Es San Giovanni nel deserto —me explica Roberto.

Y para mí en adelante así se seguirá llamando el cuadro aunque me aleguen y me discutan que estoy equivocado, que el cuadro se llama «San Giovanni Battista» a secas, que no hay desierto y que está en el Museo Capitolino. No sé, yo lo recuerdo con otro título, con un desierto y en una iglesia. Al niño le cae un rizo sobre la frente y otro rizo sobre la oreja, y me he enamorado de él. No hay otro como el Michelangelo llamado il Caravaggio, el prodigioso. Su luz intensa y despiadada desmiente los valores ideales, mentirosos, subvierte la moral pública. Hoy como es domingo hemos ascendido del mundo del subsuelo a su

mundo de luz. El niño me mira, entre risueño y malicioso, por sobre cuatrocientos años, desde el imposible amor.

Mañana será el concurso del Centro Experimental: pasado mañana me iré a Colombia. A sus cafés, a sus cantinas, a oír cantar otra vez el traganíquel, y con el traganíquel el entrechocar de las bolas de los billares, su ruido verde. Aquí no hay nada qué hacer. Esta es una ciudad vieja, cansada, tediosa, provinciana. Y mala: capaz de volver a quemar a Giordano Bruno y crucificar a Pedro. Pasado mañana me voy. Del desierto del amor, la tumba de las ilusiones.

Porque además ¿en qué ha venido a parar mi ladrón de Bagdad? En esas películas del neorrealismo de la posguerra en que se acaba el mundo porque se murió un viejito o se robaron una bicicleta. Y ese Michelangelo Antonioni sin perdón, sin madre, con esos desiertos rojos que ni son desiertos ni menos rojos, y esa mujer estrábica que camina pegada a las paredes y se sube entera una escalera y se cruza entera una plaza... ¿Qué vine a hacer? Me voy.

Amaneció el día. Y yo en el Hotel del Sol o en la residencia de músicos, ya no recuerdo. Tampoco mi viaje a Cinecittà, al Centro Sperimentale di Cinematografia que dirige el señor Fioravanti. Vagamente, en cambio, recuerdo la multitud: chinos, turcos, coreanos, la multitud ecuménica y el consabido representante de la república de Colombia: yo, y otro más: Javier Betancur a quien conozco esa mañana, que es de Medellín, que es una maravilla, que está loco. ¿Cuántos extranjeros reciben? Cuatro. E italianos igual. Bueno, mañana me voy a Colombia, ¿y vos? Él no, Javier vive con una mujer polaca en una casa rodante en las afueras de Roma, pero la casa no navega, no puede cruzar el mar. La polaca anda vestida de negro por la dominación rusa y la muerte de Chopin. Sus medias negras caladas son de un gran poder de evocación...

Ya traen a la vaca por los cuernos de aljabaca. A palos la llevan al matadero. Solo al fin entré al salón de inquisidores encomendándome a mi ángel de la Guarda, mi Simón Bolívar, san Simón Bolívar, lúcido y valiente, valiente y generoso, santo de mis profundas devociones que en mil combates le diste por el culo a la prepotencia del español. ¿Aquí mismo, en el Aventino, no lo juraste? fincando, ay, toda tu gloria en redimir a unos sujetos sin gloria ni redención. Ahora todos somos libres de aspirar al cargo, pero si yo no quiero cargo, ni tengo oficio, como dice mi abuela, ni beneficio ¿de qué me sirve tu libertad? ¡La Guaira! ¡Santa Marta! ¡Jamaica! ¡Cartagena! Mirando al mar incongruente de tu esplendor pasado entré al salón y rehuí sus miradas. Empezamos a hablar de Pirandello, de sus «Seis personajes en busca de autor» y yo a sostener, dando palos de ciego en la oscuridad, que los seis son siete. ¿Por qué? No sé. Ni sé qué tiene que ver Pirandello con el cine, fue cosa de ellos.

Paso a paso, pausadamente, con las mañas que le aprendí a mi abuelo, de Pirandello fui pasando a Carrasquilla, el de Colombia, y del italiano, insensiblemente, al español. A terreno, pues, conocido, a mis ríos

revueltos de caimanes donde mando yo. Primero, para empezar, los monto en una carabela genovesa, colombina, y a zamarrearlos en italiano, en alta mar y en alta noche a mi merced. Cuando tocamos tierra y desembarcamos, desembarcamos hablando español. O sea, hablando yo y ellos escuchando, entendiendo a medias o sin entender; de todos modos con el pantano y con la luz del trópico fascinados. Por ciénagas y desfiladeros y caminos de herradura resbaladizos, quisquillosos, los llevo a Antioquia, mi vieja Antioquia, Antioquia la grande, la única, donde el idioma se preservó de suerte que Carrasquilla, quien murió cuando yo nací, pudo escribir con la naturalidad (impunidad) de Cervantes, como ya no se puede más. La humanidad se hizo mañosa, maliciosa. En fin, efímero como es el lenguaje, ambiguo, escurridizo, moneda de mil valores, no menos de mil palabras de los libros de Carrasquilla que entendía mi abuela no las entiendo. Se fueron muriendo, muriendo, como todo. Y aunque Antioquia no es Colombia, como ya expliqué, debería serlo: el resto es un país de zambos, de zánganos y tinterillos que no trabajan ni dejan trabajar.

Después, por inconcebibles ríos torrentosos que arrastran liberales sin tino ni cabeza, decapitados, con gallinazos encima, buitres picoteándoles la panza, meto de sopetón a mis invitados en medio de una guerra a muerte ficticia, entre un partido rojo y otro azul. Los rojos, como dije, decapitados, los azules o conservadores despenados, pero con la boca llena de lo que se les cortó. ¿Cómo, oímos mal? No, oyeron bien: para acabar de una vez por todas con la semilla. O sin lengua los hijueputas pa que no griten más ¡Abajo el partido liberal!

—Ma che immaginazione di questo ragazzo! —decían los del jurado sin entender muy bien ni el idioma ni lo que estaba pasando, pero deslumbrados con el resplandor del incendio—. Sì, è una novità questa immaginazione, benchè un po' sinistra, direbbe io...

Cuando quise le puse punto final al relato, a la guerra y me levanté. Me acompañaron sus miradas reverentes hasta la puerta y los dejé ocupados apagando las últimas llamas de la quemazón. Y que pasen al que sigue a ver qué dice China...

Días después me llamaron de la Embajada: que el Embajador quería verme. Fui a verlo: estaba tras su escritorio, en la penumbra de su oficina oscura. Era el Embajador Lozano pero el nombre no lo recuerdo, ha habido muchos embajadores Lozano: un viejito bondadoso y su bondad brillaba en la oscuridad. Como la carta.

—Aquí está la carta del Centro Experimental —dijo—, que me han dirigido a mí. Que lo reciben en el primer lugar.

Y levantó la carta blanca, luminosa, lleno de orgullo:

—Yo siempre he dicho que Colombia no es un país de asesinos.

El corazón me dio un vuelco de felicidad. ¿Y el gringuito? ¿Y Madame? ¿Cuáles? No los conozco. ¡Quién empaña el brillo de la gloria respirándole encima! Tomé la carta que me tendía el Embajador y me la guardé: por años y años hasta que un golfo se la llevó: con un estilógrafo mío y otras cositas ajenas cobrándose acaso, por adelantado, algún momento de amor.

La Bruja se me ha venido convirtiendo en un problema. Una sola perra no puede ver sobre la faz de esta tierra que no vaya, la busque y se peleee. No ha heredado mi espíritu de tolerancia. Y ahí me tienen a mí separándola, haciendo el peor papel. ¿Se imaginan a este pobre viejo con reuma en medio de semejantes refriegas? Me arrastran por el suelo el traje negro y la dignidad de los años. Bruja niña, aprende, convive, civilízate que lo primero es la paz como dijo Octavio Paz (pseudónimo de Fortino Guerra Durazo). Y tiene toda la razón el escritor salvadoreño, sin paz no hay nada, sin paz hay guerra. «Zumba la mosca costurera zurciendo el aire, ¡zas! ¡zas!» (de «Ventarrón de Palabras», tras la destrucción nuclear). ¿Hoy te importuna tu mosca? No es mosca, Octavio, es tu ruido interior, es el tinitus auris que a lo mejor agarraste cuando andabas de embajador en la India, donde hay tanta infección. Y ahora como el caracol concentra en sus volutas todo el rumor del mar, así, poeta, lo que estás oyendo adentro es el zumbido del mundo.

Saliendo de la Embajada, por el piazzale Flaminio, como si me la estuvieran pasando en un proyector vi mi película: la que no necesitaba adaptar de ningún libro, la que no me tenía que escribir nadie, la mía, la única, la que llevaba adentro. En el lapso de un relámpago la vi completa, un instante de iluminación que abarcaba la hora y media que duraría y el siglo y medio que representa. Vi a Colombia: el genocidio del Dovio, el genocidio del Fresno, el genocidio del Líbano, el genocidio del Águila, el genocidio de Tuluá, el genocidio de Supía, el genocidio de Riosucio, el genocidio de Cajamarca, el genocidio de Sevilla, el genocidio de Anserma, el genocidio de Génova, el genocidio de Icononzo, el genocidio de Salento, el genocidio de Armero, el genocidio de Irra, el genocidio de Falan... Vi los decapitados. Decenas, centenas de cuerpos sin cabeza, descalzos, camisas de manga corta y pantalones de dril. Y las cabezas acomodadas a la buena de Dios, como un piadoso ejercicio, como un monstruoso acertijo, intento de adivinar cuál correspondía a quién. Y la casa mía ardiendo y ardiendo mi vereda y el fuego siguiéndome por los cafetales y con el fuego el machete, en alto, fulgurando en la noche contra el resplandor del incendio su brillo. Vi en los ojos del niño el terror y en los del bandolero el odio: Alma Negra, Sangre Negra, Tiro Fijo, Capitán Centella, Capitán Veneno, nombres para usted tal vez vacíos, de una fantasmagoría grotesca, y sin embargo verdaderos. Va la sangre derramada bajando al río y el río se la lleva, y se lleva los decapitados con su revuelo de gallinazos encima... Ríos del Cauca, ríos del Valle, ríos de Caldas, ríos del Tolima, ríos, ríos. Por una zona cualquiera de las que bañan esos ríos viene mi humilde camioncito de escalera, y entre los pasajeros Uriel Ospina, mayordomo de la finca suya o de la finca nuestra, que vuelve este domingo del pueblo, de misa, del mercado, con su mujer y sus niños. Y vienen Martín Vásquez,

boticario conservador, y Berardo Echeverri, peluquero liberal, discutiendo de política, sosteniendo el uno lo que sostiene el otro, pero el uno en color azul y el otro en color rojo. Y viene la señora Toña que dirige el asilo y su sirvienta Anita Palacios. Y un agente viajero de Roldanillo que también conozco, y don Emilio Barrón y José Antonio Carrasco y Adriana Caballero y Laura Márquez e Israel Ramos y José Luis González... A mí no me engañan, a mí no se me esconden, a todos los conozco y sé quién es quién, y quién es liberal y quién conservador: yo soy el señalador. ¿No entiende usted de qué le estoy hablando, qué está pasando? Ellos tampoco. Por lo pronto silencio que ya viene el camión de pasajeros con su cansado resoplar subiendo al alto de La Línea, sus faros amarillos taladrando la noche. Aunque no, esta noche el señalador es un niño y ya no soy un niño, soy un hombre: Pedro Rubiano a su mandar, por estos lados de Cajamarca y Calarcá muy mentado, el famoso Pajarito, ¿no me conocen? Así como lo oyen y así como me ven, con este machete en la mano y en el alma todo el rencor, todo el odio, todo, todo, todo. Les hemos puesto unas grandes piedras en el pavimento para detenerlos. Ya se acercan, ya los oigo, ya los veo, me vienen encandilando los faros... Pueblo del Dovio, pueblo de Icononzo, páramo de Letras, alto de la Línea, aquí en la oscuridad los espero, encomiéndose a Dios. Partido conservador: ruega por nosotros; partido liberal: ruega por nosotros; insania de Colombia: ten piedad de nosotros. Dicen que desde la guerra a muerte de Bolívar el asesino no se veía tanta insania. Dicen. Los sociólogos. Yo no sé.

Donde termina la Via Tuscolana comienza Cinecittà, y entrando a Cinecittà está el Centro Experimental; está como quien dice en la frontera que separa la realidad de la ficción, aunque más del lado de la ficción, de la ilusión, del sueño. A unas cuadas de ese final que es comienzo he rentado un pequeño apartamento que es una estancia que es a la vez sala, comedor y dormitorio más un baño y una cocina. En la cocina hay dos ollas, un tenedor y una cuchara, y en la estancia una mesa, tres sillas verdes de cuero y una cama. En las paredes nada, ni un solo cuadro, pero por lo que a mí respecta, así se podrán quedar por el resto de la eternidad: no necesito cuadros y de las dos ollas una me sobra, y la cuchara. Durante los meses que en ese apartamento viví sólo comí spaghetti, con sal claro, aunque a veces ni eso, preludiando lo que después sería la gran revolución en Colombia: la de no comer. Allá los pobres no comen por pobres; los ricos por desidia de cocinar. Hacen bien: pese a tanta quejumbtería de demagogos el ser humano requiere poco para vivir. Más son desechos.

En cuanto al Centro Experimental, no sirve; desde el primer día lo vi. Alumnos y profesores allí son unos sabios necios, unos intelectuales, «intellettuali», palabra inocente del latín que Italia pervirtió aplicándola a esa raza maldita. Pero lo máximo de la acepción es el profesor Petrini, «di regia», director de cine desahuciado. Llega, entra, se sienta, saca la pipa de la suficiencia humana, la enciende y nos echa encima una humareda capaz de ahogar a un rebaño de cabras sanas. Borracho en el humo de su pipa entiendo que si alguna cosa no aprenderé allí con él, con nadie, es el oficio del cine. El cine, creo yo, se aprende viéndolo hacer; si la vida no le da a uno esa oportunidad, pues lo aprende uno

solo, a la diablo, haciéndolo. Yo al Centro Experimental no le debo ni el mínimo conocimiento de saber siquiera que si un personaje sale corriendo en una toma por la derecha en la siguiente tiene que entrar por la izquierda, porque si entra por la derecha se devuelve.

Una mañana de mediados del invierno, después de meses de amenazar, el profesor Petrini nos llevó a conocer la cámara, «la filmadora», como le dirían en Antioquia: ahí, por fin, estaba la Mitchell negra, pesada, voluminosa, en su carro, en su trono. Uno a uno, en devota fila, como de primera comunión, nos íbamos acercando a mirar por el visor. Llegado mi turno pego el ojo, miro y qué veo: nada, lo mismo, como si lo estuviera viendo a usted por un vidrio. ¿Y qué esperabas ver? ¿Una galaxia en expansión? No tanto, pero sí un poquito más de lo que me da la realidad, porque venir hasta aquí, hasta Roma para ver lo que ve el ojo, a mirar por ese hueco... Si al menos me hubieran puesto el gran angular o el teleobjetivo habría visto más ancho o más lejos... No, me pusieron el lente normal.

Lo que sí te diré, Bruja, niña, tras el agua que ha corrido, tras la arena que ha pasado, viendo las cosas desde aquí contigo como fuera del mundo, como fuera del tiempo, es que esa película que yo quería hacer sobre Colombia, a la medida suya, mía, nuestra, de un gran fracaso, era un proyecto desorbitado. Meter un país entero en hora y media ¿no se te hace una hazaña de prestidigitador? Mañana cuando tú no estés el prestidigitador se desaparece. Por lo pronto Nube no es una perra callejera: tiene dueño: la dueña de la mercería cruzando el parque, cosa que me tranquiliza porque así no tengo que recoger a la pobre. ¿Se imaginan a una Nube blanca con una Bruja negra bajo el mismo techo? ¡Quién las pone en paz! ¿Octavio Paz? La dueña atiende ahora su negocio de hilos, cintas, encajes y botones. Nube, que por excepción está hoy con ella (su vocación es la aventura, la calle), al verme se salta por sobre el mostrador para venir a saludarme.

—¿Es suya la perrita? —le pregunto a la señora.

—Sí —contesta—, gracias a Dios.

Tres veces van con la de anoche que sueño con el poeta Paz, especies de pesadillas. Las dos primeras las he olvidado; la última me levanto bañado en sudor a anotarla. ¿Para qué? se me dirá. A ver si en alguna encrucijada de esos sueños encuentro la clave de mí mismo. El pobre poeta Paz, ya viejo y traquetiado y lleno de agua, va por una carretera sombría, bajo un cielo de ceniza, hacia la próxima curva empujando una carretilla.

—¿Adónde vas, Octavio? —le pregunto—. ¿Qué llevas en esa carreta?

Hombre de mal talante y cansado de todo y todos no me responde. Y no sé para qué pregunto si ya lo sé: en la próxima curva empieza la muerte y acaba la fiesta. En cuanto a la carretilla, lleva versos: una carretada de versos. Al dejar este mundo tan contaminado quiere vaciarlos en el

basurero de la eternidad. No es para tanto, hombre, a lo mejor sirven de abono. No. Que lo que no ha de conservar el recuerdo que se pierda.

Y ahora sí, por fin, abuela, se llegó el día en que te voy a escribir: una carta larga larga como discurso de presidente o pastoral de obispo para contarte cosas, mil cosas que no conocés. Para empezar, lo del tiempo; el tiempo arrevesado de aquí que cada tres meses cambia, sin ton ni són. Ya se fue la primavera, ya se acabó el verano, ya se acabó el otoño y se nos vino el invierno encima con su frío del demonio. Se vino de sopetón, tres días antes de lo esperado. Y claro, como aquí son tan organizados, como no saben improvisar, tres días estuvimos sin calefacción. Bajar el suiche de la calefacción tres días antes de lo estipulado se les hace una locura, un imposible, una inconcebible improvisación. Porque si aquí dicen a las cinco y cinco, a las cinco y cinco sale el tren. No como ese autoferro de Medellín a Bogotá en el país tuyo que siempre tiene su margen para salir y para llegar: de dos o tres o cuatro o cinco horas o días o semanas. No, aquí no, lo dicho hecho. Por eso lo del invierno nos extrañó, ese comportamiento de persona poco seria y racional. ¡Tres días sin calefacción, y deja días, noches! No se las deseo a mi peor enemigo (que ya murió). Y oye la primera noche, abuela, la del susto: ya me había acostado y me estaba durmiendo en el apartamentico caliente, pensando en vos, cuando ¡pum!, de repente, se vino el frío como se viene la muerte, tajante, sin transición: uno está vivo en este instante y en el que sigue no. Y yo sin colchas y sin cobijas y ni una sábana... ¿Sabes con qué me tapé? Con el colchón: me lo puse encima y quedé como sandwich entre el colchón y las tablas. Pero para qué te digo más si no me vas a entender, si vos el único frío que conocés, abuela, es el de Santo Domingo, una brisita ligerita que atiza el horno. Te vas a morir abuela sin saber lo que es el frío, como te me moriste sin saber lo que era el cine. Y el abuelo, a propósito, también, tampoco: ¿nunca vio una película? ¡Es de no poderse creer! Claro que vos viajaste en barco de vapor y rueda por el Magdalena, viendo caimanes... Me puse a reconfortarme pensando en vos y en ese viaje y en el calor de ese río... Remedio inútil. Se me estaban congelando los pensamientos. La cuarta noche, suavemente, rompió a entrar desde lo alto de las paredes un airecito caliente: la calefacción, el calor, abuela, la vida. Gracias a eso ahora te estoy escribiendo esta carta para decirte: ¡Qué bueno que no estés en Roma! Vos tan ingenua e inocente y provinciana y sin conocer el invierno, si el invierno no te mata de frío cuando llegue te mata de susto. A mí casi me mató.

El otoño es otra cosa. Las hojas se les caen a los árboles dejándolos como chamizas, como en pelota. Luego las hojas se esparcen por el suelo y forman una alfombra; me acuesto en ella, me duermo y me voy volando, la alfombra se va volando adonde la hicieron, a Bagdad o a Estambul o a Samarkanda. Me bajo en una ciudad de lapislázuli.

Por la avenida de árboles sin filtro ni sordina pasa la luz desnuda del otoño como un clarín; sobre el fondo gris clarito, apastelado, toquecitos de paleta como staccatos de violín: tantito rojo aquí, tantito amarillo

allá, para no gastar. El rojo es un paraguas de señora; el amarillo un impermeable de señor: porque va a llover. Estos paisajes del otoño se pintan solos. El cuadro es dizque «impresionista» y vale una fortuna. Con dos que me pinte, abuela, te compro un yate, con cabina de proyección. Y en alta mar, con mar picada y en función privada te paso una película, «El ladrón de Bagdad». Si no te gusta no te insisto más en esta historia del cine. ¿Y los pájaros? ¿Dónde se meten los pájaros? Eso sí no me lo preguntés, abuela, si hacen nidos en los árboles del otoño los hacen a la intemperie.

Pero qué te estoy contando, abuela, a vos que sos de la tierra de los cámbulos que también pierden sus hojas aunque inocentemente, para vestirse, recatados, de mil flores amarillas. ¡Ay abuela, qué lejos están los cámbulos, qué lejos los arrayanes, qué lejos las araucarias, qué lejos estás vos, qué lejos está Antioquia! Allá en el filo de la cordillera donde levantamos a Manizales, una avenida de araucarias silenciosas lleva al cementerio de san Esteban: las araucarias silenciosas nos llevan en ataúd.

Abuela: meses van que no nos vemos y ésta es la primera vez que te escribo, para decirte que en este pantano de corrupción tú eres la flor de la inocencia, que es todo inútil, y que la larga carta que te estoy debiendo pensándolo mejor mejor la rompo, mejor mañana bajo un cielo menos turbio te la escribo. Mañana, cuando vuelva la primavera...

La signora Emma, dueña de mi apartamento, no parece italiana; su pequeñez meticulosa, roñosa, burguesa me recuerda a Francia y su reverenda madre. Cada primer viernes de cada mes, como antaño solía ir a la iglesia a comulgar, voy a su casa a pagarle la renta. Para curarse en salud con los impuestos, por si un día le cae el fisco, le cae Hacienda, me extiende un recibo por la mitad. A cambio me da galleticas, galleticas crocantes que ella misma hace en su horno. «Crocantes» sí: craquean, crujen los dientes; duras como los panes que hacía Lía, veloces proyectiles contra los malos vecinos, piedras para descalabrar. En el apartamento oscuro de la signora Emma, oscuro y repleto de cuadritos y mesitas y sillitas y alfombritas y cajitas y burguesas chucherías, esas galleticas duras son como un rayito amable de luz, el toque de la locura. Por ellas y sólo por ellas no le aplico a la signora Emma la fórmula de los Borgia y con otras más suavécitas no la despeño en los infiernos como a cierta madame de París. Los panes duros me ablandan el corazón.

Estábamos en Roma diciendo que Antioquia ¿qué? Que el viento de la montaña susurra en las araucarias pulsándolas como cortinas de cascabeles. Las hojas de las araucarias son laminillas, crótalos, y no se quejan, se están burlando. A Antioquia la han desmembrado dividiéndola y subdividiéndola en provincias o departamentos como ella, los cuales como los hijos algo guardan de los padres pero siguen sus caminos, briznas que se lleva el viento. «¡Ay, ay!» dicen como plañideras las araucarias de san Esteban; no se burlan, se están quejando, lloran

por mí. Pobre signora Emma, aprendiz de panadera, una madame Bovary vieja. Emma con dos emmes, que es lo elegante.

—Prenda un'altra —me insiste ofreciéndome sus galleticas—, oppure due o tre, quante ne voglia, per portarle via.

Que me lleve varias de esas porquerías.

Rodando por la vida como monedita que cae de escalón en escalón bajo la escalinata Campo dei Fiori. ¿Cuándo me iré de Roma? ¿Cuándo volveré a Antioquia? ¿El otro miércoles? ¿El otro jueves? No programemos al destino que él se programa solo.

El profesor Montefiori, el de historia del cine, es de una gordura amable, saludable, asexual, inocente, provechosa. Nada en el mundo le interesa como no sea el cine, que le alimenta y le engorda. Para él la realidad entera cabe en una sala oscura donde pueda ver películas; películas gringas, griegas, egipcias, hindúes, chinas, francesas, inglesas, italianas... Pero no cien ni doscientas: miles, todas.

—¿Y ha visto usted, profesor, películas mexicanas?

Claro que sí. Y rompe en una enumeración vertiginosa de actores, directores, productores, de primera, de segunda, de tercera, de cuarta, de quinta, de ínfima... Es de no poderse creer. ¡De dónde ha sacado tanto tiempo para ver tanta basura! ¡Y dónde la almacena! ¿En la barriga? ¿En la cabeza? La cinemateca italiana las almacena en un sótano que está bajo el Centro Experimental, al cual está asignada, al cual pertenece: nos pertenece a nosotros y a nadie más; es una cinemateca sui generis, para veinte alumnos y cerrada al público. Con lo cual yo estoy de acuerdo; en este mundo de privilegios defienda usted los suyos que nosotros defendemos los nuestros. En fin, como profesor de historia del cine que digo que es, el profesor Montefiori queda ungido de paso, por derecho propio, divino, como rey de ese tesoro subterráneo. Sultán en su serrallo nomás tiene que pedir: hoy tráiganme ésta o aquélla, chasquea los dedos y al punto se la traen. Y haciéndosele la boca agua nos las presenta: ésta que nos vamos a echar hoy es Lilian Gish y esta otra Perla White. Y ordena apagar la luz.

—Pero dígame otra cosa, profesor: ¿no ha visto por casualidad alguna película colombiana?

Por un instante se quedó pensativo.

—No —me contestó compungido—. ¿Dónde las puedo ver?

Y se le iluminaron los ojos.

—En ningún lado —le respondo—, no las hay.

—¡Ah! —suspira con una tristeza de alivio.

El trencito a Cinecittà parte de una plaza cercana a la Stazione Termini. El nombre de la plaza lo olvidé, y con el nombre sus edificios, su forma, su tamaño. En cambio recuerdo al trencito y me recuerdo, anclados en un ángulo de la noche esperando pasajeros y el momento de partir. Ya pasajeros no hay, hombre, vámonos que son las once, las doce y esta ciudad ya está muerta, el desierto del amor está durmiendo. Arranca el trencito con indecisión, preguntándose si alguien más va a llegar, alguna otra alma desperdigada. ¡Quién va a llegar! ¡Nadie! Entonces acelera y luego embala, y montado en la velocidad y el traqueteo llega a la plaza dei Re di Roma, se la cruza de un suspiro, y girando no sé dónde, con riesgo de volcarse, toma la Via Tuscolana. Me deja donde se le antoja: a cinco o diez cuadras de donde le timbré. A pie como un fantasma pobretón regreso desandando sus pasos. No me quejo; me simpatiza este trencito caprichoso que nada tiene que ver con cuanto le rodea, que corre temerariamente y para donde se le da su gana. Un trencito irresponsable, colombiano. Me recuerda los buses de Medellín por esos barrios en falda apostando carreras. Si les fallan los frenos se van al barranco atestados de pasajeros pero a lo mejor rompen un record de control de la población. Así me gusta a mí, un imprevisto en cada esquina: o el amor o la fama o el dinero. O el puñal del atracador aunque sea.

Pero pase usted padre Lorenzo, prosígase a este su pobre apartamento mío, suyo, que se ilumina con su visita como la casa de mi tío Argemiro cuando su mujer invita a san Nicolás de Tolentino a que le traiga el mercado. Si bien no es exactamente mi caso, el nuestro, yo desconozco el prosaico interés. ¿Vino usted también en el trencito? Yo jamás lo tomo de día. De noche a veces, en las noches extraviadas en que voy a dar al barrio de la plaza Navona, a errar por esas calles, por horas y horas, buscando lo que no se me perdió. Regreso hacia las doce, cuando la negra hoja de la noche se dobla en dos refrendada con la firma de Satán. ¿No cree en él? Con ustedes los jesuitas no sabe uno a qué atenerse, hoy piensan muy avanzados, mañana muy atrasados. Son el demonio. Poseen una inmensa flota de barcos y sumados, en su conjunto, hacen al diablo. Pero bueno bueno bueno, no lo invito a hacerle reproches, tan sólo a platicar. ¡Pensar que viene a mi casa el ilustre Lorenzo Hervás y Panduro que sabe quinientas lenguas, sin contar dialectos ni el catalán! En cualquiera de las tres sillas siéntese. Y no le ofrezco nada de tomar porque ni el espíritu lo necesita ni aquí lo hay. Y dígame: ¿cómo encuentra a Roma? ¿Mal? ¿Muy cambiada? Mañana la encontrará peor. Es el irremediable destino del hombre, de las ciudades, cambiar, empeorar. ¿Y del español de hoy qué me dice? ¿Cómo le suena? ¿Como una jerga? Hablan hoy los loros a niveles y en jerigonza y aspiran a la presidencia. Fumistas son, rateros sabios: sabios en engañar al pueblo burra con tetas, vaca cornuda. Mas sin caer en arrebatos ¿dónde estamos? ¿Allá entonces en Roma, o aquí ante el escritorio negro? Va corrido medio siglo ¿y vuelve usted a visitarme? Es la fidelidad que desafía al tiempo. Pues una cosa sí le diré: al fin entiendo a los doctores. Esos lejanos doctores de Bogotá: su intento era

salvar lo más cambiando mínimamente lo menos. Lo más, o sea la intrincada red nerviosa que tramó la vida, los infinitos sentimientos, los recuerdos; lo menos, mi pequeño desvío hacia el abismo. Aquel extraño a sí mismo que iba haciéndose día a día más y más hasta que al final, en el gran naufragio, ya era de conformarse con salvar del ahogado el sombrero. A usted, padre Lorenzo, lo echaron con todos los jesuitas de España. A mí de Colombia no. O sea, bueno, sí, es un decir, paso a paso me empujaron a irme. Y ahora entre llama y llama sólo queda el irreconocible trazo de la firma en el revoltijo de la quema. Entonces tocaron a la puerta y salí a abrir: era mi amigo Enzo, del Centro Experimental, quien en la enormidad de Roma vivía cerca, ¿no era una coincidencia?

—Ma stai parlando spagnolo —me dijo.

Venía acompañado de un muchachito, su vecino. En los ojos de ambos viéndome solo, hoy, pero sólo hoy, no entonces, hoy advierto la compasión.

En los largos, vacíos meses que en ese apartamento viví tan sólo recibí dos visitas, las dos visitas sucesivas de ese atardecer. De siglo y medio atrás venía la una; la otra de la vuelta de la esquina. La de esta más cercana realidad, importuna, canceló a la primera, y el padre Hervás y Panduro tornó al olvido.

He vuelto a ver a los muchachos de la otra noche, los de la placita de la fontana de Trevi, en su bar de la rocola. Pero mañana, dentro de un año, dentro de dos, dentro de veinte cuando regrese, si regreso, si es verdad la leyenda de la fuente de que vuelve a Roma quien haciendo el voto de espaldas le tira una moneda y la fuente cumple su promesa y realizándose mi voto con el rodar del tiempo vuelvo, ¿entonces los encontraré? Claro que no. Si aún hay muchachos no serán los mismos, serán otros, la juventud que se renueva y pasa, ligera y bulliciosa como el agua de esa fuente. Los de mis noches ya no estarán. Ni el bar siquiera. ¿Por qué habría de perdurar el bar de Trevi si el Miami se quemó?

En la placita de Trevi, en el bar de la rocola, he vuelto a ver a los muchachos de la otra noche, reyezuelos de su pequeño reino del aquí y ahora. Infatuados, jactanciosos, ignorantes de cuanto les precede y les rodea y les sigue, ajenos en la inmensidad del tiempo a la vastedad del mundo, no saben que Cronos artero pasa y se los lleva a todos, revolviendo las innúmeras hojas bajo su cielo anchuroso. Es el milagro de la inconciencia de los seres que pueblan la tierra. Más allá del alto muro al que está adosada la fuente para estos muchachos no hay nada. La fuente bulliciosa cierra el universo con su telón de agua.

Años llevo repitiéndolo: el neorrealismo es una estafa. Eso de querer meter la realidad cotidiana en la sala oscura ¡a quién se le ocurre! si la vida es gris y el cine luminoso. Traición al gran principio de la epopeya y la novela, el de lo extraordinario, el neorrealismo acabó en el cine con

toda la magia. Sólo lo extraordinario se debe contar; lo demás por sabido sobra. ¿A quién le importa el viejito pensionado de la esquina o que te robaron la bicicleta? A ti y a él, tal vez; a mí no. Paso a paso por la senda errada de la realidad prosaica hemos venido a dar en esa mujer estrábica que anda por las películas de Antonioni pegada a las paredes, prófuga del psiquiatra. ¡Quién no! ¡Y esas tortuosidades de las Vagas Estrellas de la Osa Mayor de Visconti! Para ver incestos uno se queda en su casa...

Vibra el látigo del Zorro contra una talanquera o la cara de un malvado y su punta justiciera les saca chispas; alguna se salta de la pantalla y nos quema el fotograma: ¡Pum! Se expande fulminante el fogonazo y vuela todo al diablo. Rompiendo una línea entera de perforaciones el rollo se descarrila, justo cuando se descarrila el tren en el que viene el Zorro, yo, en el techo, luchando contra diez malditos. Se hace la oscuridad, se suelta el griterío y encienden la luz: estamos en el cine parroquial de la iglesia del Sufragio; una sala baja sin declive en que apretados cabrán quinientos niños y sueltos meten mil, mil demonios endemoniados ensordeciendo, correteando, saltando por entre las largas bancas de madera que ya no resisten una tromba más con tempestad. Persecuciones, gritos, carreras, todos se creen el Zorro y ninguno quiere morir:

—Yo te disparé primero.

—¡No! Fui yo.

En la cabina de proyección en tanto, allá adentro, en el pequeño recinto mágico, nunca se sabe qué está pasando. Quiero decir «no sabíamos», ahora ya lo sé: el proyccionista está encauzando el rollo descarrilado por los tortuosos aros del proyector, después de haberlo pegado por donde se rompió a la buena de Dios, con lo que encuentra, digamos con esparadrapo. Y claro, cuando vuelvan a pasar el rollo en otro cine parroquial se volverá a romper y volará la pega al carajo. Por lo pronto salimos ya del atrancón, con una pega de más y una parada de menos (faltan veinte), y otra vez apaguen la luz y a la pelea. ¿De dónde es esa talanquera que se salta el Zorro, el Zorro de antifaz negro y negro sombrero alón y zamarros negros, todo de negro en su caballo blanco? ¿De una hacienda de California? ¿O de Nuevo México? De donde sea. Del país mío, tuyo, suyo, de nadie, del reino de la aventura.

Veinte paradas por película digo y me quedo corto, veinte intermedios forzados y voy a explicar por qué. Hombre, porque cuando no se rompe el rollo por las perforaciones maltrechas o no lo queman desde la pantalla de un disparo es que el rollo se acabó, y como el cine parroquial de la iglesia del Sufragio sólo tiene un proyector y no dos, que es lo lógico, en ese único proyector hay que pasar los diez rollos de la película parando cada vez que se acaba uno para cambiarlo. Parose la función una vez más, y armose una vez más el acabose: los mil zorros en la sala disparándose en su pandemónium. Desmonta el proyccionista el rollo terminado y monta su paciencia el nuevo rollo.

Apaga por enésima vez la luz de la sala, se ilumina la pantalla y ¿qué? Que puso el rollo al revés y hay que volver a prender para volverlo a cambiar. ¡Qué importa! Así me gusta el cine a mí, como un placer diferido; como si bajaran a Don Juan del lecho de su pasión para volverlo a subir para volverlo a bajar, de la cama al suelo y del suelo a la cama en un interminable acto de amor con clímax postergado. Ítem más: como «El Látigo del Zorro» es una serie no acaba hoy, sigue el próximo domingo, tras una larga, eterna semana. Así, de episodio en episodio y de parada en parada, de esa crudelísima forma digna del refinamiento del psiquiatra vi «El Látigo del Zorro», «Marte invade la Tierra», «Flash Gordon» y aquellas series en que el protagonista no tenía nombre ni padres conocidos y era simplemente «el muchacho», o sea el héroe, yo.

—Entonces el muchacho se agarra a trancazos con los veinte bandidos que asaltaron el tren, pero como son tantos, muchos, y ya lo van a tirar al precipicio, se les escapa por el puentecito colgante. Cuando él va por la mitad, el jefe de ellos saca desde la orilla una caja de fósforos y le va quemando las cuerdas. El puente se inclina, se balancea. Chiquito, chiquitico se ve abajo un arroyito por entre unas piedras enormes. Entonces ¡pum!, por el lado que lo quemaron se suelta el puente.

¿Y qué más? Nada más, por hoy es todo, continúa la próxima semana.

Como cada semana, he ido al consulado a recoger la carta infaltable de mi casa. Hoy viene el sobre lleno, abultado, repleto, como nunca. ¿Qué tanto me dirán? ¿Qué buenas noticias me darán? No lo abro, me lo guardo para más tarde dejando la mano adentro en el bolsillo para irlo tocando no se me vaya a perder. Me despido del cónsul, dejo el consulado, bajo la escalera, cruzo el piazzale Flaminio, llego a la piazza del Popolo. Al llegar a la plaza mi frágil voluntad no resiste y abre el sobre. ¡Uy, cuántas cartas! De papi, de Lía, de la abuela, de mis hermanos. ¿Qué me escribirán? ¿Qué me contarán? ¿Que se han comprado una finca enorme con río? Pero empiezo a leer y a no entender. O sí, que algo malo ha ocurrido, que algo me quieren decir sin podérmelo decir, que son rodeos. Iba leyendo, cayendo, línea por línea cayendo arrastrado por el vértigo de las palabras. Lo que todos con rodeos me querían decir era lo evidente, que entre tantas cartas faltaba una, la del abuelo, que se iba a quedar faltando para siempre porque jamás me la iba a escribir porque el abuelo se murió: en un hospital, no en Santa Anita, pero rodeado de sus hijos y sus nietos, plácido, tranquilo como vivió se fue a la paz de Dios... La enormidad del hecho no me cabía en la cabeza. ¿Cómo me iba a caber si el día había amanecido igual, como otros días, si transcurría bajo el mismo sol por las mismas calles, si rodaban los buses y los carros, si caminaban los transeúntes, si repicaban las campanas, si volaban las palomas... De súbito una imagen prodigiosa fue ascendiendo del olvido, una lejana impresión que negaba al mundo, que desafiaba al tiempo: mi abuelo en el comedor de Santa Anita en su silla, a la cabecera de la mesa, bajo el reloj del caballito. El reloj da las once. La brisa juguetona corretea por el comedor, por el corredor, por los cuartos metiéndose hasta los últimos rincones del

alma. Es la felicidad y yo sé de dónde viene: de la alta montaña en pico que preside el valle sopla inmensa, desmesurada; sopla y arrastra por el cielo azul los globos voladores de papel de china, rojos, verdes, azules, encendidos, con formas de rombos o de cruces, sobre Itagüí, sobre Caldas, sobre San Antonio, sobre Envigado, pueblos que serán ciudades. No, no serán, el reloj se ha detenido. Once campanadas sonaron y se le detuvo el péndulo. Ya no soplará más la brisa, se nos ha parado el corazón.

Los repetidos llamados a la puerta repercutían en la oscuridad y la conciencia como en el fondo de un pozo. Por un instante dejaron de llamar; luego una llave giró en la cerradura y abrieron. La estancada luz del pasillo se puso en marcha y entró acompañando a una silueta. Cruzando el apartamento fueron hasta la ventana a abrirla, la única ventana. Subió de golpe la ruidosa persiana de madera y sacándome del remanso de la oscuridad la luz del exterior entró chirriando. El tiempo entonces me arrastró nuevamente en su vértigo.

—Sei malato? Vuoi un dottore? —me preguntaba la mujer.

La sed y la fiebre me ardían la cara. La mujer fue a la cocina por agua, a traérmela en un casco vacío de vino, lo que encontró: la signora Emma, la patrona, la dueña del apartamento, el mío, el suyo, en Roma, al final de la Via Tuscolana, disculpándose, ¿por qué?

—Perchè?

Por entrar así a un apartamento que no era suyo sino mío puesto que me lo había rentado. Es que pensó que algo grave pudo haberme ocurrido. Como yo era tan puntual, como hacía una semana que el mes se había vencido, como había llamado y nadie contestaba... Por eso había osado abrir con su llave... Sus palabras, sus disculpas ascendían dificultosamente del letargo como desde el fondo de un pantano, abriéndose paso hasta la superficie, la comprensión. Como yo no había ido a pagarle venía ella a cobrarme, eso era todo, inspeccionando sus ojos voraces las paredes, los muebles, los techos, el piso... Nada, todo igual, todo intacto, el apartamento tal como me lo entregó el día que me lo rentó, sin una huella de mi paso. Sus ojos se suavizaron. Entonces el espectro se levantó, me levanté de la cama y fui a la silla donde días atrás ¿cuántos? había dejado la chaqueta, a urgar en la billetera; desdoblé los anchos, enormes billetes de diez mil liras que poco más valían y que se tenían que guardar doblados y se los tendí para que se cobrara: yo había olvidado los días y las cifras, el monto de la renta...

—Devi andare al dottore —insistía dándome el cambio.

Cuando la patrona se marchó y volví a estar solo mi abuelo había muerto definitivamente. Según la única, mísera, fórmula posible de los vivos con los muertos lo había enterrado en el olvido. Jamás lo volví a recordar. Ahora mientras escribo, mientras me traiciono a mí mismo, en el ruidoso golpeteo de la máquina, como una sombra silenciosa se cuela

tenuemente su recuerdo. Es inútil. Pese a los años transcurridos aún no lo puedo mirar de frente. Lo rechazo.

Con la inocencia despreocupada del que cree saber todo lo de la vida ignorando todo lo de la muerte abrí el sobre y empecé a leer las cartas. ¡Qué iba a imaginar que unas simples hojas de papel pudieran traer tanta desdicha! Eran también las once y también una mañana pero muy lejos de mi niñez, de la felicidad, de Santa Anita, en Roma. Sin el llanto liberador, sin un sollozo, huyendo de la luz, del día ajeno, yendo y volviendo el dolor, replegándose, ahogándome en olas me fui alejando de la plaza para ir a hundirme en la oscuridad del apartamento.

De hoja en hoja se me ha ido pasando el libro sin darme cuenta y he llegado adonde tú estabas, abuelo, cuando te fuiste, a la vejez con la lenta prisa del tiempo. Y a menos que cambie de opinión cuando salga el sol y se aclare el día, una cosa sí te diré, que a juzgar por la tuya y por la mía la vida es un desastre. La tuya inútil y ciega, la mía inútil y clara.

Me acerqué a darle de comer al perro y descubrí con horror que no podía comer: ¡El Güero no tenía dientes! Bajo las pelusas y los flecos, la piel invadida de llagas, sin poderse mover, echado allí en el pasto entre una nube de moscas y las flores del parque, como el último de los viejos decrepitos. Vívida volví a vivir la plaza y la lejana mañana, a leer las cartas y a enterarme de tu muerte. Como si el ayer fuera el ahora y lo del perro el eco de otro dolor... Hombre abuelo, en mi modesta opinión viviste de cabo a rabo equivocado. Buen hijo, buen padre, buen esposo, buen hermano, buen abuelo, toda tu bondad ante tu error, el pecado esencial, queda valiendo un pepino: pasaste por la vida perpetuándola, prodigándola, decidiendo por otros sin consultar, sin la mínima consideración por mí ni los que vinieran, y cosa que en extremo me molesta, sin la mínima originalidad, como un pobre eslabón más en la cadena ciega. Por eso estás muy bien donde ahora estás, en el cielo de los tontos tras el limbo del olvido.

Como en estos últimos tiempos, hoy Nube no anda sola, la acompaña su dueña. Me ve de lejos, se le suelta y corre con riesgo de su vida por entre los carros cruzando calles para venir a saludarme, a saludarnos, Bruja viene conmigo (Bruja y ella son amigas aunque sin mayor devoción).

—Nubecita, no te atravieses así, sin mirar las calles, que un día te va a matar un camión.

Es de no creerse la felicidad que le causa verme. Agitada llega tras ella la dueña, la de la mercería, una señora humilde camino a vieja, sin edad conocida.

—No puedo con esta Nube —dice—, es el mismísimo diablo, la travesura. Ni año y medio tiene y ya tuvo niños, es mamá.

—¡Cómo que ya es mamá!

Contrario como soy a la manía reproductora me doy a amonestarla, a aconsejarla:

—Señora, mire, ya hay demasiados perros en este mundo y gente, no caben más. No vuelva a cruzar a esta muchacha.

—Si no es cosa mía —dice—, en un descuido se me escapa por entre las rejas del portón.

—¿Y cuántos niños tuvo?

—Tuvo diez.

—¿Diez? ¡Carajo, no se midió! ¿Y qué los hizo?

—¿Quién?

—Usted.

—Dos se murieron, regalé dos y el resto andan por ahí.

Ese «por ahí» ya me dañó el día.

—¡Pero es una irresponsabilidad! ¡Dónde van a dormir, qué van a comer!

Eso a ella no le inquieta: se ocupa la Providencia. ¡A dos siglos del siglo de las luces y en el que parte el átomo y contando con la Providencia!

—¡Cuál Providencia, señora! Vaya y mire al Güero del parque a ver si la tal se ocupa, ¿no lo ha visto?

No, no lo ha visto, no sabe cómo está.

—Pues con reuma y llagas por todo el cuerpo y se le cayeron los dientes, y durmiendo a la intemperie bajo el cielo estrellado y el frío y la lluvia. (El cielo estrellado es un antiguo decir: el smog.) De vez en cuando voy a llevarle carne molida para que se la trague. Yo seré entonces la Divina Providencia...

—No, la Divina Providencia está allá arriba.

Y señala el techo de smog.

—Pues a ver si me da la dirección exacta para pasarle la cuenta. ¡Adiós Nubecita linda! Y usted señora no vuelva a dejar salir esta perra sola.

Y sigo con la Bruja camino al parque a llevarme tamaña sorpresa.

—¡Bruja! ¡Bruja! —gritan de lejos y nos volvemos a ver quién llama.

Una perrita negra, gran danés pasa corriendo. ¿Y ésta quién es? ¿Otra Bruja? Sí, otra Bruja. Y ese que viene atrás, tras ella, es el amo, el dueño, un cualquiera.

—¡Cómo! ¿También se llama Bruja?

—Sí —contesta él.

—¿Y qué edad tiene?

—Diez meses.

Bueno, pues si su Bruja tiene diez meses y la mía cuatro años (sin contar el uno y medio que le quito), la mía es la que tiene la prioridad, es la auténtica: ella es el verdadero papa, el otro es un impostor. Bruja la nueva es esbelta, graciosa ¡y claro que me halaga que haya otra Bruja! no lo tomo a plagio: lo tomo como imitación de homenaje. ¡Pero no se pueden comparar! ¡Cuándo la dignidad de la primera, esa estampa, ese porte, esa mirada de inteligencia, su inteligencia, su comprensión! Y las orejas bien cortadas, erguidas, alerta, y la mariposita blanca en el pecho, timbre de nobleza que le viene del Más Allá, de su Dios, nuestro Dios, el Chamuco. ¡No, ni se pueden comparar! Nunca segundas partes fueron buenas.

Pero después de tanta interrupción ¿dónde íbamos? Ibas en el puente colgante que se desprendió por donde lo quemaron. Ah sí, en el puente colgante, en suspenso, suspendido, agarrado de sus cuerdas para no caer: voy a dar a ras del agua casi a estrellarme contra las rocas de la barranca. ¡Qué va! Amortiguo el golpe con las botas y reboto como con un resorte y me balanceo. Entonces de arriba, de la otra orilla, que me mandan una andanada de balas. Puro escándalo, balas perdidas que llueven sobre mojado, sobre el agua o contra las rocas salpicando, sacando chispas. Ni una me da, ¡sigan disparando malditos! Luego, simplemente, por el mismo puente por el que venía en sentido horizontal caminando, sigo en sentido vertical trepando, y sano y salvo, ileso, salgo a la orilla opuesta del precipicio como por una escalera. ¡Y sin una arruga en el pantalón y ni se me cayó el sombrero! Conmigo no pueden bandidos, ya me las pagarán, van a ver. Entonces ¡tas! otra vez se rompe el rollo.

Como Sísifo sube su roca que volverá a rodar para que la vuelva a subir, el proyccionista sin rostro del cine parroquial del Sufragio sigue en el único proyector montando y desmontando rollos. Desde la ventanita de la cabina de proyección por instantes, entre paradas, brota el inefable chorro de luz: a tumbos, a tropezones están pasando mi vida, mi película.

Cada vez que un rollo se rompe se le pierde un tramo. Alguien luego corta el tramo con unas tijeras dividiéndolo en sus fotogramas que

entran a la circulación con el nombre de «vistas»: los niños las juegan y las coleccionan; alineadas, simétricas, las van pegando en hileras en las hojas perforadas de un cuaderno. Las vistas se miran a trasluz y contienen toda la maravilla escondida de este mediocre universo. Ve usted, por ejemplo, en ellas, en espléndido close-up a María Móntez, la de «El ladrón de Bagdad», con los labios pintados de rouge, a todo color. O en medium shot, en blanco y negro, ve al Corsario Negro. O una pelea de pistoleros en una cantina, en long shot. (Las más preciadas son los close-up o primeros planos, que se llaman «cuadros».) Maravillada va la mirada de vista en vista pasándoles revista. Es el desfile de las maravillas inmóviles que solas, motu proprio echan a andar, a veinticuatro cuadros por segundo, en su cabeza. ¡Miren en la cantina tras la pelea cómo quedan humeando las pistolas! De repente, sin decir agua va, de sopetón, una escena de película para mayores de veintiuno que se coló, prohibida: bañándose ella tras las gasas azulinas por entre las que se le alcanzan a ver las tetas. O esta otra, espléndida, para matar de shock nervioso a un salesiano: ¡Tongolele en pelota!

Las vistas se juegan así: desde el borde de una mesa o del alféizar de una ventana se van tirando al suelo: yo tiro una, usted tira otra, yo tiro otra y usted otra: la que monte sobre alguna de las que hay caídas gana: gano yo, recojo y me las llevo todas. Luego las selecciono ¡y a pegarlas en el cuaderno! De niño en niño van las vistas por mi barrio, los inmóviles fotogramas que mueven la imaginación. Sí, todos los caminos llevan al cine. Por uno de ellos, de paso, fui a dar a Roma...

¡Y a empacar que nos vamos! Vendimos la casa de la calle del Perú y nos mudamos a un barrio nuevo. Adiós barrio de Boston, adiós parque cuarteado. Adiós colegio salesiano, adiós curas maricas, adiós iglesia del Sufragio. Adiós casa donde nací, adiós casas con alacranes. Barrio viejo, idiota, adiós. ¡Y a empacar! ¿Pero a empacar dije? No: ¡a quemar! Aprovechando que Lía se ha ido a misa a rogar por nosotros, en el ancho patio que antes fue solar y que tuvo un naranjo y una enorme piscina encendemos una hoguera. No íbamos a empezar una vida nueva con muebles viejos. ¡Y a quemar basura! Tras de juicios sumarios (cinco fiscales rabiosos y ni un defensor), he aquí en ralenti lo que se va a la hoguera: se va, para empezar, el Corazón de Jesús que estaba entronizado en la sala. Y el cristo viejo. Y quemado el crucificado, una cama despanzurrada, una bacinica desportillada, un colchón orinado, y ollas perforadas, sartenes abolladas, cazuelas sin mango, sillas cojas. Y la ropa de Lía que se pasó de moda, o sea toda: ese vestido negro, largo de ceremonias con moño verde atrás y sin mangas más los guantes del mismo y los sombreros de velo, pasados, anticuados, ridículos, y el abrigo de visión (de «visón», bruto) basura, todo basura. ¡A la hoguera! Años llevaba Lía acumulando basura: desde que el mundo es mundo, desde que nací. Carritos viejos, zapatos viejos, baúles viejos, juguetes viejos y libros viejos iban cayendo a la hoguera: una geografía de Colombia dividida en diez departamentos, una vida del Libertador, unas memorias de la gobernación de Antioquia, una monografía del municipio de Envigado... ¡A la hoguera! ¡Todo a la hoguera!

En ese furor inquisitorial subimos al llamado zarzo: un desván sobre el baño. ¡De no poderse creer! ¡Cuánto mueble inservible! ¡Cuánta baratija inútil! ¡Cuánto cachivache antiguo! Una vitrola, una cajita de mentolín, una botella de gaseosas Freskola, otra de refrescos Vinol, una linterna, un reverbero, un maromero, un candil, una cajetilla de cigarrillos Pielroja, la primera, de cuando empezaron a fumar los indios, y los fósforos El Rey y un almanaque del año de la canica, un trompo, una canica, un librito de primera comunión, una estampita de la Virgen con una cuenta atrás del abuelo y discos rotos, mesas quebradas, marcos de espejo, trastes, trastes, trastes... Por eso la mudanza aquí se llama «el trasteo»: yo la llamo el incendio. ¡Cuántas vejeces! ¿No estará entre tantas la lámpara de Aladino, que nos haga el milagro? Entonces, entonces, revolviendo, lanzando al aire, tirando de arriba abajo basura, descombrando el basurero cayó en el piso el cuaderno. ¡El cuaderno de las vistas! Del piso de baldosa roja lo recogí, como quien recoge su infancia. ¿Y esa firma? Una firma sobre la tapa, la mía, la primera firma. Conque ése soy yo, fui yo, esa letra... Y no me reconocí. Del zarzo que contenía el registro arqueológico de la familia había caído una maravilla, la lámpara de Aladino. Era el cuaderno, en efecto, la lámpara de Aladino, la que toda esta ciencia inútil y pretenciosa jamás inventará, la máquina del tiempo que vuelve al pasado. Hojeando sus páginas camino al patio, a la hoguera, revisando el ayer, volví atrás por un instante, a la plenitud de la infancia, a la armonía interior. Eso cuyo centro está en el medio y en la periferia y en todas partes y que nada disturba, la esfera translúcida. María Móntez... el Technicolor... Años habían corrido y seguían vívidos sus colores, sus verdes, sus rojos, sus azules, encendidos, brillando contra la luz. Lancé el cuaderno a la hoguera y explotó en fuegos de artificio. Era la nitrocelulosa del soporte de las viejas películas, pariente de la dinamita. Como una pila de navidad de mi tierra, como un castillo de juegos pirotécnicos se iba María Móntez en una lluvia de chispas de colores. Voy a detener un instante el proyector con riesgo de que se queme el fotograma. ¿Están en él Sabú y María Móntez, están en esa vista? Así es pero se están quemando. Se me está yendo la niñez en un fotograma inmóvil que se quema. Vamos al cine, abuela, a la feria de las maravillas. Y si me acompañas esta noche al «Ladrón de Bagdad», te prometo rezarme contigo tres rosarios.

Adentro cantan canciones napolitanas; afuera cae la noche del verano sobre la ciudad y el río. Seremos treinta o más pues hemos tenido que juntar varias mesas: se marcha el cónsul a Amsterdam y en una trattoria del Trastevere nos hemos reunido a despedirlo. Se marcha, lo trasladan, y nombran en su reemplazo a una señora de Zawadzky que permanecerá en el cargo, años, décadas, tan larga eternidad que volverá a cruzarse un día por mi vida: a fuerza, en algún giro de la tierra. ¿Pero qué importancia tiene este asunto, y que se vaya o no se vaya el cónsul y su reemplazo? Ninguna. Jirones de recuerdos como nubes desfleadas en un paisaje inútil de brumas. Con acordeón y violín y bajo y esa alegría profesional, sonrisas de fachada sin nada al fondo, pasan cantando los músicos, pasan por entre las mesas. Pasan y yo les paso revista y a los asistentes de la despedida. Y no logro recobrar a

ninguno. Ni un solo rostro. La cena se termina, traen la cuenta, se acaba el vino, pagamos y salimos a la noche cálida, imprecisa. Una hoja cae sobre la superficie revuelta del río y el río se la lleva. Bien podría llevarme a mí...

Es de llorar la imprecisión de este recuerdo, la persistencia de este olvido. Gide hubiera anotado la noche en su diario salvándola para la humanidad, para su memoria. Como si la humanidad tuviese memoria. Es que este viejo necio, tacaño, mezquino, que a los niñitos árabes de Argelia les paga con moneditas de cobre, no quiere dejarle de su precisa vida un instante, pero ni un solo instante al olvido. Por eso anota cuanto ve, cuanto lee, cuanto piensa, cuanto le pasa por su sucia cabeza como cosa que le incumbiera al mundo. Y anda mal, anda errado, a mí, sin ir más lejos, ese recuento detallado de días, meses, años, instante por instante sin omitir un instante me da si acaso para unos minutos de chimenea. Hoja por hoja les voy dando a las llamas las hojas secas de ese diario, consecuentando al fuego. Lo que hizo, lo que dijo, lo que vio, lo que pensó al carajo, a la hoguera. Hombre de letras, el pequeño burgués gran hombre vivió para escribir, ¡y la literatura no es para tanto! Mi amigo Edmundo Báez, que se irá al cielo, escribe para vivir: para la televisión: folletines. Callada, humildemente los escribe. Bienaventurados los humildes porque de ellos será el reino de los cielos, que no existe. ¿O sí existe, padre Tomasino? Anoche en una trattoria del Trastevere estuvimos despidiendo al cónsul que se marcha.

Y yo también me voy. Me voy de Roma, me voy de Italia, me voy de Europa y le escribo a Mario, el niño de Limone, anunciándole mi partida. Pero antes de irme quisiera verte, volver a verte (darle una solución a lo de la otra noche que se quedó inconcluso entre tú y yo, en el tren de la Costa Azul a la Riviera, solos los dos en el vagón desierto y la oscuridad envolvente). ¿Pero una solución a qué? ¿Por qué? ¿Qué es lo que se quedó inconcluso? Y el paréntesis luminoso no lo escribo: sería tanto como arriesgarme a dejar mi carta sin respuesta, a un balde de agua de una vez por todas en la hoguera de la ilusión que lleva meses encendida. Así pues, dejo la carta escueta: puesto que me voy de Italia, y por el Piamonte, bien podría bajarme un instante del tren en Limone a saludarte. Y nada más, eso es todo.

Los que hemos hecho el curso de la vida en la calle de Junín quedamos condenados de por vida, sin remedio. No vemos otro fin, otra razón de esta historia necia que el amor, que le da sentido. Y si el amor no existe lo inventamos, como el padre Tomasino inventa a Dios.

—No es lo mismo —dice el padre.

—Sí es lo mismo —digo yo. Dios es como el amor: está dentro del que lo necesita.

—Dios no está adentro, está afuera.

—Yo afuera nunca lo he visto: si acaso lo presiento en usted. Y acuérdesese de la frase elemental de la sintaxis latina: «Credo Deum esse»: una principal y una subordinada. Yo estoy en la principal, en el «credo»; Dios en la subordinada. Y como usted bien sabe, padre, que tanto sabe latín, sin principal nunca hay subordinada. Ni hay amo sin criado ni rey sin esclavo y donde hay desierto hay espejismo. Así que saque la conclusión.

Enrojecido por la buena salud y la buena mesa y la falta de pecado y el esfuerzo de pensar, el padre Tomasino afirma tajante:

—Deum est.

Y yo:

—Eso cree usted.

Pero basta de filosofías que el padre Tomasino ya no está (como no sea en mi recuerdo está en la nada, en el cielo de la nada, cantándole las bienaventuranzas a la nada) y no voy a abusar del contrincante in absentia. Así que volvamos al primero y último objeto del negocio, al amor, inmanente razón de la calle Junín, intangible razón, intocable razón y mejor ni tocar no sea que el frágil vaso se rompa. Pocos días después de mi carta me contestó: que me estaba esperando, dicho en cuatro frases, con buena letra y sin faltas de ortografía.

—La letra es uno —decía mi amigo el sabio Posada, grafólogo, de Medellín, que ya murió.

Autor de un tratado de grafología escrito en su juventud pero que le dio cuerda hasta la vejez, polígrafo mas no calígrafo, el sabio tenía la letra torcida. Y si la letra es uno... Tomaba el famosísimo tratado sus ejemplos de presidentes, atracadores, fabuladores, secuestradores, prevaricadores, firmas, cartas y memoriales recolectados en la presidencia de la República, en la gobernación de Antioquia, en la cárcel de La Ladera, en el manicomio de Medellín: Que mire señor juez, que llevo tantos años en esta cárcel siendo inocente o estando sano... A mí una tarde, en el Metropol, viendo entrar y salir muchachos de los billares me analizó la firma.

—¿Y qué ves en ella, sabio? —le pregunté.

—Veo un loco.

Veía locos por todas partes pero el loco era él.

Pero bueno, en fin, doctor, lo que le quiero decir ahora es que si la letra es uno la del niño de Limone me sumía en un estado de excitación frenética, de frenesí. Iban mis ojos extraviados siguiendo el trazo de las letras, las letras, las viejas letras que heredamos de los latinos que

heredaron de los griegos que heredaron de los fenicios que las inventaron, las viejas letras eternamente renovadas. Y dócil a los giros de su mano la tinta impura sobre el papel blanco de la carta, la pureza de la carta, átomos, moléculas de las que estamos hechos todos, papel, sobre, estampillas, fetiches, materia vil.

Su respuesta decidió mi partida. Camisas, medias, pañuelos, pantalones iban entrando a la buena de Dios, a la diablo, en el maletín que había traído de Colombia. Tiré la puerta y corrí a la Stazioni Termini y llegando me devolví: adonde la signora Emma, que ya olvidaba, a pagarle, a evitarle un lugar común: para que no diga un día esta vieja pendeja que los colombianos somos ladrones.

—Ecco i soldi, signora, ed ecco la chiave e arrivederla.

—Vuole una ricevuta?

Y me extendió un recibo por la mitad. ¿Arrivederla, dije? ¡Cuándo la volveré a ver! Un helecho entre el rastrojo a la orilla del río, y el río se va. Adiós signora Emma y no me olvide como la olvido yo. Ah, y una cosa: de las dos emes de su nombre una le sobra. Quítesela que lo que sobra estorba. Saliendo de su burguesa casa que olía a col hervida y cebollas rompí el recibo y lo lancé a la calle, al aire, al viento, al gran removedor de basura.

La Stazione Termini que es término es principio porque tren que llega se va. Ahora se va el mío rumbo al norte, hacia Limone, a hacer la ruta de la ilusión. Sale el oscuro tren por el binario trece un martes trece y lo tomo en marcha pasando debajo de una escalera. Así me voy de Roma, burlándome de los signos y sin despedirme de nadie, a la colombiana, aunque por falta de quién.

El viaje se me ha borrado. Recuerdo en cambio la pequeña estación de Limone risueña, florecida a mi llegada y el viejo teléfono desde el que le hablé (viejo ya entonces). Me dijo que lo esperara. Partió el tren en que llegué y me quedé solo en la estación desierta esperándolo, evocándolo, tratando sin conseguirlo de recuperar su imagen: simplemente la oscuridad del otro tren, el de la Costa Azul, se iluminaba. Fueron transcurriendo los instantes en la luz del día, de alucinada calma. Ni un pájaro, ni un tren, ni un pasajero, ni un solo movimiento. Al alcance de la vista y del recuerdo unas abruptas montañas nevadas pese al verano, blancas, sucias, silenciosas en su inmovilidad cercana. Entonces, al final del andén apareció sonriendo, irradiando en la luz del día y vino a mí como en el desierto deben de llegar los espejismos. O no, como ve Jacob venir al ángel por la escala de luz. Ay Alcides si estuvieras en este andén aquí conmigo, sobrio como yo estoy en el aquí y ahora sin probar ni una gota de licor desde hace meses para conjurar las visiones de esta vida, las violencias de esta vida.

—Ciao! —me saludó tendiéndome la mano.

A su contacto el ángel se materializó, se hizo corpóreo. Y con perdón del padre Tomasino y de su Santo Tomás y de Fray Luis y de San Juan y de Santa Teresa y monjas anexas, para mí la materia es lo principal; de la materia nace el espíritu, esa palomita blanca, tonta, que jamás se concentra y que se va volando, yo...

Paso a paso podría hacer la perversa crónica del reencuentro, reviviéndolo instante por instante hasta mi vuelta a esa estación, pasado un día. Lo resumo saltándome los pormenores, me invade la misma prisa de entonces por llegar a la noche. Se empeñó, primero que todo, en alojarme en su casa (en ese pueblo, además, no había hotel). Y segundo en llevarme, no bien me presentara a su familia, a almorzar: con ellos, a un restaurante, a veinte millas de Limone.

—No —protesté.

—Sí, ya está arreglado.

Me quitó el maletín de las manos y nos fuimos, él adelante y yo atrás, y en adelante hice sólo lo que él quiso, y él nada, por supuesto, de lo que quería yo.

Ahora vamos en el carrito alegre de la familia, con su familia, por la campiña calurosa del verano, hablando, hablando, hablando. ¿Que cómo es Colombia? Una maravilla, fíjese usted. Hace siempre el mismo clima, fresquecito, jamás este calor excesivo ni menos frío. Allá no se conoce el ventilador ni la chimenea y las palmeras dando cocos... ¡Cómo! ¿Pero las palmeras no son de tierra caliente? Sí pero sopla la brisa, la brisa fresca del mar. Y aparte de cocos ¿qué más comen? Hay de todo: piñas, naranjas, limones y las mismas papas que tienen ustedes y cosas que ni se imaginan, como lulos. ¿Lulos? ¿Qué son? Son unas frutas redondas, amarillas, así y asá, como bolas de oro que dan un jugo dulce, dulcísimo que no se puede describir, y menos traducir. Después los subo a las montañas y después los bajo a las blancas playas de arena suave, purísima, y acabado el tour del Caribe les hago el del Magdalena explayándome en sus playones donde dormitan caimanes con las fauces abiertas llenándolas de moscas, trabajando, en plena siesta (fiesta) de la naturaleza. Y el sistema político ¿cuál es? Una democracia pacífica. Cada quien respeta el derecho ajeno y la vida y la propiedad, esas amplias casonas en que vivimos de corredores inmensos, frescos, aireados (no los apartamenticos minúsculos, encerrados de aquí), más las fincas para los fines de semana y días de fiesta, es a saber: los feriados de la iglesia y los feriados del gobierno que se encadenan en puentes simples, dobles, triples y entre sí y con la Feria de las Flores y la Feria de La Candelaria y la Feria de Cali y la Feria de Manizales y los carnavales de la Costa y el desfile de los silleteros y las vacaciones de Semana Santa y las de mediados de año y las de diciembre que principian a principios de noviembre y acaban a finales de enero. Ah, y el día del trabajo... Entonces se puede decir que ustedes viven en el paraíso. Prácticamente sí.

Tal la conversación y tal el tono. El padre, la madre y la niña alelados, o discutiendo en mis pausas muy seriamente la posibilidad de irse a vivir a Colombia. ¿Y él? Él mirando por la ventanilla, pensando en Dios sabe qué. De cuando en cuando, en español, algo me decía que los demás no entendían:

—¿Ves esos silos?

Ahí guardaban esto y lo otro.

¡Y la comida, Alcides, la comida! ¡Si pudiera describirte la comida! Atún, abulón, anchoas, trufas, pimientos, ostiones, rollitos de jamón, empanaditas enrolladas, palmitos a la vinagreta, huevitos de codorniz, arenques ahumados, caviar, salmón, aceitunas y rabanitos y espárragos. Esto para empezar; y luego, para continuar, algo sencillo, pichones al jerez y pescado en salsa perla más la pasta, claro, gli spaghetti, i ravioli y pavo relleno con jamón Westfalia. Quesos surtidos, almendrados vieneses, pastel de ciruela y pasas, helado y café. Más el vino. Vino tras los aperitivos, vino con los entremeses, vino en los intermedios, vino con los platos fuertes, vinos tintos, blancos, rosados, espumosos, generosos. Un coñac para terminar y una crema de café para brindar por Colombia. El niño se emborrachó. Y el papá. Por primera vez. Y empezaron a discutir, por primera vez, a vomitarse rencores. Y yo, el extranjero neutral, de diplomático, a calmarlos.

El viaje de regreso fue el regreso de un entierro, como si volviéramos a Limone del cementerio, en un silencio lúgubre, pesado, en el calor abotagado del verano. Roto habíase la paz ancestral de esa familia y el culpable era yo. Yo, yo, yo. Yo que había venido a darles a oler a Colombia la borracha, que incita al vino. Si yo no hubiera venido, si yo no hubiera nacido... El sentido de culpa que heredé de nuestro padre Adán y que con esmerado amor cultivaron los salesianos se me exacerbaba. Viñas pasaban tras las ventanillas, serpientes tentadoras frente a los hijos de Eva por los campos del dios Baco y el papá culebriando, a punto de irse a las cunetas, a derecha, a izquierda, zigzagueando, sin hablar. El papá callado, la mamá callada, la niña callada, el niño callado y callado yo, yo el corruptor, yo el culpable. Y ese calor poniéndole tintes sombríos al mar de la resaca... Entonces, de repente, tras una curva, ocurrió el suceso más notable de mi estadía en Europa: como Lía en mi remota infancia, regresando nosotros de Santa Anita a Medellín en el viejo Ford destartado, como entonces ahora la mamá rompió a rezar el rosario:

—Los misterios que vamos a contemplar hoy son gozosos...

Ay señora, si hoy es martes serán dolorosos, y máxime con semejante borrachera... Lunes gozosos, martes dolorosos, miércoles gloriosos, en Medellín y en la Patagonia. Entramos a Limone cayendo el anochecer. Me acomodaron en el cuarto del niño, en la otra cama, la de la niña, que se fue a dormir con sus papás, y hasta mañana.

Cerró Mario la puerta, se desnudó, y poniéndose la pijama regresó a su cama. Yo me quedé sentado, inmóvil, vestido, en la mía, encomendándome a Satanás y a Dios: «Señor de Luz, Lucifer, o Dios padre nuestro Señor, ¡mi alma al que me lo traiga!» ¡Qué diablos iba a venir, qué me lo iban a traer, Satanás sirve para un carajo y el otro menos! Para acabar de llenar entonces la taza del desastre me levanté, di los tres pasos que nos separaban y llegué a su cama.

—No —dijo simplemente, pero era un no rotundo como la redondez del mundo.

Al amanecer, en silencio, me acompañó a la estación. Entró un tren estrepitoso y se detuvo. En las montañas de ayer la nieve se derretía. ¿Era un signo? ¿Algo me querían decir? Qué signo ni qué signo, nada quiere decir nada, la nieve simplemente se derretía por el calor del verano, no era que las montañas abruptas, las insensibles montañas estuvieran llorando por mí. Lunes gozosos, martes dolorosos, miércoles gloriosos, los misterios que vamos a contemplar hoy son gloriosos. Si hoy son gloriosos nada entiendo... Entre un remolino de viajeros fui a tomar el tren.

—Ciao —me dijo—. Ci vediamo.

Pero ya sabíamos que no.

—¿Y eso?

—Hoy amanecí en Viena. Ya visité el Belvedere y ahora estoy en el Schönbrunn.

Es Lía que está sentada en su cama con la maquinita View Master, desayunando: salchichas grandes «vienesas», pan negro con mostaza y un jarro grande de cerveza, ella que nunca toma cerveza. Pasa una vista en la maquinita y come un pedazo de salchicha; otra y otro. Está haciendo el tour del palacio Schönbrunn, recorriendo sus salones principescos, mirando con gran cuidado en el piso reluciente donde pisa para no irse a resbalar.

—Andá poneme en el tocadiscos los «Cuentos de los Bosques de Viena».

—¿Y cómo te los vamos a poner si no los tenemos, y el tocadiscos se lo robaron?

—Entonces tocame en el piano el «Danubio Azul».

En la vieja vitrola (vieja, un pleonismo), a falta de los «Bosques de Viena» le poníamos la «Invitación a la Danza» de Weber, para darle un asidero a su ilusión. Ella feliz con esos viajes que se hace alrededor del mundo desde su cama con la maquinita View Master sin tener que pagar pasajes, ni taxi desde el aeropuerto, ni correr riesgos, ni pasar aduanas,

ni dar propinas, ni tomar hotel. Gratis, gratis, gratis. Tiene infinidad de rollitos: de Roma, de Pisa, de Florencia, de Venecia.

—¡Miren muchachos la torre inclinada de Pisa!

Y ahora que estoy en Pisa pensando en ella (que vuelvo a estar en Pisa, con el recuerdo, pensando en ella) veo que lo único que se me quedó de Pisa fue lo que vi en la maquinita View Master desde su cama, no la propia Pisa, la mismísima Pisa que tuve ante mis ojos, Pisa la de carne y hueso, la de la torre que inclina la gravedad. La torre, il campanile, que vi, que vuelvo a ver en el recuerdo, es la réplica tridimensional en la maquinita de la otra torre, la verdadera, en torno de la cual seguramente están volando ahora las abejas porque no sé por qué pero se me hace una vivienda de abejas, una colmena, un panal.

A esa torre se circunscriben mis recuerdos de Pisa. Y al Arno. Al Arno encajonado entre muelles y edificios —vetustos, solitarios palacios o edificios— en una imagen idéntica a la de la View Master, con el mismo encuadre, con el mismo ángulo, desde el mismo puente donde vuelvo a estar ahora viendo correr el río. ¡Lía, tenés razón! ¡Para qué venir tan lejos pudiendo ver esto desde tu cama sin aguantar tanto frío, ni tanto polvo, ni tanto viento, ni tanto calor!

Y como vi a Pisa vi a Florencia, vi a Venecia, vi a París, buscando por todas partes las vistas de la maquinita, las únicas que no cambian, que perduran, verdaderas. Cierro los ojos y allá adentro, en el fondo oscuro que retiene las imágenes, tras el juguete de feria, veo desde la Tour Eiffel un París sin carros y sin franceses, maravilloso.

«Busco al perrito de raza tal con tales y tales señas, que responde al nombre tal, extraviado el día tal en el parque. Se dará recompensa». Y en los postes de la luz, en los muros, en los árboles se repite el anuncio apremiante. Ante uno de esos anuncios hoy me da un salto el corazón: se ha perdido la Bruja y angustiados la buscan. Siento como si en una de esas esquelas mortuorias que pegan en las paredes de Colombia, orladas de negro y fúnebre gusto leyera mi nombre y la invitación a mi entierro: «Don fulanito de tal murió en la paz del Señor. Su desolada familia invita al sepelio: a las tres, en el Cementerio Universal, Funeraria Rendón». A las tres, meridiano de la tarde cuando muere Cristo y se rasga el velo y se oscurece el sol. Eso está bien, y lo del Cementerio Universal también: donde en Medellín entierran a los suicidas y a los incrédulos. ¿Pero que la familia invita? ¡Cuál familia si a todos los enterré! Pero en fin, que invite quien quiera. A mí al susodicho entierro, al entierro por antonomasia, al entierro de los entierros me gustaría ir a doble título: adentro como protagonista; y afuera como espectador: libre, suelto, caminando, fuera del cajón ominoso, a espiar las reacciones, a oír los comentarios, a medir la prisa del olvido. Tanto sacarle el cuerpo al hueco el pobre para venir a dar al mismo sitio adonde damos todos, al lugar común de la manida muerte... La única forma de taparles la boca, de cortarles el chorro de las satisfacciones sería volarse uno con todo y casa cual polvorería antigua del antiguo

Medellín, sentado el santo sobre el barril de pólvora cobrándoselas de paso a los vecinos. Pero no, la Bruja no se ha perdido, viene conmigo, la que se perdió fue su émulo, Bruja segunda, la pobrecita, que jamás encontrarán. Jamás en esta ciudad gris donde se pierde todo, el presente, el pasado, el porvenir.

¿Serán los grillos y las cigarras? ¿O acaso el ruido interior que me contagió el poeta insolente? Me levanto y voy a la ventana. La abro. Arriba sobre la alta palma aletea el monstruo ciego, la noche de ceniza; abajo los faros de luz difusa iluminan el parque, los senderos de adoquín por donde transitan los fantasmas y mis oscuros terrores. La palma es una palma real, espigada y esbelta, como la que había en Santa Anita: van perdiendo las hojas por lo bajo pero las van renovando por lo alto, pugnando siempre por subir al cielo, día a día, más y más. Una noche en Santa Anita, desde el corredor delantero, elevamos un globo rojo, inmenso, de ochenta pliegos, en forma de cruz. Ya se iba el globo rojo de papel de china rumbo al cielo de diciembre, palpitando, con la candileja encendida, cuando por uno de sus brazos se enredó en los últimos penachos de la palma: se inclinó, dudó un instante y se incendió. La otra noche, abajo, en la soledad del parque, cerca a un seto florecido, sobre el prado se murió el perro Güero. Lo supe porque me despertó una punzada en el corazón. Mejor: por fin se te acabaron las perras cosas sin cuento que has sufrido. Te libraste cuando menos de las flores mentirosas y del frío del invierno. Cantan los grillos y las cigarras y cierro la ventana: vuelvo a la compasiva muerte del sueño pensando en Santa Anita y en su lejana palmera y en el cielo de diciembre donde por un instante brilló una cruz de fuego.

—Come si chiamano questi uccelli?

—I gabbiani.

—E il fiume?

—L'Adige.

Es el Adigio, el río de Verona que no se mueve. O por lo menos en mi recuerdo no se mueve: el río quieto de Parménides diría ahora, perenne, inalterable, sin cambiar como me gusta a mí, reverberando sobre su tersa superficie el sol, posándose suavemente sobre sus aguas inmóviles el recuerdo y las gaviotas. I gabbiani, las gaviotas... Como i fiori: en italiano en masculino, femenino en español, por manía de contradecir. Verona, Vicenza, Piacenza, Padua, ruta indecisa del recuerdo por los tortuosos caminos del olvido. En uno de los muros encalados del comedor de Santa Anita había un santo, un santo viejo, pelón, una vieja estampa en tonos de café, virados, marchitos, apagados: San Antonio de Padua. Y hoy ya no sé si estuve en Padua.

Esa vez me fui de Italia pensando que no volvería, que la fontana de Trevi no cumpliría su promesa. Si lo que Italia iba a darme me lo dio, ¿a qué había de volver? ¿A qué si del amor impetuoso de un principio sólo

quedaba un amor cansado? Ni siquiera me sellaron en el pasaporte la salida. Ni, cosa que más me asombra, la entrada en Francia. ¡Qué! En el país del inspector Maigret dejaban lo de Madame Arthur así como así, ¿impune, olvidado? Tal parecía pero es que no podía ser de otro modo, el fluoracetato de sodio había sido cuestión divina, no cosa mía: por la mano que se lo aplicó simplemente se expresaba la voluntad del Señor. Ay Bernardette, mon chou, où es-tu, ¿dónde estarás? Por los sótanos de París como un fantasma corretiando ratas, o asustando a los enamorados en el Bosque de Boloña. Haciendo el mal post mortem.

Una noche y un día viajé cruzando a Francia, sin bajarme del tren. Viajaba adormecido pensando en Bernardette, en los días que pasé en su hotel, dándome el viento en la cara por la ventanilla, limpiándome de recuerdos. A la hora de la gran verdad cuando me presente al juicio eterno, ¿dónde en el gran balance pondrán mi acto soberano? ¿Dónde, Bernardette? ¿En el debe? ¿O en el haber? Por lo pronto de este lado está Dunkerque, del otro Dover, y en el muelle de Dunkerque una multitud esperando. Horas llevan esperando, eternidades, el transbordador que cruza el canal. Con noche cerrada y un día de retraso llega el transbordador: justo cuando llego yo. Llegamos juntos como quien dice pero cada quien por su lado. La larga fila serpentea en infinitos aros sin que se le vea la cola, la punta de la cola; el principio sí, la cabeza, los madrugadores a los que Dios les ayuda y se han pasado el santo día entero en un infierno esperando. Y conteniendo su impaciencia una cuerda. La cuerda impide la entrada al barco y, dueño y señor de la larga espera, de los destinos, del tiempo, la vigila un muchachito de ojos verdes. Lo miro y me mira.

—Est-ce que je peux passer? —le pregunto.

—Oui, vous pouvez bien passer —me contesta.

Y ante la indignación multitudinaria que no lo puede creer levanta la cuerda y paso y subo la rampa y entro al barco antes que nadie. Instantes después, tras mis pasos, sube la infinita culebra girando sus estúpidos aros. ¿Buena señal, buen signo que el último sea el primero? ¡Claro! Está en los evangelios. ¿Y si es una trampa, trampa de arriba, si se hunde el barco? Si se hunde se hunde: al negro mar iré a dar y al negro infierno, ligero de equipaje. Si no hay naufragio mañana en Londres me compraré más ropa.

Partió el barco dejando en tierra a miles. Yo me instalé en cubierta a mirar. Una salada brisa aligeraba el verano. Mirando la quilla cortando las olas me di a pensar en Colombia, en la abuela, en mi regreso, en nada. ¿Y si no regresaba? Si en vez de seguir a Londres y de Londres a Holanda y de Holanda a Alemania a tomar el avión ¿volvía mañana en el mismo transbordador a Dunkerque, al muchachito del muelle? ¿Por qué me dejó pasar? Una y otra vez vuelvo a hacerme la pregunta en el curso de los años. Su solo acto de transgresión para mí redimía a Francia. Lo miro como entonces y me mira y el instante fugitivo se detiene y se hace eterno.

Pero los días se fueron yendo y se fueron yendo los años y jamás regresé a Dunkerque. Su muelle se fue quedando atrás, atrás, atrás, lo fue dejando el barco, el tren, el avión, el tiempo. Jamás regresé. Había pasado frente al amor y me seguí de largo. ¿Quién lo puede saber? A la que regresé en cambio fue a Colombia, que no es un país sino una condena. Cada vez que se me bifurca el camino tomo el camino errado. Ahora, desandando los caminos, retrocedo hasta la encrucijada del paso de Calais: torno a subir la rampa sintiendo unos ojos verdes mirándome alejándome. Ya se fue el barco. La quilla corta las olas removiendo un remolino de reflejos y oscuridades.

Va el tren oscuro y silencioso color sucio de hierro, de ceniza, con todos los asientos ocupados. Todos ocupados y sin embargo ni una palabra, ni una mirada que se cruce con otra mirada. Viajeros hieráticos. ¿Me he despeñado acaso por una hendidura del tiempo en otro tiempo, de otro planeta, de otra dimensión? No. Son ingleses. Y ahí donde usted los ve tan propios, tan circunspectos, tan callados van borrachos. Yo sé lo que les digo, yo los conozco, yo soy experto en humanidad. Borrachos pero callados, rumiando los pensamientos, con el pudor de existir. Así me gusta a mí. Lo que no me gusta y no quiero y no admito y no acepto y no apruebo y repruebo son estos niños de este bus de este país corretiando, chillando, aullando, existiendo, y sus papás. Ay señora, por favor, ¿cómo viene como viene, inflada, empanzurrada, embarazada en el alboroto con semejante cara de beatitud? ¿Qué hizo? ¿Qué le hicieron? ¿Qué se dejó hacer? Carajo, ¿no ve que ya no cabemos? ¿No ve que el bus va repleto, repleto hasta el espejo? Mírese a ver. Mírese en el vidrio a ver qué ve. ¿Qué ve? ¿No ve a la madre del hijo del chamuco, no se ve? Qué podemos esperar de semejante globo inflado de desvergüenza sino otro indio negro hijueputa que nos asesine, ¿o un gato? Desde aquí, desde este asiento de bus repleto de este país donde vivo de rabiosa furia perpetuadora, fervientemente le deseo que lo que sea sea con cola, con pelos en la frente, garras y hocico y orejas puntiagudas. Un mendigo me arruina un día. Una de estas perras preñadas dos o tres. Entre unas y otros tengo copado el año. Adiós mugre y oprobio, la peste de todo banquete, que me voy. Me vuelvo al tren oscuro y silencioso que me lleva a Londres por entre la noche y el condado de Kent. Sin haberme tomado ni una copa por contagio voy borracho, vislumbrando que el país a que llego ya lo conozco, ya lo he vivido, ya estuve ahí. ¿Cuándo? ¿En otra existencia tal vez, puesto que existe la transmigración de las almas? ¡Ojalá, qué va a existir! Estuve pero en las novelas de Dickens. Pues algo queda de su Inglaterra en la Inglaterra a que voy llegando, cierto color antiguo, indefinible, de miseria, de pobreza, de oscuros puertos con chimeneas, de multitud proletaria. Mañana, cuando amanezca, amanecerá el cielo cubierto de mugre, de tizne, de pavesas como para que lo limpie un deshollinador... ¡Qué va! Nada de eso. Amaneció radiante, el cielo más esplendoroso que hubiera visto. Bajo él, en él, el verde era el más verde y el azul el más azul. Jamás los había sentido tanto. Como cuando de niño me pusieron gafas: ¡Conque esto es el mundo! ¡Ajá!

El gualda, el bermejo, el escarlata, el púrpura, el carmín... Adentro, en la National Gallery, o afuera en la plaza de Trafalgar me invaden los colores. El lila, el violeta, el cobalto, el marino, el zafiro, el celeste, el turquesa, el añil. Todos los rojos, todos los azules, los verdes, los amarillos, los tonos todos del espectro marcando las horas bajo los cambios del cielo, o apagándose en las penumbras de eternidad del museo: una goleta incendiándose en la noche, flamígera, o un crepúsculo de naranja contra un cielo plumizo. Las luces de las diferentes horas bajo los diferentes cielos, los visos, la nuance, le sfumature, el matiz. Los tonos de la felicidad, vaya, diáfanos, vívidos. De súbito, en Londres, he descubierto los colores. Pudo haber sido en Medellín, en Roma, en París, o no haber sido nunca. Fue en Londres porque mi espíritu de contradicción no podía llegar a un mundo borrado bajo un cielo de ceniza. Amanece pues y se hace el espectro, abriéndose en arco iris o abanico de colores. Inmerso en ellos, viéndolos con ojos nuevos, con ojos limpios, descubriéndolos, redescubriéndolos voy a Picadilly Circus con paso ligero, flotando en la transparencia del aire, perdiéndome entre la multitud: hombres, niños, viejos, mujeres, camino todos de la muerte y de repente, entre el gentío, un muchacho, una belleza, como un diamante en un basurero. No hay otra razón para la humanidad: sólo ese brillo fugaz, el fulgor de la llama.

A estas alturas del relato permítaseme bajar un instante al orinal público de Piccadilly Circus a orinar. Bajan mis pasos inocentes la escalera y de improviso, de sopetón accedo a un templo del subsuelo. ¡Cómo! ¿Aquí? ¿En el centro de la metrópoli, en el cruce de los caminos, en el corazón del Imperio? Sí. Ahí. Uno de esos templos de culto secreto donde solía comulgar mi amigo Felipe, que ya murió. No lo podía creer. Ojos se me vienen encima como moscas. Yo no hago nada, no digo nada, no miro nada: siento la luz turbada, el desordenado ritmo de los corazones. En la penumbra ambigua, corroída por el orín, la luz clara e inocente que bajó conmigo por la escalera se enturbiaba. Serían seis o siete. Y él: él en un ángulo, alzándose hacia la bóveda húmeda de la cripta que resumaba, palpitando, ejerciendo sobre el mínimo mundo su tiránico imperio, el vigor portentoso del dios Príapo. La luz se quebraba en visos metálicos sobre el objeto desmesurado que se separaba de su dueño adquiriendo existencia propia, dejando de ser parte para volverse todo. Esto, en ontología y metafísica, padre Tomasino, ¿cómo se llama? Porque no es precisamente la transubstanciación de la divina forma... El hombrecito era insignificante, blancuzco, obtuso. Sus ojitos apagados al verme se avivaron, se encendieron, desde el pasado de los simios me sonrieron. Luego volvió a lo de antes, a la incongruencia de esos dedos de unas manos exiguas, minúsculas, que recorrían reverencialmente el objeto en su imposibilidad de abarcarlo. Egregio, colosal, oscilando la luz contra su inmovible dureza, imperturbable en la turbación de cuanto le rodeaba. Y a él regresaron las miradas, las moscas al tarro de la miel. Entonces en el silencio trémulo resonaron unos pasos bajando la escalera. Primero aparecieron las botas; luego los dos gendarmes, los policías, húsares de atuendo aparatoso, casco y penacho y brillos de cobre mirando sin ver, como si la cosa no fuera con ellos, como si cayeran de Marte. Venían a vigilar, a inspeccionar, a constatar que todo

estuviera en orden, que se respetara el juego, que no se fuera a violar a la niña vieja, la frágil, la delicada, la quisquillosa, la pública moral. ¡Quién diablos la iba a violar! Todo se movía dentro de lo permitido, conforme a la ley, todo, todos, el Pontífice Máximo y sus cocelebrantes, cada quien por su lado diciendo su misa. Miraron de soslayo a los recién llegados, como si nada, y siguieron en lo que estaban, y por donde vinieron los guardias se fueron. La cosa entonces no la entendí, ni en mi desconcierto la hubiera podido entender. Luego me lo explicaron: luego, andando el tiempo, en uno de tantos y tan distintos países donde oí hablar del gran señor de Piccadilly. Es a saber: que en los británicos reinos de su Majestad cada quien hace con lo suyo propio lo que se le antoja pero no con el prójimo, ¡o a rimar versos fúnebres a la cárcel de Reading!

Salgo del socavón a la calle, al bullicio bobalicón de la vida. En una calle curva de intenso tráfico, Regent Street, tomo un bus de dos pisos. Subo al segundo a mirar al mundo desde arriba. Y como vamos por la izquierda y no por la derecha, desde arriba y al revés. En este Londres que es ciudad zurda, si quieres ir para allá toma el bus para acá. ¡Qué esplendoroso viajar en segundo piso! Vuelvo a la infancia y voy en zancos. Extiendo la mano y arranco un limón de la copa del árbol. Y claro, me caigo. Había un limonar en Santa Anita que daba unos limones enormes, de cáscara dura, jugosos. Dura la cáscara como los de la costa amalfitana pero más jugosos... Haciéndoseme agua la boca miro a mis vecinos de asiento, a la británica, a la inglesa, sin mirar, ¡y a quién creen que veo! ¿A quién, a quiénes? Dos gentlemen flemáticos de bigote y pipa, como de antes, con prosopopeya antigua y todas las de la ley. ¡Carajo, ya los conozco! ¡El uno es Sherlock Holmes y el otro el doctor Watson! Vienen hablando de cierta familia Baskerville. Que no sé qué de un sabueso. ¿Y ese de más allá? ¿Hitler tal vez? Yes, indeed, ahí va, oculto porque a la vista de todo el mundo. How do you do, mister Hitler. Bajo del bus y por las calles del West End, antaño móvil oeste y ahora centro, me voy a Hyde Park, al verde de los prados, a oír gorriones y los locos perorando. Entre los sucesos comunes de la vida, cuando menos me lo espere, habré de sucumbir.

Aprovechando que tengo a mano los zancos, me subo en ellos y de tres zancadas vuelvo al pasado, a un arroyito de piedras blancas y de aguas diáfanas donde me estoy bañando. Nos estamos bañando. Nosotros que somos tres: mis dos hermanos y yo. Y ellas que también son tres, y tienen nuestras edades: siete, seis y cinco años, o uno menos o uno más, bajando de año en año la escalera de los años. Arriba de la escalera estamos Clara Estela y yo, los mayores. Pero ni ella ni yo ni ninguno sabemos nadar: chapoteamos como gallinas bañándose en la algarabía y el polvo.

Las implumes gallinas en el agua y en calzoncillos se bañan, si bien no en el arroyito exactamente porque nos arrastra: en uno de esos charcos que forma, donde cuenta hasta diez y se calma y deja de echar espumas de rabia, y en su quietud transparente, claro, nítido, verdoso se ve el fondo. Por el fondo culebrean las anguilas. No las agarra nadie. ¡Quién

va a agarrar el espíritu del agua! El espíritu es escurridizo y se nos escabulle por entre los dedos.

Los que nos estamos bañando, digo, somos niños, pero fíjese usted, nos sentimos viejos. ¡Claro! ¡Sabemos tantas cosas! Por ejemplo, que ahí va el káiser. En el fondo de limo y lama se entierra el káiser, un pez barbado de largos bigotes. Tampoco se puede agarrar. Ni la plenitud del momento. Se van.

¿Qué decía? ¿Dónde estaba? Decías que en el arroyito... Ah sí, que en el arroyito. ¿Pero el arroyito dónde está? Corre en las afueras de Medellín por el campo abierto. ¿Pero al norte, o al sur? Al norte es adonde voy ahora, en este oscuro tren de los suburbios de Londres, a buscar a Clara Estela. Años hace que no la veo, desde entonces, desde esa niñez nuestra, lejana, bulliciosa, que se baña en los charcos. Teniéndola tan cerca allá en Colombia no la volví a ver, la vida se me fue pasando, se me fue embrollando. Y ahora que vengo a Londres voy a buscarla. Así soy, así somos, no nos entiende nadie. Me dicen que hoy es toda una señora, que se ha casado, que tiene un niño. Yo no sé, yo no soy nada ni tengo nada: ni presente, ni pasado, ni porvenir. Bueno, pasado sí, así naufrague en un charco borroso. Voy pensando, divagando, de olvido en olvido recordando... Al norte de Medellín hay tres pueblos: Bello, Copacabana y Girardota. Al sur hay muchos: Caldas, Itagüí, Envigado, Sabaneta, La Estrella, que en las noches se encienden como estrellas, o mejor, como casitas de un pesebre, de un nacimiento, alumbradas con foquitos por dentro. Porque Antioquia, sepa usted, toda tiene luz eléctrica, sus cien pueblos, y cómo no si aquí lo que sobra es agua, caídas de agua, cascadas y más cascadas y más cascadas en un ruidero infernal desprendiéndose de las montañas con una furia tal capaz de mover una planta eléctrica capaz de alumbrar la tierra. Ya cuando corren por el llano se tornan mansos arroyos y dejan las carreras, y como señores mesurados forman señores charcos y en uno de ellos me estoy bañando aunque sin saber donde está, donde estaba.

En el viejo Ford, los domingos, con fiambre en portacomidas y apretados como en caja de sardinas, salíamos de Medellín de paseo, a conocer pueblos. Pueblos y pueblos y pueblos que en Antioquia hay cien, unos cerca, otros menos, otros lejos, otros muy lejos, como a cien kilómetros, como Marte o Júpiter, inalcanzables, a una barbaridad. E infaltablemente y sin excepción, pero ni una, y cuando digo ni una es ni una, a los ocho o diez kilómetros, llueva que truene el Forcito se varaba. Era un carrito viejo de viejas mañas muy arraigadas, y se hacía rogar y empujar.

—¡Dios mío —pedían las viejas—, que ande, que prenda, que arranque!

Y él que no:

—No.

Y de ese no no lo sacaba nadie.

Abrían entonces los señores su botellita de aguardiente y la tapa del motor. Y a auscultarlo, a revisarlo. Que era esto, que lo otro, que una bujía gastada, que tenía suelto un cable, que rota una manguera, que sucio el carburador. Y él:

—Entonces, ¿cómo me sacan así, animales, viejo y jodido y acalorado, a semejantes distancias y con semejantes carreteras? Ya no camino más.

Y a moverle cables y a apretarle tuercas y a ajustarle humores. Mientras entre aguardiente y aguardiente los señores se entregaban a conseqüentarse al enfermito, las señoras encendían una hoguera para calentar de comer. Y nosotros, en calzoncillos, al charco, al agua. A seguir las rutas fugaces, resbalosas de los peces, a esculcarles sus moradas y a robarles sus secretos.

—¿Sí te acordás, Clara Estela?

Claro que se acordaba. ¡Cómo olvidar!

Era un cuarto pequeñito, sin muebles casi y desordenado y el niño estaba en la cuna.

—Pasa a verlo.

Me acerqué, me incliné, y el niño alegremente me sonrió. La más fresca sonrisa que yo recuerde, la más alegre que yo haya visto. Toda para mí. Para el primer visitante que venía a conocerlo. Feliz él de estar en este mundo limpiecito, recién llegado y en pleno Londres, en el verano, con su paisano. ¿Pero paisano? Si este niño nació en Londres es inglés... Saqué al niño de la cuna y me di a pasearlo por el cuarto mirándola a ella, tratando de recordar, de recobrar en sus rasgos la niña. Sí, evidentemente era ella, su misma suavidad y dulzura. Pero si me la hubiera encontrado en la calle no la habría reconocido. ¿Y ella a mí? No se lo pregunté, ¡qué más da! Nos pusimos a hablar de Medellín, de Antioquia, de las familias. De pronto, sin pensarlo, me dio la noticia: que se había quemado el Miami, «tu café, tu cantina». Que se había quemado nadie mejor que yo lo sabía. Pero ¿«mi café, mi cantina»? ¿Cómo lo supo? Como una revelación, como un relámpago en noche cerrada iluminando el paisaje de súbito comprendí: descubrí que el mundo sabe de uno más de lo que uno cree. ¡De nuevo qué más da!

—Pero tu marido, ¿quién es, cómo se llama?

Hablamos de él. Me dijo que había venido a Londres a estudiar algo relacionado con las represas, y que no tardaba. Tenía un lejano apellido de Antioquia, de los textos de historia: Del Corral, que yo creía desaparecido de la vida. Pues no, aún persistía: sonriendo en mis brazos tenía al niño. Lo devolví a la cuna. La cuna... Una imagen pasó frente a mis ojos, como un pájaro de muerte, aleteando: estoy arrodillado ante el

altar de la iglesia del Sufragio y trazan sobre mi frente la cruz de ceniza:

—Recuerda que eres polvo y que en polvo te habrás de convertir.

¿Polvo? Polvo es mucho. Menos que eso. Somos nada, un espejismo de la nada. Partió la cuna feliz, como una barquita por el río de la vida. De pronto se cierra el cielo y entra en la tierra el ataúd. At-tabut, la caja o el arca.

Entonces llegó él. Nos saludamos con un abrazo como de hermanos. En el vértigo del instante, en ese país extranjero, sentí que tenía en común con él infinitas cosas, el largo pasado. Que nos habíamos bañado en los mismos ríos, y subido a los mismos árboles, y oído los mismos discos, y soñado los mismos sueños bajo los mismos cielos sobre las mismas montañas. Me tomó del brazo y dejando a Clara Estela y al niño salimos. Caminamos algunas calles y llegamos a un cementerio. Un cementerio viejo, de barriada, ruinoso, desmantelado, enyerbado, enmalezado, olvidado hasta de la propia muerte. Por entre tumbas y rastros me condujo hasta una tumba:

—¡Mira!

Una enorme cabeza de piedra y un nombre y sus fechas: «Carl Marx, 1818-1883». Y abajo una frase, en la losa de mármol, ahogada en la maleza: «Hasta ahora los filósofos han interpretado el mundo. Se trata en adelante de cambiarlo». ¿Pero por qué? ¿Para qué? ¿Con qué derecho? Volví la maleza a su sitio, a cubrir la consigna infame. El mundo que se quede como está. Si cambia es para mi mal. Que cambie solo. Hay en París, en el Père Lachaise, una tumba siempre florecida: la de Chopin. Le llevan flores los muchachos del Conservatorio. Pienso en ella por contraposición a la otra, la de Londres, de un sembrador de odios, que inadvertidamente visité: sin una flor, sin un cuidado, sin un recuerdo, trepando hasta su frase lapidaria y abrazándola la hiedra del olvido.

A Londres llegué en un tren, a una estación oscura de hindúes y maleteros, al amanecer. No sé en cambio ni cómo ni cuándo ni por dónde me marché. En la gratuidad de los caminos he llegado a Hamburgo, al barrio de Saint Paúli, y por bares y cabarets hago el recorrido de la noche buscando a nadie. Tiltan los anuncios luminosos de esa noche en esta feria de recuerdos. Atrás dejo a mi amiga de la infancia al final del viaje ocioso que acabo de repetir ahora reviviendo impresiones, recordando recuerdos (recuerdos de recuerdos), en su cuarto pequeñito de ese suburbio olvidado al que fui a conocer a su niño, una caja de sonrisas. A conocer digo, como en la vieja Antioquia: llevaban a los vecinos y familiares «a conocer» al nuevo niño. A conocerlo, como si fuera una catedral o las cataratas del Niágara. ¡Si todos los niños, hombre, son iguales! Tienen ojos, boca, nariz, orejas. Repetidos, simétricos, monstruosos. Después les salen los dientes para devorar al mundo.

Como me fui de Londres me voy de Hamburgo y llego a Amsterdam, rezando mi rosario de ciudades y olvidando al punto lo que recé. A Amsterdam, donde mi amigo don Gonzalo es el cónsul, me mandarán de Colombia un dinero para comprar una cámara. En tanto espero el dinero camino sin rumbo por esa ciudad de canales. Canales y tulipanes y putas en las vitrinas y maricas en los bares. Tienen una reina vieja. Vieja e inútil. Inútil y fea. Pero por lo menos no interviene, no aparece, no se ve.

Al azar de los canales voy a dar al de las susodichas vitrinas, y llamo a una sin pensar, y paso sin pensar. Están estas servidoras públicas, o señoritas entre comillas, o trabajadoras sociales como maniqués en sus vitrinas, envitrinadas, esperando, en ejercicio de su oficio antiguo y en estática exhibición. Ocultos por persianas, al fondo de las vitrinas tienen cuartitos con camas.

—¿Cuánto vale? —le pregunto al maniquí a través del vidrio, en español.

—Vale tanto —me contesta por el vidrio con los dedos, en idioma universal.

Saco cuentas: tres muchachos.

—Bueno.

Y paso con el maniquí.

Me abrió, pagué, pasé, cerró la puerta, bajó la persiana, y tirando al suelo la bata china quedó como nuestra madre Eva en el Edén. Tal cual. Con unas glándulas mamarias descomunales. Me ayudó a quitar los pantalones, me felicitó y me puso un condón. Y entonces, como una maromera en su «lit d'amour», tomó la posición más asombrosa que nunca hubiera podido imaginar. Yo el inocente, el admirador de la Magnani en «Obsesión» de Visconti. ¡Cómo! ¿Así? ¿No dizque en una playa con la ropa mojada y pegada al cuerpo, bramando el mar contra el cielo y tronando el cielo, extendidos en la arena en un abrazo tormentoso, fundiéndose él en ella y ella en él? No, así no. Era un mono, un mico, un simio, un chango. Mis ojos que tanto han visto no lo podían creer. Es que claro, una cosa es el cine con sus velos y sus sombras, y otra muy otra la realidad. La realidad no sabe de erotismos ni pudores: se quita los calzones y prende el foco pelón.

Pero bueno, superada esta primera impresión desastrosa, ¿qué sigue? ¿qué ocurrió? ¡Ay doctor si le dijera! ¡Ay doctor si le contara! Si estas pobres palabras más de este idioma clerical sirvieran para algo... Era el ajuste, doctor, la adecuación, el eco atávico, la aprobación del rebaño. Y todo según las normas, correctamente, sobradamente, a cabalidad. En el vértigo supremo me fui por el tobogán barranca abajo rumbo al pozo ciego del centro mismo del mundo.

Ya al ponerme los pantalones me empezó a entrar el pánico. Después de tanto lance de caballería, ¿Don Quijote vuelto pastor de ovejas? Si tras de todos ellos todas ellas, con ambidextra facilidad, ¿en qué cuarto insano iban a meter mi locura? Paso a paso me invadía el viejo terror de Epifanio, el de la casa grande. ¿De dieciséis? Sí doctor. ¿De quince? Sí doctor. ¿De trece? Sí doctor. ¿De doce? Sí señor juez.

Cometido el pecado de la bestialidad, salí al aire puro de la calle a lavarme el alma. Era una calle de puentes y canales...

Milenios de milenios de milenios de evolución, de tanteos ciegos por los dominios de la noche hasta que el simio bajó del árbol y se puso a caminar derecho y a pensar y a criticar. ¿Y todo para qué? ¿A qué conduce? En el cuartucho infame el hule infame me eximía al menos del pecado esencial, de imponerle a nadie la carga de la vida. Y aquí vamos bien que mal camino a Munich cargando con lo que no pedimos, arrastrándolo como podemos. ¿Decíamos, doctor? Que abriéndole con el cortapapel las páginas al libro nuevo... Ah sí, palomitas volando hasta mi destino perverso.

Por mi voluntad soberana dejo el tren de Munich y vuelvo a Amsterdam, al D.O.K. (¿Deutche Open Kibutz?), un bar inmenso como el Metropol de Junín, atestado. Cientos, miles, todos viejos. Una especie de Arlequín de Bogotá, pero en serio. Me refriego los ojos. Una jirafa vieja de cuello largo baila con un borriquito. El borriquito tiene gafas, gruesas. Como las del búho cegatón que baila con el león de melena. Hacen un giro suelto al són del vals. Porque lo que están bailando es un vals, «Sobre las Olas». Después, descolgándose desde la estridencia, cae y arranca «Juanita Banana». Giros, evoluciones, visiones. Gordos con flacos, flacos con altos, altos con bajos, el cordero con la fiera. La fiera se sonríe y se desinfla, se torna en una almohada de algodón. Caricaturas de sí mismos, bailando el circo con el zoológico en una pista de cristal. Esto, ni más ni menos, es lo que en Medellín Colombia se llama maricas. ¿Qué hago yo aquí? Para no oír, para no ver, me tomo varias copas de un tirón y salgo trastabillando. Doy un traspié que casi me manda a un canal. No caigo porque un brazo me detiene. Un farol le ilumina la cara: un muchacho. Deus est.

Espanoles, italianos, franceses, holandeses, voy por estas tierras de Europa de patria en patria rezando mi rosario ecuménico. Colecciono nacionalidades. Para el futuro, para el recuerdo. Después pasaré las viejas cintas desvaídas, borradas, tratando de ver.

Me llevó a su casa. Abrió una puerta y subimos una escalera. Abrió otra puerta y subimos otra escalera. Y otra y otra. Al final de la última puerta y escalera estaba la cama, al tope mismo de la subida al cielo. Nos abrazamos fuerte para no caer, y sin mirar abajo para evitar el vértigo.

Y ahora sí, cumplido mi compromiso, pagada mi penitencia, me voy de Amsterdam a Munich a comprar la cámara. La cámara es para filmar

una película formidable que me preservará sin arrugas en el limbo de la Historia. Porque, como se lo dije a los sicilianos allá en Italia, corriendo el tren, yo soy director de cine. Corriendo el tren, soplando la próspera brisa...

Ahora sé que el cine no se salva ni a sí mismo. Envejece como las personas. Se pasan de moda sus fundidos, sus sobreimpresiones, sus disolvencias, sus grandilocuencias, sus truquitos de narrar, sus mañas de actuar, y se hace viejo, payaso, ridículo. Como los muchachos, ¡qué le vamos a hacer! De los armoniosos muchachos no quedarán más que huesos: en un saco de arrugas un desbarajuste de huesos.

En cuanto a la cámara, resuelto está que sea una Arriflex: cuesta menos, pesa menos, sirve más. Pasa hasta por el bíblico hueco de la aguja. Y pasado el hueco, salgo a la calle montado en una bicicleta a filmar, a seguir hasta un alma en pena rodando por la pendiente de la senda resbalosa que va a dar al infierno.

La fábrica de la Arriflex no resulta ser la gran factoría que me esperaba sino un mediano taller copado por las órdenes que les llueven de todo el mundo. Con eso de que a todo el mundo le dio por hacer cine... Cuando les doy las especificaciones de mi cámara (motor así, obturador así, con esto y con lo otro) cuidadosamente las anotan en un cuaderno y entonces me salen con un absurdo: que me la tendrán para el día tal, del mes tal, del año tal, cuando el cine sea una curiosidad arqueológica como la linterna mágica.

—No. La quiero ya. Me marchó ya.

¿Ya? Abrieron tamaños ojos burgueses de asombro:

—¡Imposible!

—¿Por qué imposible?

¿Más imposible no me era venir desde el culo del mundo a comprársela, y ahí no estaba? Hablando ellos en alemán y yo en español y a ratos, con un empleado ex filósofo en latín macarrónico, la tierra de nadie, llegamos a un acuerdo: si de tan lejos venía y no podía esperar ni un día más mi inefable película, me venderían pues una cámara, aunque no con motor y obturador fijos como yo la quería: variables.

—¿Variables? Bueno. Variables. Si son variables me sirven para acelerar y poner a correr a los locos.

Me la tendrían entonces para mañana, al anochecer, ¿okay?

—Okay.

Y saco el fajo de billetes y les pago antes de que me los robe un chulo. Luego salgo a la calle, a Turkenstrasse, y me doy a recorrer esa ciudad sin rumbo y sin intenciones.

Recorriéndola ahora como entonces deambulo por sus calles desconocidas hasta que en la laguna del olvido se pone el sol y naufraga el día. Llego con la noche al puerto incierto del recuerdo, a una cervecería. Es una cervecería ruinoso, ruidoso, atestado, viva en el alboroto. Pero ¿por qué tanta dicha? ¿Es lo usual? ¿Acaso habían ganado la guerra? Ebrios panzones y panzones ebrios consumían a cabalidad, efusivos, hasta el fondo de sus jarras grandes o barriles chicos cuanto cerveza quedaba en la tierra. Yo, solidario, pido una y me la tomo. Pido otra y me la tomo. Y otra y otra y otra y otra, ídem, ídem, ídem, igual. Por la décima cerveza desciende sobre mi cabeza la palomita blanca políglota, el Espíritu Santo, el santo espíritu de las lenguas, e iluminado empiezo a hablar alemán, perfectísimo alemán, solo y con todos, como si me llevara el Rhin, con la fluidez de ese río. De pronto me levanto y sorteando el oleaje de borrachos voy a un orinal de caballos.

Afuera el cielo, el hado, el sino, el destino esa noche me deparó un muchacho: un hustler o gigoló o como lo quieran llamar, de esos que viven de la profesión y recorren las calles y matan de cuando en cuando uno que otro. A mí no, el autor nunca muere. Cuando le pago y deja mi hotel, con fervor, con devoción, como en un devocionario anoto en mi libreta ecuménica el país nuevo: Alemania. Alemania prepotente y belicosa, especialista en perder guerras.

En la precaria sucesión de los instantes salgo ahora a mi ventana a ver pasar, a ver girar el tiovivo. Pasan golfos, chulos, gigolós, macrós, rameras. Truhanes pasan y vagabundos y fanfarrones y asesinos. En el tumulto anónimo pasan, pasan en el barullo. Unos pasan de cerca, otros de lejos. Allá a lo lejos alcanzo a distinguir, en la pompa de sus jerarquías, en la feria de sus vanidades, sacudidos, en andas, bajo el palio, papas y cardenales, granujas tonsurados, holgazanes purpurados, príncipes de la Iglesia o nuncios del Demonio por quienes la maldad prevalece. Cerdos pasan por mi vida y vacas por el portillo. Ensueños, espejismos, ilusiones los voy tirando a la laguna negra en el recuento del viaje para que siga ligera mi barquita su tránsito a la morada del Hades. El viaje ya no tiene retorno.

La noche señalada, palpitándome furiosamente el corazón, dándome tumbos acudo puntual a Turkenstrasse a recoger la cámara, como a una cita de amor largamente esperada. Me la entregan en una caja de cartón porque no me ha alcanzado el dinero para comprarle estuche. La reviso y está bien, está completa, como niño recién nacido con diez dedos arriba y diez abajo y el resto, que aguanta bien la inspección. Nada le falta. O sí, empezar a filmar. Tomo un taxi y llego a mi hotel. Subo la escalera, abro el cuarto, la saco de la caja, la coloco en la cama. Ahí está, con su negrura mate esplendorosa, su dureza reluciente.

Existe con una fuerza ciega de obstinación rabiosa. Me duermo a su lado abrazándola.

Va mi avión barranca abajo de regreso acelerado, como mula que apura el paso volviendo al potrero. Bueno, eso creo yo: corro la cortinita de la ventanilla y afuera en la oscuridad no se ve; apenas si los foquitos rojos de las alas titilando, para darnos la ilusión de que avanzamos. Esto de viajar en avión de noche es un acto de fe. Cree uno que se mueve y a lo mejor está quieto, con las luces apagadas abajo en el aeropuerto. Yo necesito ríos, postes, montañas, puntos de referencia para saber que voy.

—Así que deme un whisky señorita, por favor.

Me lo trae y me lo tomo lentamente, santamente, meditándolo, sin ninguna compulsión: es para amortiguar el choque. Como voy volviendo... ¡Ay Colombia! Colomba, colombella, colombaia, me sueñas a paloma. Aletean las palomas entrando al palomar. El palomar está frente al corredor trasero de Santa Anita, junto a un limón, junto a un naranjo, pintado de azul y blanco.

—Vengan niñas.

Es la abuela que las llama agitando una ponchera de maíz. Y al punto, sin hacerse de rogar acuden ellas. Ellas por arriba y por abajo las gallinas y se arma la de San Quintín: un revuelo por lo alto y por lo bajo de aves de vuelo corto y de vuelo largo en torno de una vieja, un volar de plumitas tiernas, un alboroto... Mi abuela se irá al cielo en una nube de palomas. Y yo en picada al infierno y con todo y cámara cuando este avión se caiga.

—Así que mientras tanto deme otro, señorita.

—¿Otro qué?

—Otro whisky, que es lo que estoy tomando, ¿no ve?

Con la cámara a mi lado sobre los asientos libres, yendo y volviendo, voy en el avión hacia adelante, hacia Colombia, pero con la imaginación hacia atrás. Y desde atrás, reemprendiendo el otro viaje, el de Bogotá hacia Roma viajo en medio de un par de tórtolos con el avión atestado. Hoy no. Hoy va vacío. Mejor. Ya no me estorba la humanidad. Libre entonces de ataduras me voy flotando, flotando sobre el lungotevere en medio de unas sotanas infladas por el viento. ¿Hacia dónde me voy? Adonde sea. A ver, a ver, a ver. Hay flores en la plaza de España y muchachos en el Coliseo, y nieve en las montañas de Limone y unos cafecitos al aire libre con sombrillas en Madrid. Hay en Toledo un Alcázar y en Ávila una santa y naranjales en Valencia y un desfiladero en Granada por donde se me desbarranca el recuerdo. Qué importa, qué más da, recuerdos son recuerdos: llamitas moribundas que ya apagaré

el olvido. En la mísera trama de la vida tejida de deleznable instantes, ¿qué es un instante entre millones además?

Desperté con el amanecer. Desprendiéndose de la noche el avión se había puesto en movimiento y abajo empezaban a correr los ríos y las montañas. Ríos de lodo y verdes montañas y casitas blancas. ¿Ya era Colombia? Ya era Colombia, me lo decía a tumbos el corazón. Colombia sí pero no la misma: sin el abuelo. Nunca debí marcharme. Mañana por la tarde cuando regrese, ya no estarás, abuelo, en el corredor de Santa Anita esperándome. Te me fuiste antes, dejándome infinitas cosas por preguntarte. Por ejemplo: cuando te caíste al charco y te estabas ahogando, ¿quién fue el que te sacó? Mucho se nos quedó en el tintero. Mira Bruja, te voy a decir la imagen más desolada que vi en la vida: en ese corredor de Santa Anita de los geranios y las azaleas, dos mecedoras: en una está la abuela y la otra vacía.

Avanza la mancha negra allá abajo, silenciosa, cruzando el verde de la sabana. Pasan unos silos, pasa una cerca, pasa un riachuelo, corta un sendero, sigue un camino. No deja rastro de su paso. Es la móvil sombra de mi avión, pájaro de aluminio volando sobre la colcha verde. De súbito, en pleno campo, sin suburbios, sin avisar, la ciudad. Damos un giro y empezamos a bajar, a bajar, a bajar, a aterrizar viendo vacas, benditas vacas. Benditas ustedes las vacas de Bogotá que me reciben desde sus potreros del aeropuerto cada vez que llego. Que ahí sigan hasta el fin del mundo cuando yo me muera.

Después de las vacas me recibió mi amigo Salvador, Salvador Bustamante, en el desplumadero de la Aduana. Y no se lo presento porque ya se lo presenté. Él es de todo: administrador de hoteles, agente de drogas, capitán de corbeta, médico sin título, buen amigo y alcahuete y alcahueta, y últimamente secretario, en una Universidad, de una Facultad de Derecho, donde, puesto que él es el que pasa en limpio las calificaciones (al libro eterno), hace y deshace abogados como Celestina virgos. Y con él paso por la Aduana como Pedro por su casa sin que me revisen la maleta ni la caja de cartón. Sin coimas, sin decomisos, sin ruegos, sin alegatos, nada de trámites, nada de nada. Pasamos y ni nos ven. Y eso que la cámara que yo traigo es de prohibida, prohibidísima importación (todo en Colombia es de prohibida importación, salvo el café y la marihuana).

—¿Cómo le hiciste? —le pregunto ya en plena calle, lejos de la Aduana y del aeropuerto, mientras miro arriba y miro abajo, a derecha, a izquierda, a ver por dónde sale la mano del raponero que nos arrancará el reloj, o por dónde brilla el puñal de la muerte asesina.

Salvador, mi salvador, mi santo milagroso no me lo dice pero más adelante lo sé: graduó de abogado al Administrador de la Aduana, un iletrado que ni sabía leer. Total, un «dotor» más en un país de «dotores».

Y ahora sí, Bruja niña, para la oreja y presta atención, prepárate para la llegada a Medellín al día siguiente, con el día reluciente. Un día de esos azules, de azul celeste, azul risueño, azul de antes. El viaje de Bogotá a Medellín es como sigue: sube el avión, deja la ciudad, deja la sabana y se interna por un laberinto de montañas. Ríos de lodo se ven abajo culebreando, inútilmente culebreando. Y pueblitos, aquí y allá, encaramados en las montañas, con sus casitas blancas de tejados rojos e iglesita de ladrillo, empinándose la torres de la iglesia al alto cielo a picarlo con el pararrayos. Lo pica y se suelta la tormenta: abajo moja al cura y arriba sacude al avión.

¿Y eso que viene debajo volando qué es? ¿Es un águila? Es un águila. Volando bajo el avión viene un águila, rezagándose, esforzándose, perdiendo la carrera, pero si uno tiene buen ojo, ojo de águila, alcanza a distinguir allá abajo, camuflados en la espesura, una cuadrilla de bandoleros con machetes filudos, y algún tigre que queda. Cegatón como soy, yo nunca los he visto, pero que ahí están ahí están, como las brujas según dice mi abuela:

—Que las hay las hay, pero no hay que creer en ellas.

¿Qué opinas tú? El recuerdo de la abuela me recordaba al abuelo y se me iba ensanchando su vacío, agrandándose, agrandándose, empañándose el día azul del regreso, anudándoseme un nudo en la garganta. El intrincado nudo de montañas se quedó atrás y el avión entró al valle, un valle entre más montañas. Pasó Girardota, pasó Copacabana, pasó Bello, y siguiendo la línea recta de una carreterita ruinosa que un optimismo borracho llama autopista, de súbito, a la izquierda, alcanzó a Medellín, sus primeros barrios: Manrique y Aranjuez del chupasangre. Manrique es el de la iglesita esbelta; Aranjuez el de la iglesota pesada. El uno tras el otro en dos respiros por la falda jadeante de la montaña, en unos peladeros sobre el desbarrancadero. ¿Y ese otro barrio feo cuál es? Ese barrio hermoso es el de Boston, mi barrio, donde yo nací, donde yo crecí. Y aquél es el de Prado y aquél el de Buenos Aires, y ésa la placita del Obrero y ésa la plazuela Nutibara, y éste el parque de Bolívar donde una estatua se quemó. Iglesias, barrios, calles, plazas, casas... Sobrevolando a Medellín y sus tejados iba reconociéndolo todo. Iglesita del Niño Jesús en las colinas, iglesita de la Veracruz, iglesita de la Candelaria, catedral Metropolitana... Y vos barrio de San Javier y barrio de La Toma y barrio de San Benito, y calle de Junín y calle de Juanambú y calle de Ayacucho... En la dolorosa alegría del retorno los iba recobrando a todos, nombrándolos, nombrándome. Entonces, con brusquedad, en ese aeropuerto pequeñito que llamaban «campo de aviación» aterrizó el avión. Tocó tierra destartalándose, desbaratándose, desajustándose, trepidando furibundos sus motores por parar, y en dos metros o segundos paró: si no para así, con lo corta que es la pista, se sale del Tiempo a la Eternidad. Como se salió Gardel. Bueno, sintiendo el calorcito por fin había llegado. Volvía al centro tras el inútil viaje por la periferia.

Mis padres y mis hermanos vinieron a recibirme. Dos cosas solamente puedo recordar del reencuentro, dos extrañezas: una la que les causé; otra la que me causaron. La que les causé: que venía hablando español italiano. La que me causaron: que confundí a mi hermano Álvaro, el último, con Manuel, el penúltimo: aquél había alcanzado en mi ausencia la edad de éste cuando lo dejé. Prueba burlona del correr del tiempo. Y no les traigo regalos. ¡Qué más regalo que el tiempo que no me vieron! ¿Y aparte de la maleta, qué más traés? ¿Una caja de cartón? Sí, una caja de cartón. Y ante sus ojos asombrados abrí la caja y saqué la Arriflex. Me puse la batería de cinturón, la conecté, y sin película empecé a filmar: la mesa de papi, la cama de Lía, la parra, el jardín... El panning se detuvo en un aleteo verde: ¿Fausto? ¡Fausto! ¡Mi loro Fausto que aún vivía! ¿Cuántos años tendrá? ¿Doscientos? ¿Cien?

Dejada la Arriflex en la seguridad de mi casa (escondida entre la ropa vieja de un closet, de suerte que se roben primero el televisor), sin un café, sin más retardos nos vamos a Santa Anita. Corre el viejo carro por la vieja carretera de Envigado y va en el tramo de El Poblado, por donde bajaba el abuelo hecho una bala con el motor apagado para ahorrar gasolina, sin meter frenos por no gastarlos y sin las gafas porque se le olvidaron: a la buena voluntad de la fuerza de gravedad. Ya pasamos El Poblado y pasamos la finca Oviedo y la gruta de la Virgen y El Carmelo, y vamos en Otraparte, lo del maestro González, que en paz descanse... Pero no te quiero repetir, Bruja, el camino que de sobra conocés porque tantas veces te lo he contado. Quiero llegar. Ya.

Abrieron la portada y tomamos el sendero de cascajo. ¡Santa Anita! El nombre se queda atrás en una losa de mármol cuarteada, con una fecha cuarteada, rajada para la eternidad. ¡Santa Anita! Sin el abuelo... Pero están la abuela y Elenita esperándome en el corredor delantero. Y la Virgen de la Merced en su nicho, los geranios, las azaleas, las vetustas paredes que ya no alcanzo a distinguir porque me las anega el llanto.

—Abuela, fue una equivocación haberme ido, pero vuelvo para quedarme.

Los ojos empañados por las lágrimas que no puedo contener, corro hacia ella a abrazarla, a besarla. No tiene caso decir más. Por mi soberana voluntad voy a perpetuar el instante, a detener el tiempo, a quedarme así a su lado cuanto quiera, abrazándola, besándola, apoyando en ella mi cabeza sobre su corazón humilde de paloma para acabar, sin que corra el día, sin que siga el libro, sin que caiga la tarde, en el sosiego añorado de la dicha, con un final feliz.



FERNANDO VALLEJO RENDÓN. nació en Medellín, Colombia. Estudió filosofía y letras en universidades de Bogotá y dirección de cine en el Centro Experimental de Cinematografía de Roma. Ha vivido gran parte de su vida en México, donde ha dirigido tres películas y escrito la totalidad de sus libros, algunos de los cuales han sido traducidos a múltiples idiomas. El gran amor de su vida son los animales, y su única causa es su defensa.

